

# Con-viviendo para no repetir:

un viaje por experiencias de convivencia y construcción de paz en el Pacífico colombiano



## CON-VIVIENDO PARA NO REPETIR: UN VIAJE POR EXPERIENCIAS DE CONVIVENCIA Y CONSTRUCCIÓN DE PAZ EN EL PACÍFICO COLOMBIANO

**Proyecto: Sistematización y visibilización de experiencias de convivencia de la Macro Región Pacífico “Con-viviendo para no repetir”**

### Coordinadora de proyecto:

Jackeline Micolta Victoria – Comisión de la Verdad Macro Pacífico

### Investigador- documentador:

Fabio Saúl Castro-Herrera – Comisión de la Verdad Objetivo de Convivencia

### Grupo de co-autores comunitarios:

Asociación de Mujeres de la cuenca del río Naya Mujeres AINI – Fuente de la Primavera de Flores.

Comité Inter-organizacional por la Defensa de las Comunidades que Habitan los Territorios Ganados al Mar en Buenaventura

Madres de los 12 de Punta del Este

Corporación Organizando, Haciendo y Pensando el Pacífico

Cococauca

Cocomacia

Pueblo Ancestral

Fedeorewa

Comisión de Vida, Justicia y Paz

### Comité editorial:

Adith Dorila Bonilla Martínez, Comisión de la Verdad Territorial Chocó

Daniel Villegas Reinoso, Comisión de la Verdad Territorial Chocó

Eliana Sofía Angulo Valencia, Comisión de la Verdad Territorial Buenaventura

Elizabeth Montaño, Comisión de la Verdad Territorial Buenaventura

Flora Janeth Sinisterra Ruiz, Comisión de la Verdad Territorial Costa Caucana

Jackeline Micolta Victoria, Comisión de la Verdad Macro Pacífico

María Camila Puentes, Instituto de Estudios Interculturales Pontificia Universidad Javeriana – Cali

Juanita Melo, Instituto de Estudios Interculturales Pontificia Universidad Javeriana – Cali

Malba Gonzales, Instituto de Estudios Interculturales Pontificia Universidad Javeriana – Cali

Nilder Sánchez, Instituto de Estudios Interculturales Pontificia Universidad Javeriana – Cali

### Escritura creativa:

Margarita Flora Ruiz Soto

### Ilustraciones:

Nathalia Villegas Ruiz y Sabrina Harbour Velez

### Diagramación:

Nathalia Villegas Ruiz

# Con-viviendo para no repetir:

un viaje por experiencias de convivencia y construcción de paz en el Pacífico colombiano



This work is licensed under the Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License. To view a copy of this license, visit

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>.

El contenido de esta publicación es responsabilidad de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición.

Cómo citar: Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (2021). Con-viviendo para no repetir: un viaje por Experiencias de Convivencia y construcción de paz en el Pacífico colombiano.

# Contenido

<b>Presentación</b> .....	<b>5</b>
<b>1. Karen emprende viaje</b> .....	<b>6</b>
<b>2. Sabias y sabios del Pacífico caucano</b> .....	<b>12</b>
<b>3. Territorio rural de los nayeros (Cauca-Valle)</b> .....	<b>30</b>
<b>4. Buenaventura (Valle del Cauca)</b> .....	<b>46</b>
4.1. Territorios Ganados al Mar .....	50
4.2. Espacio Humanitario Puente Nayero.....	66
4.3. Madres de Punta del Este .....	84
<b>5. Mesa Interétnica del Medio Atrato (Chocó-Antioquia)</b> .....	<b>96</b>
<b>Cuaderno de Notas</b> .....	<b>113</b>
<i>La macro región del Pacífico</i> .....	114
<i>Sabios y sabias de la subregión caucana</i> .....	118
<i>Subregión del Río Naya</i> .....	122
<i>Buenaventura</i> .....	124
<i>Mesa Interétnica del Medio Atrato (Chocó-Antioquia)</i> .....	128
<b>Fuentes Comisión de la Verdad</b> .....	<b>132</b>
<i>Fuentes complementarias</i> .....	133

# Presentación

El relato *Con-viviendo para no repetir: un viaje por experiencias de convivencia y construcción de paz en el Pacífico colombiano* surge dentro de la Estrategia de Sistematización y Visibilización de las Experiencias de Convivencia, liderada por la Macro Territorial Pacífico y el Objetivo de Convivencia de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (CEV).

Las fuentes básicas de información fueron cinco documentos elaborados por el Objetivo de Convivencia, en 2021 (ver Fuentes). Como documento de divulgación, este relato construye un personaje ficticio, Karen Ladrilleros Mina, para llevar un hilo narrativo que conecta las cinco experiencias presentadas. Los contenidos que describen las experiencias y conforman los diálogos han sido tomados, fundamentalmente, de los documentos de la Comisión de la Verdad y adecuados al contexto narrativo. Ello implica que tenemos tanto citas textuales adaptadas como totalmente parafraseadas, pero también contenidos que condensan elementos tomados de distintas fuentes complementarias como entrevistas a líderes y lideresas o documentos producidos por organizaciones facilitadoras, reconocidas por los protagonistas de la Historia. En los diálogos, hemos querido plasmar tanto la diversidad y espontaneidad del pensamiento en proceso de producción como la repetición y la contradicción, propias de la construcción dinámica del sentido social e histórico de la experiencia humana. De otra parte, los nombres de los personajes con quienes conversa Karen a lo largo de sus viajes son tanto ficticios como reales.

Nos excusamos de antemano por cualquier detalle, o imprecisión, que pueda molestar. Nuestra voluntad ha sido interesar al lector que quiera entrar en contacto con estas realidades y experiencias, antes que ser académicos y exhaustivos. Agradecemos a las personas de los territorios y a los profesionales de la Comisión de la Verdad por su magnífica labor.

**1** • Karen emprende viaje



Una tarde de julio, bajo el sol inclemente de Cali, Karen caminaba por la glorieta de ingeniería de la Universidad del Valle donde estudiaba sociología, cuando un compañero le avisó que su profesor de Investigación la estaba buscando. Con expectativa, se dirigió a la oficina del profesor Andrade pues esperaba su concepto sobre el proyecto de grado.

— Adelante, Karen, te estaba aguardando. Ya que quieres estudiar las comunidades afro del Pacífico, te tengo una propuesta de trabajo. Se trata de un encargo de la Comisión de la Verdad que está interesada en convocar un Encuentro de Experiencias de Convivencia y Construcción de Paz, tanto afro como indígenas, y quiere que Univalle lo deje planteado. ¿Te interesa?

— ¿Qué tendría que hacer, Profesor? —contestó prudentemente porque no veía la relación directa entre un trabajo organizativo y su interés académico.

— La Comisión ha identificado cinco experiencias muy interesantes, que están por todo el Pacífico: una en el Cauca, tres en la ciudad de Buenaventura y una en el Medio Atrato chocono. Ya hay un trabajo de documentación adelantado que puedes consultar, pero requieren que alguien vaya a los territorios a hablar con las comunidades, sus líderes y lideresas, y pensar directamente con ellos su participación en el Encuentro.

— Y, ¿cuáles son esas experiencias, Profe?

Su profesor la miró atentamente. Karen creyó descubrir un reproche que el profesor Andrade prefería no proferir; él se volteó, sonrió para sí, y abrió el cajón de su escritorio. Admiraba la prudencia que caracterizaba a su estudiante, y por eso la había elegido entre los tres alumnos afro que tenía en su grupo. Estaba convencido que, de los quince estudiantes de Investigación, no había nadie mejor que ella para esa labor. Sacó un fajo de cinco documentos que colocó sobre la mesa, y agregó:

— Aquí tienes los documentos que ha producido la Comisión. Dales una leída, lo piensas y mañana me defines si aceptas el trabajo. —Ante un gesto de sorpresa en el rostro de Karen, precisó: — Sí, se te pagarán todos los viajes y los viáticos, y el salario de un mes de un investigador asistente. Tendrás que ir a Guapi o Timbiquí, luego subir al río Naya, después hasta la ciudad de Buenaventura y, para terminar, ir al Medio Atrato. En un mes debes tener una propuesta temática y organizativa para el Encuentro.

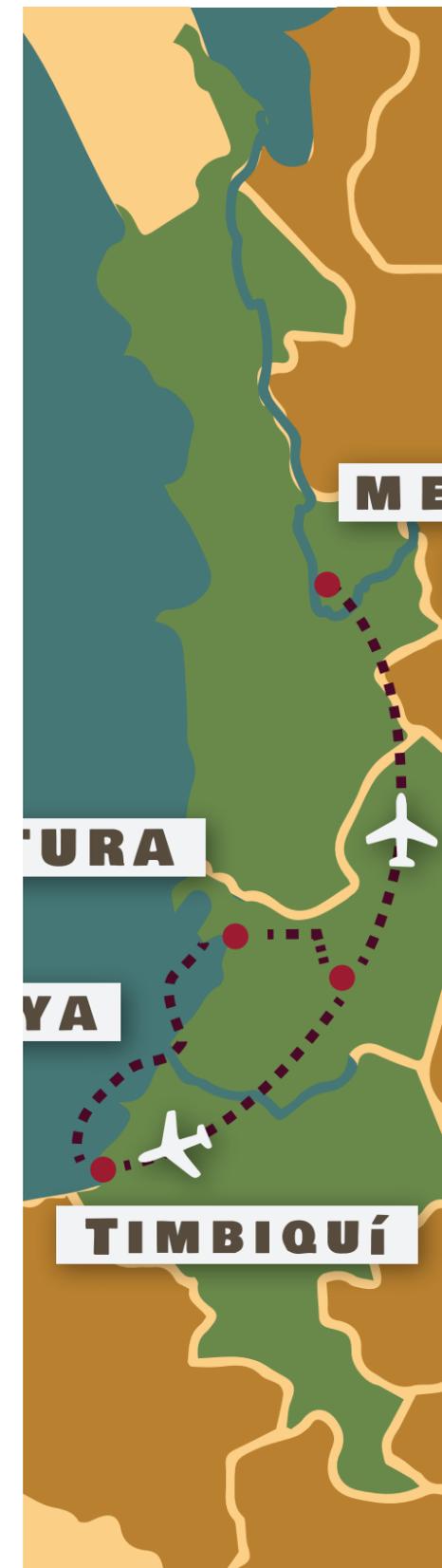
— Muchas gracias, Profesor. ¿A qué hora debo venir mañana?

Salió de allí agradecida, dispuesta a devorar los documentos para imaginar su viaje. La sorprendieron las coincidencias: de una parte, había oído hablar de los *Sabios y Sabias de la costa caucana* y siempre había guardado la esperanza de que le ayudaran a sobreponerse de una tristeza muda que la apesadumbraba desde años atrás, y justamente allí empezaba su viaje; de otra parte, no dejaba de preguntarse si acaso su profesor sabía que ella había sido enviada a Cali para vivir con sus tíos, tras la masacre perpetrada por los paramilitares a lo largo del río Naya en el año 2001, pues esa sería su segunda parada.

Volvería a su tierra de la que tenía poca memoria. ¡Finalmente conoceré la cuenca del Naya! -pensó-. Había salido en lancha de los territorios del Naya muy pequeña y asustada. Aún recordaba esa noche en medio de la oscuridad inmensa del río y luego el silencio abrumador del mar que solo interrumpía su tía Rosa diciéndole: “Tranquila mi niña, tranquila, que en Cali nos espera su tío, bien lejos de esos malvados”. Después, todos sus recuerdos de infancia eran del barrio donde se asentaron en el oriente de Cali. Su madre se había quedado en el territorio, “resistiendo y defendiendo lo que es nuestro. Pero tranquila —le repetía su tía— que ella viene siempre que pueda”. Y así había sido. Al principio, cuando la veía llegar a visitarla no cabía de la dicha, pero poco a poco se fue habituando a su distancia y pasaban los meses sin acordarse de ella. A veces, recibía un recado de su madre, enviado con alguna persona que subía hasta Cali.

— Los frutos de la tierra que usted debe cuidar —le decía su tía Rosa—. Su mamá se quedó allá, en su campo; nosotras, estamos obligadas a permanecer aquí, pero siempre estaremos conectadas con nuestro territorio. Puede ser que usted nunca regrese al Naya, pero su mamá siempre va a estar con nosotras. —Acariciaba el ñame y las papachinas que su hermana había enviado y continuaba: — Cualquier día vuelve a entrar por esa puerta para quedarse.

Pero nunca se quedaba, y la pequeña miraba por la ventana por días enteros tras su partida. Su tía Rosa le decía que la entendiera, que cuando ella era una niña habían matado a mucha gente en



esas riberas del Naya, que su madre volvería tan pronto pudiera, que se había quedado a defender lo que era de ellos y mandaría por ella cuando pudiera.

— Ay, mi niña —le había dicho el día que Karen cumplió doce años—, tanto habrá sido el *espanto* de su mamá que no quiere ni que yo vaya por allá a cuidarla. Me dice que sigue enferma y le manda esta carta —le tendió la carta, se la entregó y continuó: — Yo la entiendo porque también quedé con *espanto* por lo que vivimos en el Naya. Por eso salí y nunca más quise volver a pesar de lo mucho que extrañaba mi tierra y mis recuerdos. —La miró con dulzura y dijo: — Éramos siete hermanos y jugábamos juntos en el río y pescábamos y sembrábamos ñame o papachina. Hasta recuerdo el temor que le teníamos al Duende. —Ante la cara de asombro de la pequeña Karen, le aclaró: — Es solo uno de los personajes mitológicos a los que siempre le tuvimos miedo y que hoy me parece un chiste al lado del verdadero terror que nos ocasionaron todos esos grupos armados.

Se detuvo, miró a Karen y se percató que ella no había abierto la carta. Se la pidió con cariño y la leyó en voz alta, antes de guardarla y nunca más dejársela ver. Karen recordaba que su madre le decía que la quería y la perdonara, que estaba muy enferma y no quería que ella la viera así. Sí, su vida en las riberas del Naya era un montón de vagos recuerdos que se esfumaban irremediablemente y, ahora, tendría ocasión de afrontar. Volviendo de sus recuerdos, siguió leyendo los documentos de la Comisión e imaginando cómo continuaría su viaje, después de visitar a los sabios y sabias del Cauca y la subregión del Naya.

Desde la zona rural del Naya, tendría que subir a la ciudad de Buenaventura en lancha, por aquel mar que apenas conocía. Pero le entusiasmaba conocer la ciudad-puerto desde dentro y entender la historia de los pueblos desplazados, de los más de diez mil nayeros, entre otros muchos desplazados, que fueron llegando a la ciudad para establecerse. Aquella era su gente y quizás muchos de ellos eran, incluso, familiares suyos. Las experiencias de convivencia pacífica dentro de la ciudad, las de los *Territorios Ganados al Mar*, el *Espacio Humanitario de Puente Nayero* y las *Madres de Punta del Este*, que como su madre se resistían ante los embates de la violencia y trabajaban por la memoria de sus hijos muertos, terminarían de conectarla con algo propio, cuya ausencia se sentía en medio del pecho como un hueco que taladraba su alma.

Para completar su travesía, debía ir al Medio Atrato, donde la esperaba la experiencia de la *Mesa Interétnica*, producto del entendimiento entre las organizaciones campesinas, afro e indígenas de la región. ¿Podía pedirle más a la vida?! Claro que aceptaría y dejaría planteada la necesidad del Encuentro de Experiencias de Convivencia y Construcción de Paz del Pacífico colombiano. Con una sonrisa, apagó la luz y se cubrió con la sábana,

para dormir las pocas horas que quedaban de oscuridad. Al cerrar los ojos, prometió a su madre graduarse con este proyecto y encontrar un trabajo relacionado con la realización del Encuentro.

Al día siguiente, el profesor Andrade le confirmó la ruta que ella había imaginado: debía empezar por visitar Timbiquí, en el Cauca; de allí, subir al río Naya, en la frontera entre el Cauca y el Valle; continuar hasta el puerto de Buenaventura, donde debía tener especial cuidado por las condiciones de inseguridad que se estaban viviendo. Allí, estaría acompañada por Rubén, un chico mitad indígena mitad afro, abogado de la Universidad del Cauca, que formaba parte de la *Asociación de los Territorios Ganados al Mar* y sería su contacto, encargado de cuidarla de los muchos ojos que observan a quienes se acercan a las organizaciones comunitarias. Él la acompañaría al Medio Atrato, pues la *Mesa Interétnica* lo atraía por obvias razones.

Su profesor le indicó que debía estar comunicándose con él vía correo electrónico, para ponerla en contacto con las personas claves de cada lugar y ayudarla en todo lo que pudiera desde Cali. Pero le advirtió que el éxito de su viaje dependía de ella. Debía salir lo antes posible, no olvidar llevar un buen *Cuaderno de Notas* y olvidarse de llevar su portátil. Antes de despedirse, le aseguró:

— En una región muy lluviosa donde el transporte básicamente es fluvial y marítimo, un computador corre mucho riesgo de naufragar. —Ella estaba guardando su portátil en la mochila y levantó la mirada sorprendida. A lo que el profesor repuso: — Sí, exagero. La verdad es que te aconsejo no llevar ningún aparato y limitar tus comunicaciones al email. Así tendrás menos cosas que cuidar y estarás mejor conectada con tu entorno y los ritmos vitales de los territorios. Cuanto más bajo sea tu perfil, mejor. Ten presente que la violencia se ha recrudecido en el Pacífico.

## 2. Sabias y sabios del Pacífico caucano



Karen arregló sus asuntos: pidió permiso en la cafetería donde trabajaba los fines de semana, les contó a sus amigos, para que no la echaran de menos, y trató de convencer a sus tíos de la seguridad de su viaje. Compró su tiquete de avión para viajar Cali-Timbiquí y empezó a preparar maletas, pensando muy bien cada cosa que cargaría pues era seguro que solo podría regresar a Cali después de haber visitado la subregión del Naya y el puerto de Buenaventura. Y aún no sabía si viajaría directamente desde allí hasta el Medio Atrato ni cómo se hacía ese viaje.

Aprovechó su tiempo libre para leer y releer los documentos de la Comisión. Resolvió organizar un resumen del contexto general en su *Cuaderno de Notas* y tomar notas sueltas con datos particulares sobre las subregiones que visitaría. Sus primeras anotaciones las tituló *La macro región del Pacífico*. La tarde antes de salir, encontró un email del profesor Andrade que decía:

Karen:

*Ya está todo cuadrado para que don Baudilio Ibáñez salga a recibirte, en Timbiquí. Él será tu guía y podrás contar con él para lo que necesites. Te va a gustar visitar la tierra de la famosa agrupación musical Herencia de Timbiquí, lo sé. Don Baudilio conoce el proceso de las organizaciones y las zonas por donde vas a andar. También le pedí que convocara una reunión contigo. Puedes esperar la asistencia de unas cuatro personas importantes para el proceso. Te recomiendo que hablen sobre las actividades que ellos organizarían para el Encuentro por realizar. Pero no olvides ser explícita y dejarles claro que, por ahora, lo único aprobado es dejar planteado el Encuentro.*

Feliz viaje.

Su avioneta llegó en las horas de la tarde al ‘Aeródromo de Timbiquí’ y, tan pronto puso el pie en suelo firme, oyó a don Baudilio llamándola. Era un hombre de unos setenta años, delgado y fuerte, a quien le sorprendió ver que la enviada del profe Andrade no llevara más que un morral al hombro y una mochila. Pero más le sorprendió que la investigadora fuera negra y no mestiza, pues normalmente quienes visitan esas tierras por temas de investigación y academia son mestizos.

— ¿Cómo le fue en el viaje? —preguntó sin esperar respuesta. —¿Ya conocía por aquí o es la primera vez que viene?

— Es la primera vez que viajo al Cauca. Tengo mucha ilusión porque mi familia es del Naya y, en realidad, estas tierras húmedas son de donde vengo.

— Bueno, pues déjeme que la pasee por el pueblo, pero antes vamos a dejar sus cosas donde doña Francisca que le tiene una habitación con una bonita vista sobre el río.

Doña Francisca no solo tenía para ella la habitación prometida, ubicada en la parte de la casa que se alzaba sobre pilotes de madera sobre el río, donde Karen dejó sus cosas, sino que sería la mejor de las anfitrionas y una conversadora incansable. Al salir de aquella casa de maderas impecables y lustradas por los años, Karen vio en la entrada una marimba de chonta, la acarició y sintió un escalofrío que no comprendió.

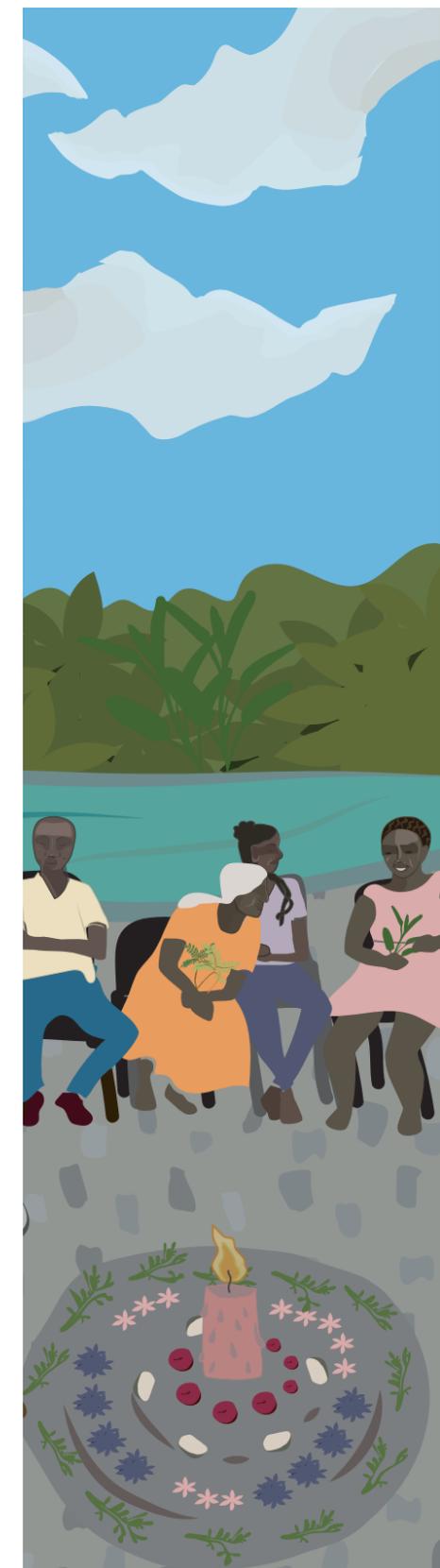
— Vamos, niña —la amonestó don Baudilio—, que quiero mostrarle el pueblo antes de que caiga ese aguacero que se va a venir. Y quiero que conversemos un poco antes de irme para la casa.

— Don Baudilio —le pidió Karen al tomar la calle que llevaba al parque principal—, para entender mejor lo que hacen los sabios y sabias frente al daño causado por la violencia, cuénteme cómo fueron afectadas las comunidades aquí en el Cauca.

— Ay, mi niña. Esas violencias han sido contra la comunidad y contra nuestro territorio. Todas esas masacres; la manera como la gente tuvo que salir corriendo, dejando rotas las familias y abandonadas sus tierras; los dolores de ver matar a un familiar o un amigo, de ver cómo se llevaban a los niños o dañaban a las niñas; todas esas violencias lo que hicieron fue *desarmonizar* el territorio y sus gentes. Y usted encuentra eso a todo lo largo del Pacífico.

— ¿Qué significa *desarmonizar*?

— Eso significa que la vida de las comunidades quedó quebrantada, rota por dentro, mi niña. Con la llegada de los violentos, empezamos a pensar que nuestras cosas no servían, digamos, que la manera de nuestros ancestros de hacer las cosas no servía, y que no podíamos defendernos ni vivir más en nuestros territorios. Es que, además, el gobierno no ayudaba. Entonces, ese fue el daño grande porque fue en el puro corazón de nuestra identidad negra. ¿Todo por qué? Porque los violentos llegaron y cambiaron todo con sus armas y sus dineros



sucios. Guerrillas, paramilitares, narcotraficantes, todos hicieron el mal. Entonces, creímos que nuestras costumbres no servían para defendernos ni seguir viviendo aquí, tranquilos como antes. Todo lo que se llama nuestra cultura negra, todo lo que hacemos como lo hacían nuestros ancestros palenqueros empezó a cambiar muy rápido. Mataban a los que sabían, a los sabios y las sabias, a nuestros líderes, a los que decían que no y a las madres que defendían a sus muchachos, a todos. —Al ver la cara de pesadumbre y agotamiento de Karen, precisó:— Usted ya sabe todo eso, ¿verdad? Lo que quiere entender es lo que hacemos hoy para que la violencia se vaya, para remediar todo eso, ¿verdad?

— Ay, don Baudilio, usted es como adivino, ¿no? Sí, necesito entender o ver, si es posible, qué hacen hoy los sabios y sabias de la medicina tradicional, qué es lo que ayudan a sanar y cómo se han organizado.

— Empecemos por el principio, ¿qué es lo que las sabias y sabios ayudan a sanar? Mire, niña, todo esa violencia deja muy mal a la gente en lo emocional y lo espiritual, y les quita la fe en nuestra cultura. Además, esas violencias también despedazan el territorio, el monte. Los cultivos ya no valen, la pesca se daña, nada funciona bien, y uno no sabe qué hacer. Entonces, queda enfermo del cuerpo, del alma y del espíritu, ¿me entiende? Uno queda perdido. Mejor dicho, para que me entienda: el alma queda como espantada del cuerpo.

— ¿Y ahí es donde actúan las sabias y sabios?

— Sí, los sanadores y sanadoras tradicionales, como también los llamamos, son personas que recibieron enseñanzas especiales de nuestros ancestros, quienes transmitían esas tradiciones curativas de una generación a la siguiente. Y hoy son queridos por la comunidad porque son capaces de sanarnos y guiarnos en lo espiritual y nuestras creencias. Y con sus curaciones hacen que volvamos a querer quedarnos aquí, que resistamos en nuestros territorios, en nuestra selva y nuestra costa, que recuperemos la fuerza para aguantar las afectaciones de tanta guerra, tanta enfermedad traída de afuera, y tanta muerte tan atroz. Nos ayudan a resistir todo lo que venga porque volvemos a confiar en que nuestros saberes tradicionales sí nos sirven y no tenemos que esperar toda cosa del gobierno. Los sabios y sabias también ayudan a devolverle la armonía al territorio con sus rituales y sus rezos.

— Don Baudilio, leí que tienen muchos nombres: parteras, remedieros, curanderos, sabedores.

— Ah, sí, las comunidades les han puesto sus nombres de acuerdo con lo que más trabajan. Pueden ser una cosa o todas a la vez: curanderos, cuando sanan mordeduras y picaduras venenosas; comadronas o parteras, que son las encargadas de las mujeres cuando están embarazadas, cuando es la hora del alumbramiento y de lo que puede pasarles después; los sobanderos para los masajes y sobijos curativos, y los remedieros que sanan enfermedades, heridas o infecciones. Ellos conocen las enfermedades y saben lo que es estar en buena salud.

— ¿Y qué usan para sanar?

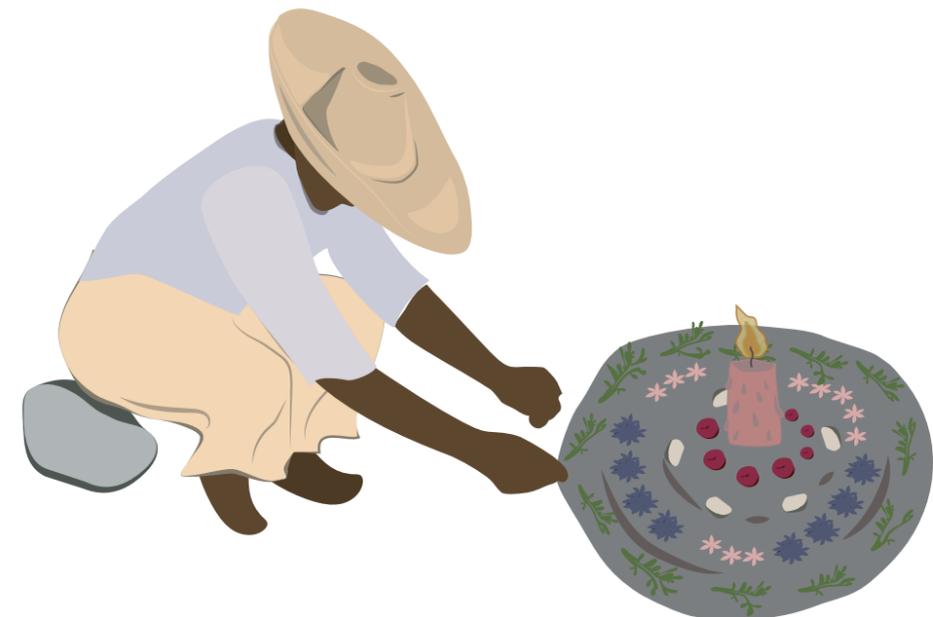
— Utilizan sus hierbas, sus ritos; algunos saben oraciones secretas y hacen los rezos. Y también tienen que ser adivinos, porque a veces el enfermo ni sabe qué es lo que lo tiene espantado.

Karen pensó en su propia pena, en su “espanto”, y quiso saber cosas más prácticas.

— Don Baudilio, ¿cómo cobran por sus servicios?

— Por trueque o a voluntad del enfermo; a veces, por hacerles el favor. Sobre todo cuando no les pueden pagar. Pero la gente siempre les lleva algo, que la gallina, los huevitos, pescado, lo que puedan.

— ¿Y dónde atienden a los enfermos?



— En sus casas, allí tienen todas las cosas que pueden necesitar. Por ejemplo, en su azotea tienen plantas curativas frescas y los bejucos que traen de la selva los tienen bien sequitos en sus repisas o, como decimos, en su farmacia ancestral.

— Hay sabias y sabios sanadores y parteras en Guapí, aquí en Timbiquí y en López de Micay, ¿verdad?

— Sí, claro, en todas las comunidades negras del Pacífico. Es que son una autoridad en su comunidad porque son maestros de nuestro saber ancestral. Veá, muchos conocimientos sobre la vida son aprendidos en la vivencia diaria gracias al contacto con las demás personas, en especial con los sabios y sabias, y en general con los mayores. Ellos van haciendo sus cosas y van contando las historias y narraciones que son transmitidas de generación en generación, y así se aprende la cultura y se entienden nuestras creencias y nuestras prácticas. Es que ellos son esenciales para unir el mundo de lo espiritual y lo material, y sanar el territorio. Así uno no entienda cómo lo hacen, uno siente, el cambio se siente cuando ellos hacen sus cosas. Son la guía del pueblo en la vida y en la muerte, por sus años de experiencia y dedicación al conocimiento ancestral y a las comunidades.

— ¿Cómo aprenden ellos todo lo que saben?

— El don de curar puede ser recibido desde el nacimiento, cuando han determinado que la persona tendrá ese don especial. O por aprendizaje, cuando es enseñado por otro sanador. También pueden percibirlo al recibir una “llamada”, durante un sueño, un trance o una visión de un ser considerado con dones especiales. A veces, otro sanador o sanadora percibe su potencial por medio de la “luz” que una persona irradia y se lo hace saber. — Percibió una sombra de duda en Karen, y agregó—: Bueno, en cada comunidad se habla de cosas distintas que explican cómo se descubre que se tiene el don o cómo se entrega la capacidad sanadora.

— ¿Cómo explican sus prácticas sanadoras?

— Los sabios sanadores piensan que el ser humano está muy relacionado con otras formas de vida vegetal, mineral, animal... En otras palabras, que somos parte del territorio, del ecosistema, como dicen ahora. Entonces, buscan la salud completa, para que todo nuestro cuerpo y nuestro ser estén en equilibrio con nuestro territorio. Podemos vivir en armonía con la naturaleza porque nuestra cultura es el territorio mismo: todo lo que hacemos y cómo lo hacemos, los ciclos nuestros y los de la naturaleza existiendo en armonía. Por eso hay que conservar las montañas, las lomas, los bajos y firmes, los ríos y manglares, y todo lo que usamos. —Respiró profundo y sintetizó: — Esa comunicación

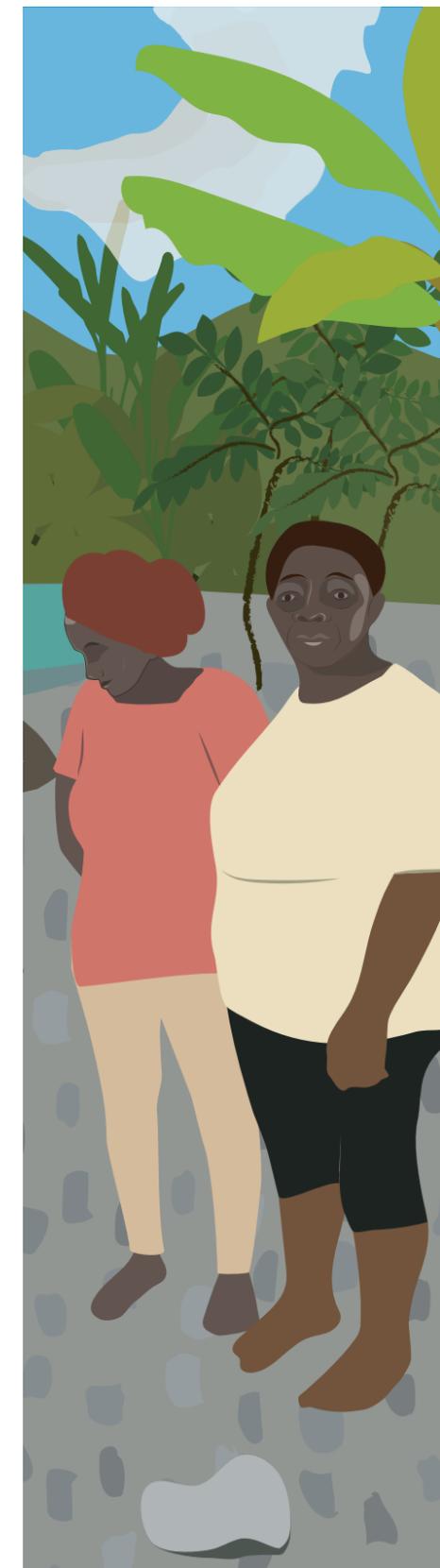
entre la gente y la naturaleza, esa armonía que hay en un territorio sano, también está en la armonía de una marimba de chonta tradicional que lo hace a uno escalofriar de contento. ¿Usted me entiende?

— Creo que sí. A ver lo pongo en mis palabras de estudiante —se rió, consciente de la distancia que la alejaba de algo que sabía muy suyo, pero al mismo tiempo desconocido: — La sanación no se enfoca en síntomas o enfermedades, sino que trata al ser humano en su totalidad, así que la curación está dirigida a la persona y no a la enfermedad. ¿Voy bien? —Una sonrisa y un guiño de ojo le confirmaron la calidad de su resumen—. Eso quiere decir que la sanación es algo que lo engloba todo, el cuerpo, la mente y el espíritu, y pretende recuperar el equilibrio, la armonía, entre la persona, su comunidad y el medio ambiente. Por ejemplo, el daño a la tierra por la minería afecta las plantas y contamina las aguas con mercurio. Y todo eso afecta la alimentación y la salud. Igualmente, la contaminación por las basuras lleva a la enfermedad del territorio y, en consecuencia, de las personas.

Se detuvo para observar a don Baudilio y cerciorarse de tener su atención. Entonces, preguntó:

— ¿Cuál es la función social de los sabios y sabias, fuera de atender a los enfermos?

— También son líderes políticos y sociales que buscan que otros grupos reconozcan a nuestras comunidades y respeten nuestros derechos, y respeten los acuerdos que hemos hecho con otros grupos, en diversos escenarios o territorios. Los sanadores son los que armonizan nuevamente a las comunidades con nuestros territorios, porque ayudan a recuperar nuestro legado ancestral para curarnos a nosotros mismos y los lugares que habitamos. Frente a las necesidades derivadas de la guerra, con su conocimiento ancestral responden a los daños y afectaciones del conflicto (en lo físico, emocional, comunitario y ancestral) desde la salud integral que comprende tierra-persona-comunidad... ¿Me hago entender? ¿Ya hablo como universitario?



Continuaron su caminata por el pueblo hasta que el velo de humedad que cubre el Pacífico los abrigó anunciando la noche. Karen agradeció la compañía de Baudilio y, tras cenar y conversar un rato con Francisca y sus hijos, se fue a su habitación, anotó con esmero lo que Baudilio le había comentado y se dispuso para dormir. Esperaba con ansiedad que su primera reunión arrojara luces sobre cómo imaginar el Encuentro.

Al día siguiente, fueron llegando uno a uno los convocados: Baudilio, Francisca, Silvina y Eusebio. Todos ellos eran partícipes y organizadores de las actividades que realizaba en Timbiquí la Coordinadora de Consejos Comunitarios y Organizaciones de Base del Pueblo Negro de la Costa Pacífica del Cauca (COCOCAUCA). Faustina, la sabia más reconocida del pueblo, estaba atendiendo a un paciente y llegaría más tarde. Tras las presentaciones que Baudilio hizo de cada uno, Karen se animó a tomar la palabra:

— Quiero leerles el resumen que hice en mi *Cuaderno de Notas* para que me digan si es correcto lo que entendí. Todo lo que les voy a leer lo saqué de los documentos que está preparando la Comisión de la Verdad. ¿Me permiten leérselo?

Algunos se miraron entre sí y, a regañadientes, aprobaron en silencio el procedimiento; otros, bajaron la mirada. Pero su líderesa, Silvina, alentó a Karen, así que ella dió lectura a su segunda sección de notas que había titulado *Sabios y sabias de la subregión caucana*.

Más tardó Karen en cerrar su cuaderno, que Silvina en tomar la palabra para ir al meollo del asunto:

— En el Encuentro, hay que dejar en claro que las comunidades lo que buscamos es reafirmar nuestra identidad cultural y ancestral, y para eso es que estamos recuperando prácticas ancestrales y cuidando a las personas que las manejan. ¡Eso es construir paz! Con esas prácticas es que se le ha ayudado a la gente a estar tranquila a pesar de la zozobra que estamos viviendo. Pero también requerimos de un apoyo institucional, que nunca termina de llegar.



— Ese Encuentro debe ser otra oportunidad para recuperar tradiciones gracias a los intercambios con otras poblaciones —agregó Eusebio—, y visibilizar las experiencias de las diferentes regiones.

— Por ejemplo —interpeló Baudilio—, hay que invitar a don Orlando Pantoja que es integrante de la Comisión Interétnica de la Verdad del Pacífico (CIVP) y ha aportado a los procesos de la Comisión de la Verdad. Él siempre ha buscado que se denuncie la pérdida de los saberes ancestrales y que esa pérdida quede plasmada en los informes que lea el país. Es que solo así se visibiliza la manera como el conflicto nos ha afectado a todos aquí, a los embera y a nosotros los negros, a ambas étnias, y a nuestros territorios.

—Yo creo que nuestra participación en ese Encuentro debe llevar tres partes —retomó Silvina con determinación: — En primer lugar, dar a conocer las prácticas ancestrales que buscan armonizar a las personas con sus territorios, y sanar el desequilibrio causado por tanto conflicto armado; en segundo lugar, contar lo que ya hemos hecho en todos estos años para que otras personas conozcan las experiencias de los distintos grupos y, en tercer lugar, deberíamos organizar actividades donde se compartan los saberes de las diversas comunidades de la costa pacífica. Es lo que hemos hecho siempre, pero es que todavía falta mucho para lograr un verdadero empoderamiento.

— Otro cosa sobre la que debemos hacer énfasis en ese Encuentro —tomó la palabra Francisca— es que en todas estas selvas todavía es fácil conseguir las plantas, porque la gente sale al monte y encuentra sus plantas. Pero en muchas partes, los cultivos grandes como los de palma y caña han afectado mucho el entorno, los ecosistemas. Tanto lo han afectado que las prácticas ancestrales han tenido que cambiar. Entonces, la recuperación de lo ancestral también implica recuperar las semillas y las plantas que usaban nuestros mayores, y recuperar los ecosistemas donde crecen, claro está. Si no lo hacemos, ¿cómo se puede trabajar lo ancestral? Si no lo hacemos, un día los sabios y sabias no van a tener cómo mantener vivas sus prácticas de sanación.

— Perdonen —intervino Baudilio—, no se nos puede olvidar invitar a los de Guapi. Por ejemplo, a los de Casa Cuero, que allá llegan muchos con ese *espanto* y los curan. Ni a los de López de Micay ni... Mejor dicho —soltó una carcajada—, ¡a todo el Pacífico!

— ¿Cómo fue el encuentro del Plan de Armonización que organizó COCOCAUCA? — preguntó Karen, temiendo que la reunión tomara otro rumbo. A lo que Silvina respondió:

— La ausencia de puestos de salud y profesionales de la salud en estos municipios hace que los sabios y las sabias, en muchas ocasiones, sean la única alternativa para calmar

el dolor y salvar vidas. Entonces —tomó aire para enfocar su respuesta—, para el Plan de Armonización, una de las cosas que se hizo fue invitar a los sabios y sabias a trabajar con médicos y médicas mestizos, ahí en la comunidad, juntos, para que aprendieran unos de otros y armonizaran saberes. Fue muy bonito ver eso.

— Además —agregó Eusebio—, los conviteros, que son las autoridades étnicas de cada municipio, digamos los dinamizadores locales, nos mostraron cómo habían colaborado con sus comunidades para restaurar, complementar y mantener las azoteas de sus sabios, y así aumentar la cantidad y diversidad de plantas de nuestra farmacia natural y de nuestra despensa tradicional.

— Aparte de eso —dijo Francisca—, los conviteros nos comentaron que se instalaron diez altoparlantes en ocho consejos comunitarios, mantenidos con energía solar y administrados por ellos mismos en cada lugar. Así, han podido promover la emisión y difusión de noticias y avisos para las comunidades, y promocionar el trabajo de nuestros médicos y médicas tradicionales mediante cuñas radiales y audio noticias. Eso es muy importante para visibilizar y apoyar todo el esfuerzo de nuestros sanadores.

— Ha sido por esos altoparlantes —complementó Baudilio— que las víctimas del conflicto, y otras personas armonizadas por los sanadores, han hablado de la calidad y del buen servicio que les prestan. Esas personas también han ido a las emisoras a contar sus historias.

— Y yo creo —puntualizó Francisca— que esa calidad de la que habla Baudilio se debe al enriquecimiento de los saberes de la práctica médica tradicional, que se ha logrado gracias a los intercambios y los encuentros. Y la instalación de los radio parlantes ha servido para que la comunidad reconozca el valor de los sabios y sabias, porque sin ese reconocimiento estaríamos perdidos.



— Compañeros y compañeras, no olviden —enfaticó Silvina— el trabajo colectivo que hay que hacer para cuidar a los sabios y sabias, que también han sido víctimas de las amenazas y la violencia. Hay que protegerlos, generar prácticas de seguridad para ellos y ellas. Acuérdense cuando algunos sabios y sabias no podían cumplir con sus funciones, al no poder ir a recoger las plantas curativas al monte porque allá mantenían los hombres armados. ¡Cuántos médicos tradicionales no tuvieron que irse para proteger sus vidas, por temor a la intimidación de los violentos!

—Cuando tuvimos esas balaceras —alegó Francisca—, tampoco podíamos celebrar las fiestas patronales, ni los chigualos ni los albaos. Los artesanos no podían ir al monte a conseguir el material para fabricar los cununos y las marimbas. Acuérdense de los desplazamientos masivos de la gente rural hacia acá, la cabecera municipal. Así que, para ese Encuentro, podemos pensar en una Mesa para la Seguridad de Sabios y Sabias, donde analicemos cómo comunicarnos entre nosotros para socorrerlos a tiempo.

— Sí —retomó Baudilio—, porque antes los sabios prestaban su servicio a toda la comunidad sin miedo. Era solo cuestión de que tocaran a su puerta sin importar que fuera de día o de noche. Pero cuando llegó el conflicto armado, ya uno no podía abrirle la puerta a cualquiera, y menos de noche. Como todavía dice mi prima Rosaura: ella solo le abre la puerta de noche a la gente conocida. Si no es conocido, lo siente mucho pero ella no abre su puerta; por el miedo a que sea uno de esos hombres malos.

— Bueno, compradre —precisó Eusebio—, aunque estén volviendo los días amargos, esa situación ha mejorado mucho. Pero, digamos, lo que yo quería aportar era algo



complementario y muy importante: pensando en la seguridad física y alimentaria, hay que promover la articulación con otras organizaciones comunitarias de la región, con las instituciones del gobierno y con los defensores de derechos humanos. —Y llamando la atención de Karen con un gesto de mano, agregó: — Déjeme explicarle a qué me refiero, señorita: aquí en el Pacífico caucano, los sabios y sabias y los líderes y lideresas ya han intentado formar empresas comunitarias para que no nos jodan la pesca artesanal porque es central para nuestra seguridad alimentaria. También se han movido mucho para que el Estado garantice un buen transporte fluvial porque eso ayuda con la seguridad física y la salud. Además, se han movido para crear conciencia en los pobladores, de manera que aprendamos a cuidar lo que es de todos, lo público —se inclinó para atrás en su asiento, sonrió y agregó: — Déjenme yo también les leo algo que encontré en un volante. Dice así: *Tenemos que afianzar una ética colectiva para no sucumbir a la seducción del dinero del narcotráfico, y diseñar y ejecutar políticas públicas para hacer del precepto constitucional sobre el respeto a la diversidad étnica y cultural una realidad.* Suena difícil de entender, ¿verdad?, pero ahí se los dejo para que lo lean y lo pensemos. ¡Eso también es impulsar lo que llaman la integración social y el respeto por todos los pobladores, sean de las étnias o mestizos!

— En esto de las redes comunitarias y las alianzas —lo apoyó Baudilio—, los sabios y sabias también son claves en sus comunidades. La gente los reconoce como autoridades, porque son autoridad religiosa, social y política. Cuando uno los consulta por alguna dolencia, conversa con ellos porque uno confía en el criterio de su sanador o sanadora. De verdad los respetamos, ¿o no? Es que han sido muy importantes no solo para conservar las costumbres ancestrales, sino también para mediar conflictos y armonizar relaciones en la comunidad, y reagrupar a las familias, en fin... Por eso se dice que son articuladores de sus comunidades, formando redes y alianzas en el día a día, cuando charlan con sus enfermos, y en acciones más visibles como las que acaba de mencionar Eusebio.

— Bueno —intervino Francisca—, también es importante contar que ha habido encuentros de capacitación entre sabios y sabias y las nuevas generaciones. A mis muchachos les han gustado mucho. Por eso los jóvenes ya los reconocen y cuentan con ellos. La armonización ha permitido reconstruir el tejido social, porque los jóvenes armonizados pueden retomar las relaciones familiares y de amistad que habían perdido por el conflicto armado. Por ejemplo, los que se encontraban lejos pueden volver a su territorio a curar sus *espantos*. Así, las familias se reagrupan, recuperan a sus miembros y se armonizan las personas y los territorios.

Karen sintió que se le salían las lágrimas pues le estaban hablando de una historia que se repetía una y otra vez, y era la de su madre, sus hermanos y ella misma. Daba gracias a Dios por estar ahí, y saber que esa tarde, o al día siguiente, tendría su primera sesión con Faustina, la sanadora mayor.

— También son educadores en todo lo étnico —continuó Francisca—, mejor dicho, en lo que tiene que ver con nuestro conocimiento, costumbres, rituales, prácticas, saberes. Ellos son los que salvaguardan las tradiciones gastronómicas, la salud y la vida, así como las prácticas ancestrales transmitidas de generación en generación. Conocimientos que no se encuentran escritos y por eso la transmisión oral por parte de los sabios y sabias es tan importante. Si ellos desaparecen, desaparece gran parte de nuestro legado cultural, por eso hay que cuidarlos tanto.

— Y díganme —interrumpió Karen—, ¿cómo mostrar en ese Encuentro que las mujeres sabias han demostrado tener una fuerza superior de armonización? Al menos eso fue lo que yo leí.

— En general los sabios y sabias —puntualizó Baudilio— son reconocidos por la atención personalizada que prestan, porque saben cómo adaptarse a las necesidades y las expectativas de cada dolencia, de cada paciente, pero las sanadoras tienen fama de armonizar mejor. ¿Por qué y cómo mostrarlo? No sé.

— Hay algo que no quiero olvidar — retomó Karen—. Llegado el momento, ¿ustedes podrían convocar a las organizaciones indígenas de esta subregión? Esa articulación de saberes también es muy importante. A propósito, una de las experiencias que se va a invitar al Encuentro es la de la *Mesa Interétnica del Medio Atrato*, que es un ejemplo de buen entendimiento y colaboración entre pueblos indígenas y comunidades negras.

Siguieron conversando de esto y aquello, hasta que cada cual tuvo que retirarse para ocuparse del almuerzo. Karen almorzó en casa de Francisca, alimentó su *Cuaderno de Notas*, y salió a dar un paseo. Faustina la recibiría a la mañana siguiente, porque no había alcanzado a regresar del lugar adonde había tenido que desplazarse para atender al enfermo de ese día, cuya choza se hallaba a dos horas de Timbiquí, río arriba. De regreso, Karen descubrió una palmera de naidí muy muy cargada, cuyo espectáculo de abundancia le alegró la tarde, y se fue a buscar dónde tomarse un buen jugo de ese fruto color rojo casi negro que tanto le gustaba.

Al día siguiente, salió muy temprano a buscar la casa de Faustina, que se encontraba a una media hora a pie del pueblo. Encontró a la sanadora barriendo el patio de su casa. Tan

pronto ella vio a Karen, supo que esa jovencita era la estudiante de quien le había hablado Baudilio.

— Siga para adentro —la invitó Faustina, abriendo un empalizado de madera que señalaba simbólicamente dónde empezaba la propiedad. Y fueron a sentarse en un banco de madera, recostado sobre la pared exterior de la cocina, con vista sobre su patio trasero sombreado por enormes palos de zapote, borojó y caimito, y viejas matas de plátano.

Karen agradeció su gentileza y, en seguida, depositó toda su confianza en ella; lo necesitaba con urgencia. Le contó lo que recordaba de su propia historia desde que tenía consciencia y lo poco que su madre y sus tíos le habían contado, y cómo había llegado a la conclusión de que su dolencia era puro *espanto* causado por la violencia de la masacre del río Naya que la había separado de su madre, su familia y su territorio ancestral. Faustina la escuchaba mientras preparaba sus ollas, sus plantas y sobijos.

— Doña Faustina —Karen quería entender todo lo que pudiera—, ¿cuénteme cómo ha sido su vida como sabia sanadora?

— Pues antes, hace ya muchos años, no había tanto problema al salir para buscar alguna hierba o algún medicamento. Uno andaba tranquilo y no tenía ningún problema; no andaba asustado, como cuando se vio lo más duro de ese conflicto armado. Uno se vio muy triste, porque los pacientes se le morían a uno en los caminos, o en la casa, porque los caminos estaban cerrados, había minas quiebrapata por todas partes o retenes de ellos. Algunos partos que se me complicaban los llevaba al hospital y, mientras se oían los bum-bum, continuábamos y ellos, los violentos, no molestaban allá adentro del hospital. —Se levantó a poner, sobre el fogón de leña que tenía prendido en el piso, justo delante de ellas, una olla grande con agua para hervir, y regresó a sentarse con Karen—. Mire, yo soy lo que se llama una médica tradicional y partera; tengo 35 años de estar trabajando con las plantas medicinales y la partería. Tengo mi pendón aquí en la casa donde se avisa que se trabaja la medicina tradicional. Los médicos del hospital me tienen en cuenta para eso. A veces, yo atiendo partos también en el hospital con los médicos de allá. Me llegan pacientes a toda hora, diurno, nocturno, a la hora que sea yo los atiendo. “No sobe -me dicen-, usted no se puede ir, ¿con quién nos deja aquí en Timbiquí, si usted es la que le da la mano a uno con la enfermedad y todo? Yéndose usted, ya queda uno como sin una mano del cuerpo”, así me dicen. No me puedo ir, pero ahora volvieron los malos y hemos visto mucha gente muerta otra vez, y vuelve el miedo, aunque las comunidades hemos aprendido cosas...

— ¿Y es que usted ha pensado irse?

— Hubo días difíciles que a uno lo advertían, por andar practicando nuestra medicina ancestral. Me decían que me fuera, que mi hechicería era una plaga, así me decían. Es que yo sirvo a la gente porque aprendí de los sabios mayores y eso es para servirle a la comunidad que lo necesite. Sirvo, empeñada por el saber, no por la plata. Pero yo sí quiero que el gobierno nos reconozca, porque si el gobierno lo reconoce a uno, uno tiene como más entusiasmo. Muchas veces la gente no puede pagarle a uno; el gobierno sí podría. Pero uno sigue con su deber de trabajar con la medicina tradicional y la partería. El amor mío es seguir en el arte, no dejarlo caer, seguirlo manejando, sirviéndole a las comunidades cuando me buscan y que aquí me tengan.

— Y si usted no estuviera, ¿qué pasaría?

— Por eso queremos que se enseñen estas cosas, que haya como centros culturales para que se enseñe lo que sabemos, lo ancestral, así no sea a la propia descendencia de uno.

— Doña Faustina, antes de empezar a trabajar conmigo, muéstreme las hierbas que usa, cuénteme qué hace con ellas, por favor.

— Mire, niña, el sabio Florentino, que atiende más para el lado del mar, y yo ayudamos a la comunidad a sanar los daños psicológicos y espirituales con rituales ancestrales. ¿Plantas que se utilizan para el baño y los sahumeros? La albaca, la ruda, el romero, la citronela y también el laurel, y el sauco que es bueno para curar males epilépticos. Hacemos el tema de los sahumeros con ruda, romero, mejorana, laurel, canela, mesmoscada [nuez moscada] para sacar las malas vibraciones y tener buena suerte en la vida.

— ¿Y qué es eso del *espanto*, doña Faustina?

— Lo que la trajo a usted aquí, niña. Mire, el *espanto* es una de las enfermedades que dimos a conocer con las violencias del conflicto armado. Es una de las que más ha afectado a la población de todo este Pacífico. Altera los nervios y el espíritu, después de que la persona sufre un accidente en el mar o en el monte, o por el ataque de un animal. Pero, en especial, queda mucha gente con *espanto* después de sufrir un atentado de un grupo armado. Cuando llegan aquí con *espanto* uno toma una hoja de paja o un cinto que uno haya bendecido. Con eso, uno mide el nivel de afectación y hace el remedio. Lo conjura con el nombre y apellido del afectado y luego hace la oración para curar el *espanto*, mientras va dibujando cruces sobre todo su cuerpo para armonizarlo. Y después uno le hace un sobijo, que es una especie de baño con las plantitas. Usted solo tiene que confiar en el poder mágico de nuestros ancestros africanos, del saber de ellos que es lo que nos ha llegado.

Faustina invitó a Karen a que caminara dando vueltas entorno a la olla grande, donde el agua y las hierbas ya estaban hirviendo. Tras observarla largo rato, la detuvo, tomó la hoja de paja bendita y midió su nivel de afectación. Lo único que Karen pudo percibir fue que la hoja se inclinó hacia el norte, hasta casi doblarse. Entonces, Faustina le pidió que siguiera dando vueltas entorno a la olla y pensara en su madre. Y se fue a preparar el remedio. Volvió con una botella llena de agua con plantas; tendió una estera sobre el suelo húmedo y le pidió a Karen que se acostara sobre ella. La sanadora se hincó para realizar el ritual que le había descrito y al terminar le pidió a Karen que vertiera el agua de la botella sobre su cuerpo, lentamente; el agua debía correr, siempre, de la cabeza a los pies.

Karen no habló una sola palabra durante la ceremonia; quería sentir y comprender. Regresó al pueblo con una rara sensación de alivio y contento que nunca podría explicar.



### 3. Territorio rural de los nayeros (Cauca-Valle)



Buscó una tienda con servicio de internet para consultar su correo electrónico. Encontró un email del profesor Andrade, donde le daba poca información sobre su próxima anfitriona, pero le regalaba una interesante perspectiva para su visita a la subregión del río Naya:

*Karen:*

*En Puerto Merizalde te espera Josefina, quien no necesita presentaciones y te guiará mejor que nadie. He querido que vayas a la gran cuenca del río Naya para que comprendas la estrecha relación que hay entre los territorios afrocolombianos rurales y urbanos. De hecho, los territorios ganados al mar en el puerto de Buenaventura son una extensión de los territorios rurales de muchas partes del Pacífico y la experiencia del Espacio Humanitario de Puente Nayero no puede entenderse sin conocer el territorio nayero de donde han llegado los pobladores de esas calles de ciudad.*

*Los nayeros de Buenaventura, como todos los grupos asentados en esos territorios, conservaron toda su cultura: (i) empezando por esa estrecha relación entre los miembros de una misma comunidad, lo que les permitió ir formando “las colonias” -como las llaman allí-; (ii) siguiendo por sus prácticas colectivas de construcción sobre palafitos, lo que facilitó el proceso de ir ganándole tierra al mar, pues iban haciendo la casa de los recién llegados donde había espacio, es decir, cada vez más adentro del mar, construyendo territorio nuevo sobre ese mar que entonces nadie reclamaba. Labor que no hubiera podido llevarse a cabo sin la familia extensa asentada en la “colonia”; (iii) además, está la pesca, su gastronomía, etc., en fin, los pobladores de los Territorios Ganados al Mar son la misma gente que encuentras en el campo del Pacífico colombiano. Para resumirte, en el poblado, pequeño o grande, se reproducen los cimientos de la identidad afro que los ancestros palanqueros llevaron a sus montes, ríos, mares y selvas. Ellos hablan de poblaciones anfibias, pues en la misma semana pasan de sus actividades de ciudad (lo seco) a las del mar o el río (lo húmedo).*

*Bien, dejo que seas tú quien profundice la experiencia estando allá.*

*Feliz y reveladora estadía.*

Se dispuso a organizar su viaje en lancha desde Timbiquí a Puerto Merizalde. En internet había visto que ese pequeño puerto quedaba sobre la orilla norte del río Naya, en la zona de la cuenca que es parte del gran municipio de Buenaventura, el que abarca toda la costa pacífica del Valle del Cauca y cuya cabecera es el Distrito Especial de Buenaventura, es decir, la ciudad portuaria. Partiría muy temprano al día siguiente porque quería aprovechar su tiempo al máximo y aquella sería su primera salida a mar abierto.

Navegando por el río Timbiquí rumbo a la Bocana, Karen sintió muy suya la región costera del Pacífico: sus aguas, la espesura del monte, la brisa del río. Sí, la humedad que se instalaba en el aire refrescaba su piel de nayera y, por qué no admitirlo, de caleña. Luego, por dos largas horas la acunó un mar apacible cubierto de neblina, antes de entrar en las

aguas dulces del gran río Naya por donde subió la lancha hasta llegar a su destino: Puerto Merizalde.

Allí se encontró con Josefina, una mujer de mediana edad que la recibió con una amplia sonrisa y le indicó que la conduciría a su casa donde podía quedarse todo el tiempo que quisiera. Karen agradeció su generosidad y empezó por preguntar cómo se llamaba esa majestuosa iglesia que tanto contrastaba con la pobreza de algunas de las casas de palafitos del puerto.

—Ah, es la Iglesia del Sagrado Corazón de Jesús. Mire le cuento, a Puerto Merizalde lo fundó el Obispo Merizalde, por allá en 1935. Antes, a lo largo de todo este río Naya, solo estábamos los negros en nuestros ranchos y nuestras cosas, en nuestros palenques. Merizalde era un misionero que trajo comunidades religiosas para evangelizarnos, y no descansó hasta construir su gran parroquia, que terminaron en 1937. ¡Y sí que nos evangelizaron! Si se fija, por aquí todo es San esto, San aquello y Santa esta y aquella, y festejamos todas las fiestas religiosas y, para completar, nuestros nombres son muy cristianos, mejor dicho...

—Sí, mi mamá se llamaba María del Carmen... —se distrajo recordándola, pero en seguida buscó focalizarse en lo que la llevaba al Naya: — Sabe que vengo a conocer la subregión del Naya porque voy para Puente Nayero, ¿verdad?

— Sí, el profe Andrade me comentó. Quiero contarle algo para que conozca mejor la situación, mi niña: aquí las mujeres somos centrales en la construcción de paz porque, como víctimas del asesinato de padres, esposos, hijos y amigos, somos las sobrevivientes y quienes podemos buscar soluciones alternativas. Es que ya muchos de nuestros hombres fueron asesinados. Entonces, nos toca hacer frente a nuestra situación como mujeres afrodescendientes e indígenas víctimas de la violencia.

— Es como si me estuviera hablando de una organización de mujeres, ¿usted pertenece a alguna, Josefina?



— Sí, a la *Asociación de Mujeres AINÍ*, que ha sido muy importante para el Naya. Mire, le voy a regalar esta cartilla que acabamos de hacer, para que nos conozca. Pero déjeme contarle por encima y después seguimos con lo que usted quiera. Desde hace más de diez años, las afronayeras empezamos a reunirnos y pensar en organizarnos. Empezamos por reivindicar a nuestros antepasados negros que huyeron de la esclavitud y se instalaron aquí en el territorio Naya. Ese es el legado ancestral que defendemos. Nosotras decimos que lo que nos diferencia de otras organizaciones negras es la defensa de nuestros derechos étnico territoriales como mujeres. Tenemos como símbolo el canasto porque es un elemento que nos ha permitido reconstruir el territorio a partir del tejido, con la participación de mujeres de todas las generaciones y vinculando a los niños y los hombres. En pocas palabras, estamos aquí para defender la paz en nuestro territorio, entendiéndolo en su sentido más amplio.

Josefina pasó con orgullo su mano sobre la cartilla y se la tendió a Karen, quien se prometió no mencionarle su *Cuaderno de Notas*, donde ya tenía una sección titulada *Subregión del Naya*. Metió la mano en la mochila y acarició su cuaderno recordando lo que había anotado, antes de recibir el obsequio y comentar:

— ¡Esta cartilla está muy linda! Claro que voy a estudiarla en detalle —prometió, mientras la abría para ojearla. Leyó su nombre en voz alta: —*Tejiendo voces de convivencia desde el río Naya. - Asociación de Mujeres AINÍ - Fuente de la primavera de flores. Cuenca del río Naya.* —y continuó: — Imagino que aquí encontraré mucho de lo que vine a buscar. Josefina, si no le molesta que cambiemos de tema, por favor, cuéntame algo de lo de la titulación colectiva que se logró en esta zona.

— Vea, en la lucha por el territorio, la ley 70 de 1993 ayudó muchísimo, en parte porque aquí la estudiamos hasta entenderla muy bien. Yo guardo mi resumen de lo que dice y prometo esa ley, para leerlo y volverlo a leer como una oración —soltó una carcajada, sacó una hoja de su bolsillo y leyó: —*Reconocimiento de los derechos colectivos sobre los territorios ocupados, sobre nuestras prácticas productivas y nuestra identidad cultural como grupo étnico. Derecho a ser sujetos beneficiarios de programas de fomento para nuestro desarrollo económico y social, y así lograr igualdad de oportunidades frente a todos los colombianos. ¡Y de nosotras frente a los varones!* —Con énfasis agregó: —Ah, también estudiamos el Acuerdo de Paz de la Habana, para que no nos metan cuento y hacer lo que nos corresponde en nuestro territorio para que haya paz.

— La ley suena súper bien en el papel —la interrumpió Karen. Pero al percartarse que estaba truncando el entusiasmo de su anfitriona y quizás desconociendo su labor en

el territorio, intentó corregirse: — Cuénteme ¿qué se ha hecho aquí para avanzar en el sentido que señala la Ley 70?

— ¡Cómo se nota que viene de la universidad! —se quejó Josefina.

Había algo en Karen que molestaba a Josefina, pero en ese momento recordó lo que le decía su abuela: “A los que vienen de la ciudad hay que tenerles paciencia porque demoran en entender lo que se les dice aquí”. Así que, con una sonrisa, anunció:

— Voy a leerle un pedacito que está en la cartilla, para que vea cómo nos ayudó la Ley 70 en la pelea que hubo que darle a la Universidad del Cauca, porque decían que era la dueña de todo nuestro territorio del Naya, dizque desde 1827. Siendo que los palenqueros venían habitando todos estos montes y ríos desde el siglo XVII. El caso es que, a principios de 2016, después de más de 16 años de una batalla legal, se pudo celebrar la entrega del título colectivo. En esa batalla fueron muy importantes líderes como don Isabelino y don Alfonso, y la finada Juana Bautista. Esa es una larga historia.

Tomó la cartilla y leyó:



*Consejos Comunitarios de la Cuenca del Río Naya. “Las Asambleas Colectivas del Territorio del Naya en Puerto Merizalde lograron la titulación colectiva para el reconocimiento de los derechos territoriales del pueblo afrodescendiente en un total de 177.817 hectáreas de terreno que se encuentra entre Buenaventura (Valle del Cauca) y López de Micay (Cauca), en la cuenca del Pacífico. El título beneficia a 18.000 habitantes que viven en varias comunidades. La titulación del Naya constituye uno entre pocos casos exitosos e históricos de reconocimiento legal de tierras en Colombia” (PBI Colombia, 2016)*

Cerró la cartilla, se la devolvió a Karen y le preguntó:

— Oiga, ¿cómo es su nombre completo, Karen? Me dice que su familia es nayera, ¿verdad?

— Karen Ladrilleros Mina —respondió a secas. Y se sorprendió por la reacción de Josefina quien se detuvo, le toma la mano, miró hacia un costado, luego la miró a los ojos y le dijo:

— Claro, yo conocí a su mamá. María del Carmen Mina era una mujer hermosa, como usted, con la nariz pequeña, los labios gruesos y las caderas grandes, ¡toda una reina! Ella fue de las impulsadoras de la organización de las mujeres del Naya y toda una guerrera que se hacía entender facilito por todas nosotras. —Miró a Karen con un cariño acabado de estrenar y agregó: — ¡Con razón su hija fue a la universidad! Mire, yo era joven y estaba



estudiando para maestra en Buenaventura, por eso no llegué a conocerla mucho. Me acuerdo que ella sufría de una dolencia por un disparo, desde la masacre del 2001, y de eso murió como en el 2012 o 2013. Pero fue mucho lo que alcanzó a hacer por este territorio. —Al ver el rostro entristecido de la muchacha, quiso saber: — Usted sabía todo eso, ¿verdad? Ay, niña, mejor dicho, con la que tiene que hablar es con doña María, nuestra sabia sanadora. Ella vive allá arriba, donde vivían los suyos, y creo que eran primas con su mamá. “Arriba, donde las Marías”, decían. —Pasó su mano suavemente por el hombro de Karen y le aseguró: — No se preocupe, yo organizo su viaje para que suba adonde ella después de nuestro paseo por la población y mi reunión. Eso sí, es mejor que se quede allá y vuelva mañana. Además, sepa que le agradecerá si le lleva aceite, una latica de sardinas en salsa de tomate, y las galletas que le encantan.

Ambas guardaron silencio y no volvieron a tocar el tema. Al llegar a casa de Josefina, Karen dejó sus cosas sobre la cama. Era una casa de material y tejas de zinc, no lejos del hospital. Almorzaron juntas un delicioso tapao de pescado y salieron para la reunión a la que asistiría Josefina esa tarde en el saloncito de la parroquia. Al llegar, Josefina le confesó:

— Es una reunión de mujeres de la Asociación, pero después de que hablemos de nuestras cosas, puede intervenir y hacer sus preguntas, si quiere. O, si prefiere, puede irse por ahí y conversar con la gente.

En el salón estaban: doña Cleo, la mayor, una mujer afro de unos 62 años; Matilde, una campesina mestiza, rolliza y de fácil sonrisa, de unos 40 años; Mayora, indígena nasa de unos cincuenta años, y Jackeline, una joven afro de pocas palabras. Mujeres de campo — pensó Karen—, y decidió quedarse a oirlas, pues le ayudaría a entender las dinámicas del territorio extenso del que hablaba el profesor Andrade: la comunidad campo-poblado. Todas empezaron a hablar un poco entre ellas, un poco integrando a Karen.

Pasada una buena hora, dedicada a planear una actividad con un grupo de mujeres que llegaba de López de Micay, Josefina les propuso:

— Ahora, sería bueno que le contaran a Karen lo que cada una cree que es lo más importante para entender las relaciones campo-ciudad del territorio nayero extendido, en otras palabras, para entender las relaciones de la gente de la cuenca del Naya y su comunidad de Puente Nayero en Buenaventura.

— Aquí —intervino Matilde—, hay mucha precariedad en el acceso a los servicios públicos, como en salud. Es por eso que muchas veces toca subir al enfermo en lancha hasta Buenaventura. Entonces, la familia y la comunidad de allá son nuestra casa. Y para ellos

es importante que les llevemos algunas hierbas de aquí, para las dolencias de allá.

— Sí, Matilde, pero yo creo que lo más importante —interrumpió doña Cleo— es que, como sobrevivientes, debemos lidiar con las consecuencias de la guerra aquí, para defender este territorio que es la raíz de todos, de ellos allá y de nosotros aquí. Por ejemplo, la mayoría de los sobrevivientes de la masacre del 2001 fuimos mujeres que quedamos viudas y desplazadas. Muchas del Alto Naya estuvieron hacinadas con sus hijos durante tres años en la Plaza de Toros del municipio de Santander de Quilichao, ¿se acuerdan? Y los del Bajo Naya se fueron para la punta de San Francisco, lo que hoy llaman la calle de Puente Nayero, allá en el puerto grande de Buenaventura. Para allá se fueron espantados después de esa masacre, y se siguen yendo familias enteras. Mucha gente va y viene y, con la gente, van y vienen los productos, los recados, la platica, las noticias de los parientes..., mejor dicho todo, hasta la cultura porque en ese ir y venir seguimos enseñando y aprendiendo lo de nuestros ancestros. No es sino que vaya al mercado allá, en Buenaventura, a ver a esas mujeres cocinando las recetas pacíficas de aquí...

— Bueno —intervino Mayora acomodándose en su silla —, yo de eso no puedo hablar mucho, pero sí contarle que nosotros tenemos nuestras organizaciones indígenas propias y vivimos en nuestros caseríos con gobiernos autónomos. Estamos aquí en Puerto Merizalde para aliarnos con las compañeras, para luchar por nuestros derechos y defender la cosmovisión de nuestras comunidades. Por ejemplo, en nuestra cosmovisión ancestral, “Nasa” significa tejer y sentir desde el corazón, que es lo más importante para los nasa y ese es nuestro trabajo femenino y nuestro aporte a este territorio. Entonces, les reprochamos a nuestros hombres que nos discriminen por ser mujeres. Con las compañeras de aquí hemos aprendido mucho, y las alianzas de ellas son nuestras alianzas. Los Nasa estamos más en el Alto Naya y los Eperara Siapidara en el Bajo Naya, pero todos en nuestros resguardos.

— Sí, las alianzas en esta cuenca del Naya han sido siempre muy importantes —la apoyó Jackeline—. Por ejemplo, cuando los pueblos indígenas que habitan el cabildo El Playón, río arriba, lograron el





reconocimiento de su territorio por parte del Ministerio del Interior fue todo un ejemplo. Ahí se fortaleció su comunidad porque significaba que la ley nacional reconocía que podían autogobernarse. Ese logro indígena y sus implicaciones habría que mostrarlo más; no solo hablar de cuando se logró la titulación colectiva para las comunidades negras. Pienso que si mostramos los logros de diferentes organizaciones, estaremos abriendo caminos para otras comunidades. Es que la educación es fundamental, ¿verdad, Josefina?

— Las comunidades afronayeras e indígenas —precisó Josefina— tenemos procesos de resistencia y de construcción de paz en los territorios rurales como respuesta a la violencia armada. Los afro le apostamos a la reconstrucción de la memoria histórica, para construir paz, porque la memoria fortalece nuestra identidad al comprender el pasado, aquí y en la ciudad; aquí luchamos por la defensa de la vida y de los territorios afro frente a todos los grupos armados e intereses económicos. Igualito a como les toca a ellos, allá en Buenaventura.

— ¿Y cómo lo hacen? —preguntó Karen.

— ¿Aquí? —preguntó doña Cleo, sin esperar respuesta—. Con varias actividades como encuentros sobre nuestros saberes ancestrales. Aquí todas las organizaciones de esta cuenca hacemos lo que podemos para promover la convivencia en el territorio y construir la paz que nos han quitado. Tenemos nuestras prácticas ancestrales de trabajo en y

para la comunidad, como el Ubuntu, la Minga y la Tonga. Y también buscamos el apoyo de organizaciones de derechos humanos. Hay que saber buscarlas para decirles en qué es lo que queremos que nos ayuden. Porque ellos son facilitadores que saben cosas que nosotros no sabemos.

Entonces, Josefina intervino:

—Permítame la cartilla, Karen, y les leo qué es eso del Ubuntu, que ahí se dice muy bonito y también explica la conexión en lo que llamamos territorio extendido campo-ciudad.

*“El Ubuntu es una filosofía comunitaria propia de las formas de vida ancestrales que se fundamenta en el reconocimiento de la relación complementaria entre cualquier ser viviente en el cosmos. En las de la diáspora negra implica que si una de las partes de la espiral se afecta, se afecta toda la espiral” (PCN - Equipo Yembé y Gaidepac, 2015)*

— Todos estos años —intervino Matilde—, lo que hemos hecho las organizaciones de aquí es hacer visibles y divulgar nuestras luchas, lo que llaman hacer *memoria histórica*. Y nosotras, las mujeres, nos hemos formado como lideresas para incidir políticamente; construir alianzas dentro y fuera del territorio —soltó una carcajada y continuó: —Con todo lo que hacemos en nuestra comunidad queremos es “Cambiar lágrimas por sonrisas”. ¡¿Verdad, mujeres?!

Tras escucharse un sí fuerte y general, Josefina recapituló:

— Karen, nuestras organizaciones del Naya tienen muchos años de trabajo, muchas experiencias y logros que vale la pena mostrar. Pero usted tiene que ir hasta donde doña María esta misma tarde, y una experiencia de resistencia de tantos años como la del Naya no se termina de contar ni en una semana. Más bien, aproveche su tiempo para conocer el territorio, así conocerá y entenderá mejor lo que somos y lo que usted es aquí o en la ciudad. Y vaya al monte a comprender nuestra ancestralidad, lo que doña María representa mejor que nadie por ser nuestra sabia sanadora. Para completar —alzó el tono de voz, dirigiéndose al grupo—, mujeres, ya nos están llamando al refrigerio.

No se dijo nada más. Se tomaron el refrigerio, mientras conversaban y contaban anécdotas sobre los encuentros en el Cauca y todo el municipio vallecaucano de Buenaventura. Karen salio de allí con un atado de palabras que resonaban en su mente: *ancestralidad, territorio, organización comunitaria, lucha étnica, resistencia, memoria, alianzas, mujeres, convivencia, derechos, construcción de paz.*

Se dirigió al muelle para tomar la lancha que la llevaría río arriba hasta la casa de doña María, la sabia sanadora, quien tenía 62 años y esperaba aquella visita hacia casi veinte. Cuando oyó el motor acercarse por el río, bajó en seguida por la escalerilla hasta la lancha para ayudar a desembarcar a Karen y abrazarla. La muchacha sintió que su olor a monte húmedo la abrigaba, y recordó la tarde de sanación con Faustina en Timbiquí.

— Vuelva mañana por ella, por la tardecita —le ordenó doña María al motorista y le pidió:  
— Llévele estas plantas al comprador y dígame que le pague lo del acarreo de ayer.

Subieron a la casa de madera y palma, que se alzaba sobre un tablado en lo alto de la colina.

— Aquí se puede oír mejor la armonía de las plantas y los pájaros, y el canto de las aguas de arriba y de abajo —le dijo su anfitriona y agregó ofreciéndole un vaso: —Tome esto, que debe tener sed.

Karen recibió un vaso con una bebida dulce que la refrescó, y colocó su mochila sobre el tablado donde se sentó a contemplar el río. Pero doña María apuró el asunto que guardaba desde la tarde en que murió la madre de Karen, poco tiempo después de haber escrito para su única hija viva aquella carta que guardaba tía Rosa.

— Karen Ladrilleros Mina, tenía años esperándola, casi desde el 2001, cuando su mamá la mandó a Cali, pero especialmente después de la muerte de ella en 2013. —Se interrumpió, se apoyó en la pierna de la chica y se incorporó. Entró a la casa y salió con un atado de papeles metidos entre un plástico que los protegía de la humedad. La cabulla que cerraba el envoltorio, para evitar que se dispersaran, dejaba ver los años pasados sin que nadie los mirara. —Esto es suyo —aseguró con determinación.

— ¿De qué me habla, doña María?

— No me diga doña, que soy su tía, y escuche: en esos papeles está lo que ella alcanzó a reunir para demostrar que todas estas tierras han sido de nuestra familia por más de doscientos años, cuando llegaron los Mina a esta selva. Y ahora son suyas, hijita. ¿Puedo decirle hijita? —Karen respondió afirmativamente con la cabeza, y la tía María continuó: —La única que queda aquí soy yo, porque los violentos nos mataron a nuestros hijos. A ver si logra la titulación de la que tanto hablan hoy; es su derecho porque estas tierras no quedaron dentro del título colectivo. Ella, su mamá, no se cansaba de insistirme que la buscara a usted cuando fuera mayor, y mire, aquí está frente a mí. —Vio que la chica no bebía su agua y la instó: —Beba, que tengo mucho que contarle y necesita fuerzas.

Doña María esperó a que Karen bebiera. Luego, se alisó el delantal que cubría su falda, bebió de su propio vaso y retomó:



— Empezaré por el principio para que me entienda bien. El 24 de diciembre del 2000 fue el desplazamiento del Ceral y el 11 de abril del 2001 fue el del Naya. Los paramilitares reunieron a las comunidades y nos dijeron que teníamos unas cuantas horas para irnos, que las casas tenían que quedar abiertas. Todos cogimos a los niños como pudimos y salimos, y pegamos monte arriba porque para abajo se oían las balas, y empezamos a ver cadáveres al paso y estuvimos en medio del enfrentamiento. Su tía Rosa, iba con nosotros. En Alto Sereno habían matado a otros vecinos. En la Aguapanela, cogimos otra vez por la trocha con los niños en la mano. Más muertos por el camino. Después, escuchamos que habían matado a Daniel Suárez en Patio Bonito. Caminamos dos días por la trocha, hasta llegar a un punto llamado la Silvia donde nos recogió la chiva, el bus como le dicen ustedes. Íbamos alrededor de 100 o 150 personas. En el Ceral estaba el ejército y no nos iban a dejar pasar. Pero no sacaban nada porque escasamente habíamos salido con un atado amarrado al cuerpo y lo que teníamos puesto. Llegamos a Santander de Quilichao donde gente amiga. Ahí, estuvimos ocho días en casas de amigos y los líderes hablaron con el alcalde y nos dieron albergue en la Plaza de Toros. Pero yo decidí devolverme y su tía Rosa también, a buscarlos a ustedes.

Los que estábamos en la región sabíamos que no solo los paramilitares estaban en la zona. Después de la masacre del 2001, nos vinimos a enterar que las tierras del Naya, donde los negros hemos vivido por siglos, supuestamente eran de la Universidad del Cauca, por allá desde 1827. Me acuerdo porque lo leímos en un papel. Así que lo que ellos querían era desarraigarnos para que el territorio quedara desocupado. Ese año, en dos o tres meses, el territorio les quedó casi solo porque en ese horror se fueron muchos. Pero después de eso nosotros dijimos: “Así nos toque morirnos, nos quedamos en la región porque esta región no la vamos a entregar en bandeja de plata, como dicen. ¡Nuestros antepasados lucharon mucho para fundar esta región!” Entonces, su familia y la mía, juntos, nos regresamos del pueblo para acá, a nuestras chozas.

Ahí fue cuando una noche llegaron y asesinaron a todos los hombres de esta familia. Delante de nosotras, su mamá, su tía Rosa, usted y yo, mataron a nuestros maridos y muchachitos y nos advirtieron que saliéramos. Nosotras quedamos espantadas, pero les dimos cristiana sepultura a todos —se persignó y continuó: —Como pudimos bajamos al pueblo. María del Carmen estaba herida y yo no pude sanarla. Fue cuando la mandó a usted con su tía Rosa para Cali. Allá se encontraron con el marido de ella, porque allá él tenía un trabajo. Su mamá fue una de las que resolvió quedarse en su tierra, herida, sola, y resistiendo. Yo me vine a acompañarla porque ya no tenía a nadie más que a ella, y mi deber como sanadora es servir a la comunidad. Ella decía que la muerte la llevaba por dentro, que ya ni *espanto* tenía, que la cuidáramos a usted. Después, fueron las FARC

las que ocuparon esta cuenca del Naya, y le ganaron la batalla al ELN y se apoderaron de todos estos territorios. Aquí mandaron hasta el 2017, cuando firmaron el Acuerdo de Paz.

Karen no sabía qué estaba sintiendo cuando se echó a llorar, ¿ira, vergüenza por haber culpado a su madre durante tantos años, soledad, impotencia? Sin duda su *espanto* había borrado todos sus recuerdos de infancia, pero su cuerpo tenía clara memoria del terror. Entonces, tía María dispuso todo lo necesario para regalarle su mejor ritual de sanación, sus mejores hierbas y sus mejores oraciones.

— Prepárese para la sanción, que lo que usted tiene es puro *espanto*, arrugado ya de tantas ausencias. Estaba muy pequeñita, pero estuvo ahí siempre, y con los ojos muy abiertos. Si me parece verla, ahí, mirando a los violentos; vio todo aunque no lo recuerde. —Le pidió que empezara a caminar alrededor de la olla, que hervía llena de plantas sobre el fogón de cuatro piedras asentadas sobre el piso, y la consoló: —Después de esto y un buen baño de hierbas va a dormir muy bien y mañana podrá seguir su camino, mijita.

A la mañana siguiente, Karen y tía María recorrieron las tierras de los Mina. Era mucha selva para ella sola -pensó Karen-. Pero la sabia sanadora, adivinando sus temores le dijo:

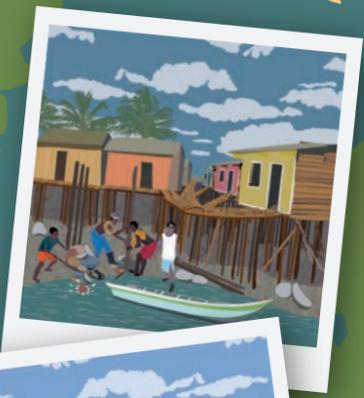
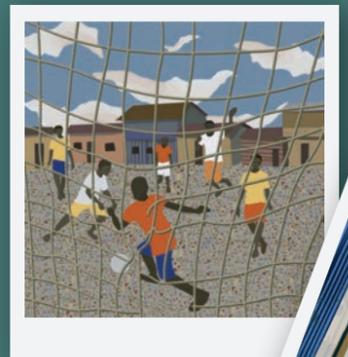
—No, no es mucho para usted, mijita. A la selva hay que cuidarla para que nos siga dando lo que somos. Estas tierras son como la extensión del territorio colectivo y hay que conservarlas dentro de nuestras tradiciones. Dé la pelea por ellas; es su deber porque usted es la única que puede hacerlo. Toda su gente dio su vida por este territorio. Yo estaré aquí hasta que muera, pero después, hijita, es su turno. —La tomó de la barbilla para levantar su cabeza y mirarla a los ojos. Con la serenidad de un atardecer sobre el Pacífico, añadió: —Cuando vuelva iremos hasta la ceiba blanca donde enterramos a su mamá; hoy, tenemos que almorzar temprano para que regrese a Puerto Merizalde. En la ciudad de Buenaventura la espera mucha tensión. La violencia ha perseguido a los nayeros por siglos, pero no nos vencemos porque en esta tierra, este río y ese mar, está nuestra fuerza ancestral. Vamos.

Esa noche, Karen se acostó temprano para madrugar a tomar la lancha que la subiría hasta la ciudad de Buenaventura. Se sentía transformada; ya no era la misma que había salido de Cali. El profesor Andrade la había enviado a un viaje por su pasado rural y ahora debía enfrentar el presente de su gente negra, hacinada en los barrios más pobres de la ciudad más poderosa de todo el Pacífico colombiano. Allí la esperaba Rubén, aquel chico *cholo-negro*, abogado de la Universidad del Cauca y miembro de la *Asociación de Territorios Ganados al Mar*. La tranquilizaba saber que estaría acompañada por alguien que conocía bien el lugar.

# 4 • Buenaventura (Valle del Cauca)

**BUENAVENTURA**

**ISLA CASCAJAL**



Tomó la lancha de las siete de la mañana en el muelle de Puerto Merizalde y disfrutó de la brisa de la cuenca baja del río Naya hasta llegar a la desembocadura donde la asustó un poco el contra oleaje que se forma cuando las aguas dulces encuentran las saladas. Luego, la lancha se alejó de la costa para “irse por fuera”, donde la inmensidad de la llanura del océano Pacífico la maravilló. Cuando el lancharo le avisó que entraban a la Bahía de Buenaventura, su corazón empezó a trotar. Sin embargo, aún quedaba un buen trayecto por el amplio estrecho marino antes de ver Isla Cascajal, donde está tanto la zona del puerto como gran parte de los territorios ganados al mar. Una línea café en el horizonte le anunció que se acercaban a tierra firme. Eran las casas sobre palafitos de los territorios de las comunidades negras, pero su lancha no le permitió verlos de cerca pues se desvió hacia el muelle flotante donde la esperaba Rubén.

Poco conocía de la ciudad de Buenaventura. Había estado allí de paso con unos amigos de la universidad y recordaba a la señora Dioselina, a quien, en aquella ocasión, su tía Rosa había enviado un paquete y un manojito de cartas viejas, que Karen le entregó en una cafetería del centro. Definitivamente -pensó-, mi tía Rosa es un misterio; nunca me explica nada. A lo mejor por eso yo también soy tan poco comunicativa.

No tardó en identificar a Rubén; se alegró al descubrir que se trataba de un hombre joven, alto y fuerte, con una cabeza muy bien puesta. No está nada mal -se dijo-, y escondió rápidamente la mirada en su mochila para atrapar algo de distancia.

—Buenos días —saludó Karen, extendiendo su mano, de manera tan formal que ella misma se sorprendió—, gracias por venir. Pensé que me tocaría esperarlo un buen rato. ¿Como qué horas son?

—Van a ser las diez. La esperé para ir a desayunar y después la llevo adonde se va a hospedar estos días. Supongo que no alcanzó a comer mucho antes de montarse en la lancha.

—Tiene razón —le respondió, sin mencionar que no había probado bocado por temor a marearse—, me muero de hambre y de ganas de conversar para que me cuente todo lo que crea pertinente. Imagino que el profesor Andrade le comentó a qué vengo.



## 4.1. Territorios Ganados al Mar



Rubén no solo sabía a qué iba ella, también había preparado dos reuniones con personas claves para las experiencias organizativas de los *Territorios Ganados al Mar y el Espacio Humanitario de Puente Nayero*, e irían a ver en su casa a un par de mujeres del grupo de las *Madres de Punta del Este*. Tras pedir un desayuno de pescado frito con patacones, café negro y un jugo de borojó, Karen fue directamente al grano:

— Rubén, le soy sincera. Antes de salir de Cali, no alcancé a sacar notas de los documentos de la Comisión sobre estas tres experiencias, así que lo que traigo en mente es más bien lo que encontré en internet anoche. Lo mejor será que usted me cuente todo.

— Bien, le contaré lo que pueda, antes de que llegue Harrison Moreno, una de las personas con quienes nos vamos a reunir. Mire, aquí hay que reforzar las alianzas porque la violencia está en aumento otra vez; esto se está poniendo muy pesado. De hecho, la voy a llevar a los barrios, pero no nos vamos a reunir allá. Nos reuniremos solo con una o dos personas de cada experiencia. —Ante la cara de sorpresa y algo de reproche que creyó ver en Karen, se anticipó: —Lo siento, si hubiera venido hace un año o dos, habríamos podido movernos sin tanta precaución.

— ¿Usted es de aquí?

— Prácticamente, porque aquí llegué muy pequeño. Mi familia materna es del oriente del Cauca, del pueblo indígena Nasa, pero me mandaron a vivir aquí con unos tíos paternos, afros de Guapi, así que aquí terminé bachillerato y fui a Popayán a estudiar en la Universidad del Cauca. Soy alguien con suerte: crecí en una de las calles ganadas al mar, y mi familia entera juntó recursos para mandarme a estudiar. Por eso, apenas me gradué, volví; Buenaventura es lo mío. Aquí hay mucho por hacer y nosotros, los que hemos tenido oportunidad de salir y estudiar, tenemos una deuda con nuestros pueblos indígenas y negros que se quedaron en los territorios rurales resistiendo, y con este territorio de bajamar construido por nuestros mayores. Digo territorios rurales y urbanos, porque donde están las comunidades negras e indígenas, sea campo, selva o ciudad, hay territorio, es decir, ese universo de tierra, naturaleza, gente y cultura ancestral que debemos proteger. Para eso estudié derecho, para defender nuestros derechos, y eso es lo que hago.

Karen lo miraba con curiosidad por descubrir detalles de esa historia, pero no se atrevía a preguntar. De manera que escuchaba atentamente a Rubén, a quien no le faltaban las palabras:

— Las tres experiencias que venís a conocer..., ¿te puedo vosear? Es que me siento un poco raro hablándonos de usted, como si fuéramos mayores. —Al ver que ella asentía con la cabeza mientras tomaba su café, continuó: —Te decía que esas tres experiencias se encuentran en territorios afro que fueron ganados al mar Pacífico.

— ¿Cómo le ganaron esas tierras al mar? No termino de imaginarme el proceso.

— Apilando durante décadas toneladas y toneladas de basura, conchas y escombros, para ir alargando las calles por donde se adentraban en el mar. Son barrios que están ubicados donde antes había manglares y esteros. Todo se hizo con el esfuerzo de la comunidad ya asentada y los que iban llegando por grupos de familias desplazadas, sin nada en los bolsillos. Para cada nuevo arribo, se iban construyendo los puentes de madera sobre palafitos para conectar las casas por construir con las calles que ya estaban, es decir, con las calles de las viejas playas hechas en los esteros o, en el caso de lo que está en la parte continental, con las calles que empezaban en la autopista.

Se detuvo y buscó una imagen en su celular para explicarle:

— Mirá, en este extremo de la isla, donde dice Buenaventura, está el muelle flotante adonde llegaste; a la derecha está toda la zona del malecón turístico y, a la izquierda, por la parte de atrás, está toda la zona del gran puerto marítimo y comercial. Bueno, lo que tienes en naranja son “Tierras ganadas al mar, identificadas con base en testimonios locales”, tal como lo dice la leyenda de la fotografía. Todo lo que ves en naranja es lo que venís a conocer. Son dos grandes zonas: lo que está al frente, mirando hacia la Bahía por donde entró tu lancha, y lo que está mirando hacia el lado del Puente del Piñal, todo son territorios ganados al mar. —Luego, resaltó la avenida principal que se continúa



en el Puente del Piñal, que conecta como un delgado cuello a la Isla Cascajal con la Buenaventura continental, donde también señaló barrios de territorios ganados al mar, como el de *Punta del Este*. Y continuó:

— Mirá, para entender cómo iban creciendo los barrios, imagínate un juego de dominó. Para cada familia que llegaba, había que empezar por tender sobre palafitos un pequeño puente, como una ficha de comodín, que uniría la nueva casa con lo que ya estaba construido y habitado. En seguida, también sobre palafitos, se montaba la base de la casa en palos de madera más fuertes, para montar sobre esa base la estructura de las paredes y el tejado. Teniendo eso listo, se ponían las tablas del piso y de las paredes, con sus ventanas, todo en madera, y se cerraba el tejado con tejas de zinc. Así, cada nueva ficha del juego de dominó es una casa nueva, muchas veces pegada y comunicada con la vecina, que se conecta con las otras mediante puentes en madera. De esa manera, fueron creciendo y bifurcándose las calles que entran como puntas sobre el mar. Y a cada punta de esas la fueron bautizando de acuerdo con la procedencia de la gente que iba ‘colonizando’ ese mar. Por eso se habla de las “colonias” afro que construyeron esos barrios. En esos territorios hay gente de todo el Pacífico.

— ¿Y hace cuánto tiempo empezaron a construir esos barrios?

— Hace más de 70 años esas calles no existían; solo había esteros, manglares y mar, donde hoy hay barrios enteros. Con los desplazamientos forzados de las zonas rurales del Cauca y del Valle del Cauca llegaron inmigrantes negros que venían buscando dónde asentarse. Como llegaban con lo poco que podían traer de sus territorios, sin dinero para comprar la más pequeña porción de tierra, la solución fue ir ganándole terreno a esos manglares y esa bajamar, haciendo playa y sus casas de palafitos donde nadie reclamaba el suelo porque no servía para puerto comercial. Hoy, la mayoría de los pobladores viven en extrema pobreza y azotados por la violencia. Todos esos barrios son lo que hoy defendemos desde la *Asociación de los Territorios Ganados al Mar*. Ahora, los megaproyectos como el propuesto por la Alcaldía, el “Máster Plan Distrito Especial de Buenaventura”, quieren desalojarlos para desarrollar planes urbanísticos, como hicieron con el malecón. Ahora quieren ampliar el muelle turístico y llevar a cabo proyectos inmobiliarios. Alegan que todos esos terrenos son del Estado y que es peligroso para las comunidades vivir ahí.

Un sorbo de café, un trozo de pan y un gesto de aprobación por parte de Karen, bastaron para que Rubén retomara aliento y continuara:

— Doña Lola, por ejemplo, una señora de La Playita, me contaba que a ella la trajeron cuando tenía ocho años, por allá en 1956. Fue de las primeras familias que llegaron. Sus

padres construyeron la casa de madera sobre pilotes apoyados en el fondo del mar del manglar, y ahí ha vivido ella toda su vida, viendo cómo se transforma el estero en barrios enteros. Y así, como ellos, fueron llegando más y más, y las calles se iban adentrando en el mar, como te expliqué. Con el paso de los años, también fueron ampliando los puentes de madera, sobre palafitos más fuertes, y organizando calles flotantes, como pasarelas, donde transcurre la vida de todos los que viven en las casas de madera, construidas a lado y lado, a lo largo de los puentes que llevan a la calle principal. En la época en que doña Lola era niña, La Playita era un barrio de bajamar habitado por pescadores.

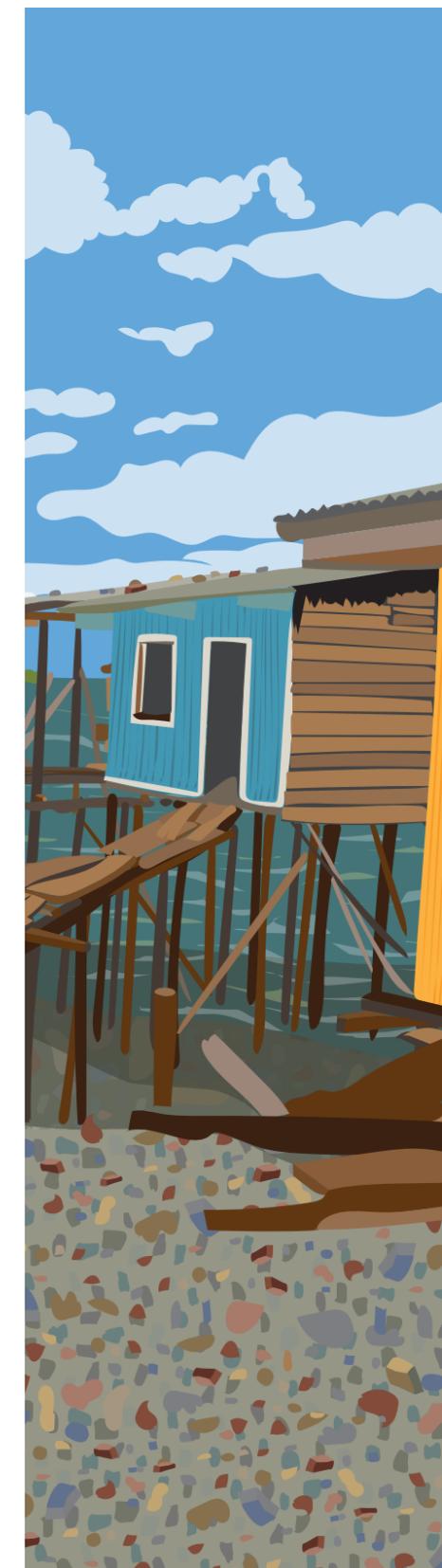
— Contado así, suena hasta idílico. ¿Hasta cuándo duró la dicha? Si se puede hablar de dicha —Karen no entendía por qué salía ese deje de amargura de sus labios.

— Bueno, la gente de estos barrios comenzó a escuchar sobre los grupos armados ilegales en el año 2000. Cada vez les llegaban más historias de la guerrilla y los paramilitares sembrando el terror. Ahí termina lo “idílico”. En 2001 llegó mucha gente al barrio La Playita, que queda en la Comuna 4, huyendo del río Naya donde los paramilitares asesinaron y desplazaron a las comunidades afrodescendientes. Un 90% de los que le ganaron esa calle al mar son nayeros. Por eso la calle principal del barrio se llama San Francisco, en memoria del pueblo del mismo nombre sobre el río Naya. Aunque hoy es conocida como *Espacio Humanitario de Puente Nayero*.

— Mi familia es de allá, del Naya, pero a mí me mandaron a Cali después de la masacre del 2001. Y, bueno..., para qué te cuento...

—Ahora entiendo... —empezó a decir Rubén, pero ignoró el gesto de pregunta que Karen esbozó con sus manos ante ese “Ahora entiendo” y se puso de pie al ver entrar a Harrison Moreno, a quien invitó a su mesa.

—Karen, te presento a Harrison Moreno. Él ha sido una persona muy importante en todo este proceso de los *Territorios Ganados al Mar*.



Tras los saludos y presentaciones de rigor, Karen retomó la conversación que traían con Rubén:

— Tengo una curiosidad, ¿cuántas personas viven en estos territorios?

— Digamos —intervino Harrison— que son más o menos unos 90.000 pobladores afro que están asentados en esos barrios, pero ese dato no está escrito en ninguna parte porque nunca hemos hecho un censo. Los pobladores lo calculamos mirando las familias que hay en cada colonia.

— Volviendo a donde te dejé, Karen —retomó Rubén su recuento histórico, con la venia de Harrison—, en 2004, durante el gobierno de Uribe Vélez, se desmovilizó gradualmente el Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que eran los que habían estado azotando toda esta región del Pacífico. Entonces, en la ciudad de Buenaventura empezaron a aparecer los sucesores de los paramilitares: los Urabeños y La Empresa eran los más fuertes. Comenzaron a disputarse el control de las zonas más deprimidas de la ciudad para poder moverse en la clandestinidad, y ahí empezó una larga temporada de violencia.

— Si se fija —precisó Harrison—, las casas que quedan en las puntas, sobre el mar, parquean sus canoas y lanchas ahí, amarradas de los palafitos. Entonces, eso hizo que los

ilegales buscaran apropiarse de esas puntas para salir con su mercancía por las noches. Creemos que todo empezó por ahí. Porque por todos estos territorios afro ganados al mar pasaban y siguen pasando las rutas del narcotráfico, y es muy difícil combatirlos sin la ayuda de la fuerza pública... La comunidad no ha descansado de esa mala presencia nunca, nunca totalmente, al menos, y no podemos bajar la guardia ahora. Por el contrario, hay que seguir apoyándonos en la comunidad internacional, encontrar estrategias para protegernos, y seguir manteniendo la lucha viva.

— Cuénteme sobre los aprendizajes de la *Asociación*, por favor, Harrison.

— Con gusto —se animó su interlocutor—. La *Asociación de los Territorios Ganados al Mar* es parte del Proceso de Comunidades Negras (PCN), y siempre ha buscado el apoyo y



guía de muchas instituciones y organizaciones. Hemos aprendido que hay que reunirse a debatir, como dicen, a conversar y formarnos. Desde que volvió de Popayán, Rubén ha sido muy bueno en eso, para entendernos mejor con las organizaciones facilitadoras y los internacionales. Es que tenemos que formarnos en temas legales que nosotros no conocemos, para que la comunidad tome consciencia de nuestro derecho a permanecer en nuestros territorios y nos opongamos colectivamente contra los desalojos. A ver, para que me entienda, esos desalojos y esas violencias han afectado también la ancestralidad que es como nuestra garantía de ser lo que somos; nuestras prácticas culturales son lo que nosotros somos y si nos dispersan, si nos desalojan y nos reubican adonde ellos quieran, pues nos acaban.

— Harrison —intervino Rubén—, cuénteles usted qué organizaciones han estado con nosotros.

— Bueno, en primer lugar, nosotros creamos un espacio de articulación que se llama *Comité Interorganizacional por la Defensa de los Territorios Ganados la Mar*, del que hacen parte la Fundación Transformando Mentes, la Fundación Espacios de Convivencia y Desarrollo Social (FUNDESCODES), la Pastoral Afro y la Pastoral Social, que algunas veces está con nosotros, pero pues ellos no son tan constantes; está el Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE), la organización social local Nehemías, la



Asociación para la Investigación y la Acción Social (NOMADECS) y también trabajamos con miembros de Juntas de Acción Comunal, con algunas de las juntas de acción comunal que son más cercanas a nosotros. Por lo menos la Junta de Acción Comunal de El Capricho, lo mismo que las Juntas de La Cima y de La Paz. También tenemos algunas organizaciones de Bogotá que nos acompañan. A ver qué más —miró a Rubén, buscando en su propia memoria—. Pues la Consultoría para los Derechos Humanos y el Desplazamiento (CODHES) y Naciones Unidas. Los de ACNUR antes nos acompañaban, pero ya no están en Buenaventura, aunque sí algunos de derechos humanos articulan trabajo con nosotros, los de ONUDDHH. La Alianza por la Solidaridad también articula trabajo con nosotros, y el Servicio Jesuita a Refugiados (SJR). Y siempre invitamos a otros a los espacios, a los que quieran sumarse. También hacemos eso porque hemos aprendido que esas organizaciones saben hacer cosas que nosotros aquí no sabemos.

— ¿Qué hacen ustedes cuando hay problemas? —quiso saber Karen.

— Lo primero es comunicar lo que esté pasando —retomó Harrison—, para que todos estén sensibles y hagamos movilización social cuando toque, como paros cívicos y marchas, por las necesidades básicas y la tenencia del territorio.

— Hoy tenemos una comunidad mucho más empoderada —precisó Rubén— y dispuesta a dar las luchas por nuestro territorio. Ya conocemos la ley 70 y ahora estamos seguros de la necesidad de la consulta previa y la participación de las comunidades de los territorios colectivos y ancestrales de los afrodescendientes de Buenaventura, en todo lo que nos involucre. Fuimos reconocidos con el Auto 234/13 de la Corte Constitucional, en 2013.

— Ah, sí —añadió Harrison—, pero solo porque logramos que el mundo viera la problemática de los territorios ganados al mar, la Corte Constitucional reconoció a las comunidades negras de estos territorios. Y después de eso empezaron a generarse las barreras invisibles; uno sabía dónde empezaban las zonas controladas por los violentos, porque ahí no se podía entrar. Se dieron los desarraigos forzados, y después se dió el confinamiento en Buenaventura. La gente empezó a guardarse en sus casas por el miedo a los violentos.

— Sí, señor —intervino Rubén—, no solamente hubo confinamiento sino también desplazamiento forzado; hubo dos desplazamientos forzados, antes de entrar en el ejercicio de confinamiento total. Después del desplazamiento hubo control social y eso originó lo que posteriormente se conoce como confinamiento.

— Otra duda que tengo es sobre lo que menciona Rubén de la Corte Constitucional

—Ah —Harrison respiró profundo y prosiguió—, lo relacionado con el reconocimiento por parte de la Corte Constitucional de los *Territorios Ganados al Mar* es lo siguiente: en el marco de un proyecto de la CHF Internacional, que hace parte de la USAID, estaba el *Comité Interorganizacional por la Defensa de los Territorios Ganados al Mar* y decidimos, entre todas y todos los miembros de las organizaciones y algunas ONG que nos acompañaban, construir una tutela para buscar que nos garantizaran el derecho a la participación de las comunidades en Buenaventura, ¿me entiende? Eso tocó hacerlo ante lo que implicaba para nuestros territorios el Plan de construcción del Malecón Bahía de La Cruz y del combo completo del llamado desarrollo, que llevaba a todo el tema de la reubicación oficial de los pobladores asentados en esos territorios. Además, también fue hecho ante el Plan de Desarrollo 2030-2050 de Buenaventura. Todos son planes inconsultos: el Malecón, el Plan de Desarrollo y la reubicación. Nosotros decidimos hacer la tutela entre todos y todas, entre comunitarios y miembros de organizaciones. Así que nos reunimos y empezamos a hacer una tutela con sentido humano, digamos. Entonces, decidimos presentarla a nombre de dos personas, Gustavo Mestizo Ruiz y Harrison Moreno, yo. Presentamos la tutela con acompañamiento de la Defensoría, porque es la única que tiene la facultad de conversar con la Corte y decirle que priorice algún caso. Por eso lo hicimos con ellos. Entonces, así fue como hicimos todo ese procedimiento.

— ¿Cómo fue ese procedimiento? —interrumpió Karen, ante lo que Harrison precisó:

— Nos fuimos e hicimos unas visitas a embajadas extranjeras en Bogotá y estuvimos reunidos con un magistrado auxiliar. Así que estábamos con las visitas, pero también estábamos simultáneamente en la construcción de la tutela. Entonces, como les decía, se presentaron las dos tutelas, y las negaron ambas. Luego, apelamos las tutelas. En esa apelación fuimos muy estratégicos porque ya estábamos de la mano con la Defensoría. Entonces, de las dos tutelas pasó la que estaba a nombre de Gustavo Mestizo Ruiz; nos dijeron que la Corte Constitucional reconocía la tutela, revisaría el caso, y luego nos notificarían, ¿sí? Pues lo que nos notificaron fue que se reconocían los *Territorios Ganados al Mar* y que nosotros, aquí en Buenaventura,



sí éramos comunidad negra. Porque uno de los planteamientos que hacía el mismo Ministerio del Interior era que nosotros no éramos comunidad negra, sino que comunidad negra era nada más la que estaba asentada en zona rural, y nadie más.

— Increíble, pero sí, así son los enredos de las leyes —interrumpió Rubén.

— Entonces —continuó Harrison—, nos reconocieron como comunidad negra y, además, reconocieron que debe implementarse para cualquier proyecto o megaproyecto o cualquier ley que afecte a la comunidad, la consulta previa, estipulada en el Convenio 169 de la OIT. Reconocen nuestro derecho a la consulta previa, que está en el bloque de constitucionalidad. Parten de que la consulta previa es la materialización del derecho a la participación, y que en función de ese derecho tienen que implementarla en la zona. Además, dan una serie de órdenes que hasta ahorita no han sido cumplidas, digamos, ni en un 5%. Porque, por ejemplo, una asamblea que tenían que hacer tipo fórum, un evento donde se expusieran los planes y se conversara con las comunidades, la Alcaldía no lo realizó conforme a lo que estaba estipulado en el RESUELVE del fallo de la Corte Constitucional. Entonces, hasta ahí le puedo comentar sobre eso. Ah, en 2013, la misma Corte emitió el Auto 234 que también dice que se debe implementar la consulta previa. Es que nosotros pusimos una queja a la Corte para que apretara a la Alcaldía de Buenaventura porque no estaba implementando las órdenes emitidas por ellos.

— Como yo lo veo —quiso sintetizar Rubén— la lucha de las comunidades negras de Buenaventura por su territorio, su ancestralidad y sus derechos tiene dos frentes y ha desarrollado dos estrategias exitosas. El primer frente es la lucha por el territorio propiamente dicho. Y ahí se aplica la estrategia legal contra varios actores: por una parte, contra los proyectos estatales de ampliación portuaria y los proyectos urbanísticos del Distrito de Buenaventura, es decir, los de la Alcaldía; por otra parte, contra los intereses privados. Ahí, entra la otra estrategia, la asociativa, al conformar la *Asociación de los Territorios Ganados al Mar* y nuestros aliados nacionales e internacionales en el *Comité Interorganizacional*. El Auto 234 de 2013 de la Corte Constitucional es un ejemplo de éxito de esa lucha por permanecer en nuestros territorios. Es que estas luchas de la *Asociación* son luchas que hay que dar en la calle y ganar desde lo jurídico. Entonces, el segundo frente...

—Sí, claro, entiendo —interrumpió Karen con una sonrisa y, buscando la aprobación de Harrison, le preguntó —¿Buen resumen, verdad?

— Lo que yo digo —respondió él— es que si los campesinos, por ejemplo, tienen derecho a sus tierras, los negros de aquí tenemos derecho a nuestro mar, que es como nuestra tierra.

Debemos seguir luchando por estos territorios, defender nuestros derechos culturales como étnia, como pueblo afrodescendiente. Ese es mi resumen.

— Sí, sin las acciones y movilizaciones de las comunidades, las luchas jurídicas de la *Asociación* no tendrían piso —reforzó Rubén—, y para eso ha sido fundamental que la gente tenga consciencia de su derecho a permanecer en su territorio. Pero déjenme terminar con mi síntesis. Yo hablaba de dos frentes y dos estrategias. Bueno, pues el segundo frente es la lucha por el derecho a la no violencia y la paz para las comunidades en sus territorios. Ahí, la lucha es contra los grupos armados ilegales que azotan esos territorios. Y la estrategia a que se llegó fue la declaratoria del *Espacio Humanitario* como el de *Puente Nayero*.

— Muy bien dicho, Rubén —lo respaldó Harrison.

— Harrison, dígame una cosa —lo interpeló Karen—, ¿cómo ha sido la participación de las mujeres en este proceso?

— Mire, las mujeres han jugado un papel fundamental en la lucha y la defensa del territorio. Y más, acá, en los territorios ganados al mar. La participación de la mujer ha sido tan efectiva que, solo a través de ellas, nosotros hemos podido lograr consolidar la restitución de los territorios ganados al mar, pues parte de lo que hemos construido



ha sido inspirado y aportado por las mismas mujeres. En diferentes espacios, siempre estamos con mujeres como Leyla Arroyo y Danelly Estupiñán, que han estado fuertemente en la lucha y la defensa del espacio territorial. Pero algunas veces no resaltamos lo suficiente a otros hombres y mujeres, por lo menos, la finada Benita Castillo de Sanju (del barrio San José), una mujer muy luchadora y que, además, nos inspiraba mucho a seguir defendiendo el territorio. Ella estuvo en tres procesos de desarraigo territorial que soportó, porque uno aquí no dice desplazamiento, sino desarraigo territorial. Lo mismo la señora Ángela, más conocida como Morena, y Lila, y dos señoras más que ya fallecieron, Eulalia y Esquilía. También están Yamileth, Olga, Indelia, conocida como *la Chola*. Mujeres que, desde que comenzó, digamos, todo el tema de la lucha por la defensa del territorio, salían y defendían y se apropiaron de la defensa de lo nuestro, y han participado en función de ayudar a construir tanto las estrategias para defender el territorio como en abrir espacios, en sus entornos territoriales, para que otras personas puedan llegar y conocer la vivencia de los que vivimos en esta zona. Pero también aportan desde sí un grano de arena para pensar cómo se consolida toda la estrategia de defensa del territorio. Es así como con ellas, por ejemplo, nos sentamos y empezamos a construir estrategias como las que hubo que pensar con el tema de la construcción de la tutela.

— Ah, ¿ellas participaron en ese proceso? —quiso saber Karen.

— Sí, claro —dijo Harrison, acomodándose en su asiento para continuar su recuento—, la tutela fue de construcción colectiva. Aquí nos sentamos entre todos y todas, y las mujeres jugaron un papel fundamental en la construcción de esa tutela. De hecho, el nombre de los *Territorios Ganados al Mar* nace en una gran reunión que se hace en Viento Libre, donde Leonicia dijo que no se les podía llamar más zonas de bajamar, sino que había que llamarlas *terrenos ganados al mar*, porque nosotros lo que hemos hecho es ganarle terreno al mar. Esa es una mujer que también ha estado fuertemente en la lucha y la defensa del territorio. Es que todas ellas han estado participando activamente en plantones, caminatas y diferentes manifestaciones. Aquí no podemos decir quién haya jugado un papel más fundamental; no, todos y todas, hombres y mujeres. Siempre hemos tenido mujeres con nosotros, los hombres. Cuando hacemos las visitas internacionales guiadas o cuando salimos a hacer las visitas a otras comunidades, han estado mujeres al frente de las actividades. Y también han sido, digamos, las que en últimas nos transmiten el conocimiento, los saberes, para que nosotros podamos seguir en esta lucha. Si no hubiera esa participación fuerte de las mujeres, nosotros no estaríamos donde estamos, porque las mujeres han sido grandes impulsadoras.

— Me alegra oír eso, y más con ese entusiasmo y en boca de un hombre que sido líder del proceso —manifestó ella, y miró a Rubén para dedicarle una sonrisa.

— Hay más —continuó Harrison recargado—, en temas de comportamiento. Las mujeres tienen un comportamiento más ético que nosotros, los hombres. Y las mujeres han estado en función de construir, relatar, escribir, porque algunas son muy buenas escribiendo. Digamos, han dado relato de las vivencias que se han tenido. Eso se ha hecho con las mujeres. Ellas mismas han ido a mostrarles a muchos extranjeros cómo es la vivencia aquí en los territorios, cómo es la crianza de los niños, cómo se realiza la actividad productiva. Entonces, yo diría que la participación de las mujeres ha sido fundamental para que toda esta estrategia de defensa esté consolidándose. También han estado al frente de actividades deportivas en La Cima y en La Paz. Sin las mujeres no habríamos sacado adelante nada de esto porque, incluso, en algunos momentos donde nosotros los hombres solemos ser muy vulnerables, las mujeres han estado al frente tomando las riendas. No sé si le quede ahí claro, pero la mujer juega un papel fundamental en todo, en la construcción, en la formación, porque hay mujeres que han venido a formarnos en los temas de la defensa del territorio. También hay muchas mujeres que se encargan de manejar todo lo que tiene que ver con la logística y eso también es beneficioso. La mujer ha sido activa y ha venido y ha seguido siendo activa en función de mejorar, digamos, la calidad de vida y asegurar la vivienda en las zonas donde estamos asentados. De hecho, en los *Territorios Ganados al Mar*, hay más mujeres empoderadas defendiendo el territorio que hombres. Eso es de resaltar, ¿no? Sin las mujeres no habríamos podido estar en nuestros territorios. Ese es mi resumen.

— Entiendo, claro —intervino Karen, en un tono reflexivo—. Ustedes me hacen pensar que a la hora de la verdad todo es una misma lucha por un TERRITORIO EN PAZ, así, grande, en mayúsculas, un territorio en paz y todo lo que eso implica en las condiciones tan complicadas que se viven en Buenaventura.

**4.2. Espacio Humanitario  
Puente Nayero**



—Exacto —tomó la palabra Rubén con entusiasmo—. Pero, volviendo a la historia de La Playita, donde hoy está el *Espacio Humanitario de Puente Nayero*, necesitás oír lo siguiente. Para el 1 de noviembre de 2011, llegaron alrededor de 15 hombres armados de la banda criminal conocida como La Empresa, y ocuparon el barrio. Desde ese día, la gente vivió atemorizada por las balaceras de los enfrentamientos entre las diferentes bandas; se escuchaban a todas horas del día. Se asesinaban entre ellos, ahí en las calles, en frente de la comunidad. Al inicio, también asesinaron personas que no eran de la comunidad, ni pertenecían a ningún actor armado. Esos tipos violaban mujeres, reclutaban a los niños y a los jóvenes que andaban en su calle, amedrentaban a la comunidad con amenazas y extorsiones, mejor dicho, inundaron los barrios de violencia y horror.

— ¡Qué espanto!

— Sí —continuó Rubén—, y vinieron los desplazamientos y el control social de la gente en los barrios, y así fue que la gente terminó confinándose en sus casas. Además, convirtieron una de las viviendas en lo que la comunidad llamó una “casa de pique”. Ahí llegaban por las noches con personas que traían abrazadas como si fueran amigos, los mataban a machete para que sus gritos intimidaran a la comunidad y tiraban sus cuerpos desmembrados al mar. El mar y los manglares se convirtieron en cementerios de cuerpos mutilados. La sensación de impotencia se apoderó de la comunidad; nadie se atrevía a decir nada. Fueron casi dos años de encierro en las casas porque la calle estaba tomada por el terror. Cuando, una mañana, mataron en una de las casas de pique a Marisol Medina, una vendedora de mariscos muy querida en el barrio que se negó a pagarles la “vacuna”, y después mataron a su esposo, la indignación le ganó al miedo.

— ¡Madre santa! ¿Y cómo lograron constituir el Espacio Humanitario? En algún lugar leí que la comunidad había desmontado con sus propias manos esa tal “casa de pique”. ¿Cómo fue todo eso?

— Mirá, la gente venía reuniéndose fuera del barrio..., es que ya existía una organización llamada *Corporación Organizando, Haciendo y Pensando el Pacífico* (CORHAPEP). Se reunían para ver qué hacer, y decidieron buscar el acompañamiento de la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz (CIJP) y otras organizaciones de derechos humanos y la Iglesia. Y, juntos, diseñaron un plan que coincidió con que, en 2014, el presidente Juan Manuel Santos militarizó la ciudad de Buenaventura. Bien, el plan fue el siguiente: el 13 de abril de 2014, un Domingo de Ramos, mientras el Obispo de Buenaventura, Monseñor Héctor Epalza Quintero, oficiaba la misa en el muelle de Puente Nayero, los miembros de la Cijp entraron a la zona, camuflados entre los asistentes. Y así, en comunidad y con la presencia de Monseñor, se hizo la declaratoria colectiva con la que se creó el *Espacio*

*Humanitario Puente Nayero*. En la entrada de la calle central, se instaló una puerta grande de madera que se cierra todas las noches, y se colocó una pancarta inicial. Hoy, la pancarta que hay dice: “Espacio Humanitario Puente Nayero. Protegido con Medidas Cautelares Otorgadas por la CIDH. Defendiendo el territorio, construyendo paz”. ¿Me seguís? —preguntó para atrapar la atención de ella.

— Sí, continuá —lo animó ella.

— Desde ese día la Cijp hizo presencia en el barrio y la mayoría de los hombres armados se fueron, pero otros regresaban. En ese proceso fue que la comunidad desmontó “la casa de pique” y con el tiempo construyeron ahí mismo un salón cultural. Así fue que la comunidad resignificó el espacio, ¿me entendés? Otras organizaciones internacionales se habían sumado, como las Brigadas Internacionales de Paz (PBI), cuyos miembros incluso se quedaban a dormir en el barrio y eso -cuenta la gente- les dio mucho valor. Finalmente, los paramilitares dejaron el barrio.

— Debió ser un proceso lleno de miedo y esperanza a la vez.

— Sí, porque llevaban mucho tiempo acumulando espanto y sobresaltos. Así fue como, después de dos años de encierro, la gente volvió a tener una vida en paz en su calle. Esa experiencia del *Espacio Humanitario de Puente Nayero* ha sido una iniciativa de resistencia comunitaria muy valiente. Así pudieron seguir viviendo en su territorio, a pesar del asedio de las recurrentes olas del conflicto armado y sus violencias que no terminan. —Miró a Karen para saber si seguía atenta y concluyó: —Mirá que esta fue la primera experiencia de un espacio humanitario en una ciudad de Colombia; ya existían algunas experiencias en zona rural del Pacífico que, por cierto, sirvieron de ejemplo a los nayeros de aquí.

— ¿Qué rol han jugado las organizaciones de derechos humanos, nacionales e internacionales?

— Hay que reconocer —respondió Rubén— que, como organización facilitadora, la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz (Cijp), por ejemplo, ha acompañado y asesorado a las familias del *Espacio*



*Humanitario* en temas de protección, seguridad, representación jurídica, documentación y difusión de hechos de violación de los derechos humanos. Es claro que la colaboración de esas organizaciones ha sido fundamental para fortalecer la lucha de las comunidades.

— Yo sí creo —intervino Harrison— que el apoyo de esas organizaciones es muy importante. Nosotros las llamamos “organizaciones facilitadoras”. Hay gente que me dice que no, que qué quieren ellos allá en nuestro territorio. Yo les digo que nosotros tenemos que saber qué queremos nosotros de ellos, y ellos se acomodan a lo que nosotros queremos. Digamos, ellos saben, en el ambiente internacional de ellos, qué significa la consulta previa y la participación de la comunidad y cómo ayudarnos desde allá para que aquí, en el territorio, no pasen por encima de nosotros. Y nosotros hacemos aquí todo lo que nosotros sabemos hacer.

Dicho eso, Harrison se puso de pie y se despidió pues debía ir a revisar unos volantes que iban a repartir a la comunidad para una reunión. Pero Karen lo retuvo:

— No, no se vaya sin decirme qué cree usted que la *Asociación* debe llevar al Encuentro.

— Yo consulto eso con los compañeros y le digo, pero se me ocurre que hay que contar la historia de lo que ha hecho y ha ganado la *Asociación de los Territorios Ganados al Mar*, y mostrarles qué se hace hoy para hacer consciencia con más gente. Necesitamos que cada vez haya más gente empoderada, para que todos sepan que hay que estar pendientes y comunicar y apoyarnos colectivamente.

— Muchas gracias, Harrison —dijo Karen levantándose para despedirse—. Voy a estar dos días más en Buenaventura. Para que me cuente lo que le digan los compañeros.

Regresó a su asiento y retomó la conversación con Rubén:

— Bueno, ahora decime ¿exactamente, qué zona está cobijada por el *Espacio Humanitario* como tal?

— Esta tarde vamos allá y lo ves vos misma. Puente Nayero es en realidad una sola calle y varios puentes de madera sobre el mar, que van dando acceso a secciones laterales llenas de pequeñas casas de madera. Una típica punta de las colonias de los territorios ganados al mar, como las que ya te describí. Ese territorio sobre el mar es tan vital para la comunidad porque lo que ellos han hecho tradicionalmente para ganarse la vida ha estado siempre asociado a la pesca artesanal, como la hacían en sus ríos y el mar. Además, mantienen una vida económica en estrecha relación con los territorios rurales del

alto, medio y bajo Naya. El contacto familiar con el Naya, el intercambio de productos, y el ir y venir de la gente nunca han cesado. Por eso estar ahí, en el mar, les da esa autonomía que barrios de otras comunas de la ciudad no tienen.

— Sí, de ese intercambio permanente me percaté cuando estuve en el Naya.

— Pero no te he terminado la historia. Pocos días después de la creación del *Espacio Humanitario*, la CORHAPEP y la Cijp solicitaron a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos medidas cautelares para proteger a los pobladores de Puente Nayero. Así que, cinco meses después, exactamente el 14 de septiembre de 2014, la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (Cidh) otorgó medidas cautelares a las 302 familias que constituyen el *Espacio Humanitario* y ordenó al Estado colombiano adoptar “las medidas necesarias para preservar la vida y la integridad personal de [esas familias]”. Tal cual, conozco de memoria esa frase. Gracias a esas medidas, la policía empezó a vigilar la calle, 24 horas al día. Sin embargo, se ha seguido registrando la entrada de neo-paramilitares a *Puente Nayero*, así como amenazas de muerte a varios de sus habitantes y líderes comunitarios. Entre otras cosas, porque este espacio está en medio de dos barrios



controlados por los neo-paramilitares. Y ahora son Los Urabeños, el Clan del Golfo y La Local los que están extorsionando y amenazando a líderes comunitarios. Pero poco a poco, al ver que en *Puente Nayero* se había recuperado la posibilidad de vivir sin tener que dejar su territorio, otras calles se han animado a convertirse en espacios humanitarios, como el de *Punta del Caco*.

— Gracias por ese toque optimista. —Esta vez Karen sonrió y acotó: —Creo que tenés todo el derecho al optimismo porque, dadas las circunstancias tan violentas y amenazantes, los logros han sido enormes. Eso ya lo tengo muy claro.

— Sí, de hecho, hasta hace muy poco, cuando uno entraba a *Puente Nayero* se sentía en zona neutral, protegida. La gente logró vivir durante años sin las tensiones de antes. Desde muy temprano en la mañana hasta tarde en la noche, la calle estaba llena de gente: niños jugando, gente charlando, otros jugando al bingo; uno los veía peluqueándose en la calle; de nuevo los pescadores podían dejar secando sus redes y remendarlas en su calle. Es decir, la gente había recuperado su calle y se veía la alegría del pueblo negro, aunque no olvidaran el horror. Ahora hay una especie de calma chicha, porque los actores armados han vuelto a ganar territorio en el Pacífico, y Buenaventura nunca ha sido la excepción.

Agotada por el viaje y la atención que le exigió la conversación del desayuno, tan apesadumbrada como contenta, con todo lo que Rubén y Harrison le habían contado, Karen le pidió a su anfitrión que la llevara al lugar donde iba a hospedarse para descansar un poco antes de almorzar y salir a caminar las calles ganadas al mar. Así lo hicieron. Un par de horas después, se encontraron para almorzar en una cafetería cerca a La Playita y, luego, se fueron caminando.

— Hoy, no te voy a presentar a nadie más; vas a entrar conmigo como si fueras una amiga que me acompaña a hacer una vuelta. Vamos a recoger un dije en madera, un pescadito, que talló para mí don Braulio, un viejo pescador. Es madera rescatada del mar que la sal ha endurecido y se pone muy bonita.

— ¿Y, por qué tanto sigilo? ¿Así de grave está la cosa?



## Espacio Humanitario Puente Nayero

### Defendiendo el territorio construyendo paz

— Es mejor ser precavidos. Últimamente, se respira esa calma chica, esa tensión que empieza cuando el conflicto está ahí, latente, merodeando las calles. Los diferentes actores, ahora, después de la tregua que significó el inicio del Acuerdo de Paz, están de nuevo peleándose por el control territorial y en cualquier momento las violencias en los territorios del Pacífico y la ciudad misma de Buenaventura vuelven a recrudecerse, y la comunidad de aquí puede volver a perder el control que había ganado para su día a día.

— Bueno, algo de eso sentí en el Cauca, pero no lo hablé con nadie.

— Sí, el desplazamiento de la gente del Naya al *Espacio Humanitario* es algo que no ha dejado de presentarse; sucede por oleadas. No ha habido movimientos recientes, pero la violencia ha vuelto a estallar y se ve venir el recrudecimiento brutal aquí también.

Cuando pasaron bajo la pancarta que anuncia la entrada al *Espacio Humanitario de Puente Nayero*, Karen sintió que se le paralizaba el corazón. Por esas calles de arena, cascajo, conchas y madera debían caminar a diario parientes suyos que la podrían hacer sentir más acompañada en este mundo, pero no había tiempo de charlas o averiguaciones, ni era momento para encuentros.

— Mirá —le dijo Rubén—, en ese grupito de casas pintadas de azul viven familias que llegaron recientemente del Naya. Como te decía, los desplazamientos y las migraciones, incluso inter barriales, no han cesado.

Karen se detuvo a mirar a unos niños jugar, cuando llamó su atención una camioneta blindada que alcanzaba a verse en la zona de playa. Asombrada, tomó a Rubén por el brazo y le señaló con la cabeza el lugar donde esta se hallaba. Entonces, el joven la tranquilizó:

— No te preocupes, es la camioneta en que se moviliza Orlando Castillo, uno de los líderes más visibles del *Espacio Humanitario*. Es que los líderes han sido víctima de intimidaciones y algunos tienen mecanismos de seguridad. Resulta sorprendente, ¿verdad? Es raro, yo sé, pero es real ver a un líder que vive con escasos recursos andando en una camioneta blindada y con escolta. De hecho, la sola presencia de los carros comunes y corrientes se contradice con el paisaje de las casas de madera. ¿No crees?

— Sí, todo esto... —miró a su alrededor— tiene una belleza difícil de describir, pero de idílico no tiene mucho.

Avanzaron por uno de los puentes de *Puente Nayero*, para ir hasta la casa de don Braulio que se hallaba al final de la punta, con vista directa sobre un mar tranquilo. Allí se encontraba él, sentado sobre el tablado, remendando su red. Al ver a Rubén, se levantó a saludarlos, los invitó a sentarse, y entró a su casa. Salió con una botella de “*viche curado*”, tres vasos, y un pescadito tallado en madera que colgaba de una fina cabuya. Se lo dio a Rubén, quien lo tomó, lo acarició, y miró a Karen, antes de levantarlo para ofrecérselo como obsequio. Al ver la sonrisa que recibió en respuesta, se puso de pie y colocó el bello collar de cabuya y madera en el cuello de Karen, quien lo tomó en su mano para admirarlo.

— Es hermoso, don Braulio. ¡Gracias, gracias a ambos!

Don Braulio, tomó la botella, sirvió los tres vasos y al ofrecérselos precisó:

— Me lo mandaron de Micay, mi tierra. Es el mejor para sentarse aquí a mirar este mar y quedar relajado.

De allí, salieron caminando despacio, en silencio. Rubén saludaba a unos y otros al pasar. Al salir, le anunció a Karen que se dirigían a reunirse con dos líderes del *Espacio Humanitario*, en casa de sus tíos. Más tardaron en llegar ellos al lugar que en ver llegar a

Orlando Castillo y Javier Mina. La tarde avanzaba, y Rubén quería llevar a Karen hasta su hospedaje, antes del anochecer. Entonces, planteó sin dilaciones el motivo de la reunión:

— Como les comenté, se trata de empezar a pensar en un Encuentro de Experiencias de Convivencia y Construcción de Paz, que la Comisión de la Verdad quiere organizar. Para hacerlo, ella quiere oír de ustedes mismos cuáles han sido los logros replicables del *Espacio Humanitario*, y cómo creen que se puedan fortalecer o ampliar estas experiencias con un nuevo Encuentro. ¿Recuerdan la Audiencia que organizó el *Comité Interorganizacional* por la defensa de los derechos de las comunidades que habitan los *Territorios Ganados al Mar*, en julio de 2016? Podría ser algo así.

— Lo primero que quiero señalar —tomó la palabra Orlando— es que, aunque el *Espacio Humanitario* sea una experiencia exitosa de resistencia y convivencia porque ha generado la posibilidad de que la comunidad se organice y mejore sus condiciones, no quiere decir que hoy esté exento de los ataques de los actores armados. Ya no entran libremente como antes, pero siguen ahí a la caza del territorio.

— Lo peor es pensar —intervino Javier— que haya infiltrados en las comunidades de los territorios ganados al mar y que los actores armados sigan reclutando jóvenes. Con el Acuerdo de Paz hubo jóvenes que lograron regresar a sus comunidades, pero ellos nunca dejaron de vivir en tensión permanente...

— Sí —intervino Rubén—, las dinámicas de tensión entre las comunidades y toda clase de actores armados son muy fuertes, y están muy presentes: la pugna por el territorio sigue. Menos mal ha habido aprendizajes organizativos importantes. El conflicto ha revivido y los diferentes grupos se están disputando de nuevo el territorio.

— Cuéntenme más sobre esos aprendizajes, por favor —pidió Karen.

— Hoy tenemos una comunidad mucho más empoderada —precisó Orlando—, dispuesta a dar las luchas por nuestro territorio. Ya conocemos la ley 70 y sabemos de la necesidad de la consulta previa a las comunidades negras, reconocida con el Auto 234/13 de la Corte Constitucional. Eso es un avance enorme respecto de nuestro derecho a estos territorios.

— ¿Y con el *Espacio Humanitario*, concretamente? —urgió Karen.

— Ahí —retomó la palabra Orlando—, podemos resumir diciendo que todo ha fortalecido el tejido social. Lo primero es que hemos aprendido a organizarnos internamente para ser autónomos, fortalecer nuestra capacidad de autorregulación, de autodeterminación,

y así limitar la intervención de terceros; lo segundo es que hemos logrado quedarnos en estos territorios ganados al mar que son el fundamento de lo que somos y hacemos. Por algo, nuestro lema es “La resistencia dentro del territorio y la preservación de la vida”. Y lo tercero es que hemos creado una cultura de resistencia por la convivencia, nuestro territorio y nuestra ancestralidad, gracias al trabajo de los jóvenes y su música urbana, y con las actividades culturales y la presencia de las familias de los barrios en los actos conmemorativos y las jornadas de paz.

— Leí sobre los principios que los guían y las prácticas que han implementado, ¿cómo es eso?

— Respecto a los principios —respondió Orlando— son acuerdos éticos de la comunidad. Básicamente son tres: el primero es la afirmación de la vida y la negación de la violencia, afirmación de todas las formas de vida; el segundo es la afirmación de la identidad afrodescendiente, y el tercero es el sueño de justicia. Esos principios articulan los esfuerzos en lo individual y lo colectivo. Y lo de las prácticas, déjeme resumirlo así: lo primero, resignificamos el territorio, como lo hicimos al desmontar la casa de pique y hacer una casa cultural ahí mismo; lo segundo, comunicamos tanto al interior de las



comunidades como al exterior para visibilizar, donde nos toque hacerlo y con quienes creamos nosotros conveniente, lo que estamos haciendo y buscando; lo tercero, exigimos en las instancias del Estado o a nivel internacional el cumplimiento de lo acordado y el respeto de nuestros derechos.

— Una de las experiencias de visibilización aquí —intervino Javier— fue “El mar vuelve a reír”, que dio cuenta de lo que pensaban los niños, jóvenes y adultos mayores, frente a esos acontecimientos que se presentaron en *Puente Nayero*, pero también mostraba cuáles fueron esos daños colectivos e individuales que la gente sufrió. También están las cartillas “De víctimas a héroes y heroínas”, donde los jóvenes contaron sus experiencias y propusieron cómo remediar los daños y generar actividades para buscar la no repetición. Hablamos de que somos ciudadanos activos que buscamos el diálogo y la negociación para hacer respetar nuestra soberanía comunitaria, para reconstruir nuestros lazos comunitarios ancestrales, nuestra cultura en todos los aspectos, y cuidarnos entre todos y todas. Entonces, la pedagogía con los jóvenes, con su arte y su música, y el fútbol, también, es muy importante.

— ¿Cómo aprovechar un nuevo Encuentro para fortalecer esa lucha? —preguntó Karen.

— ¿Tenemos que aprender a convivir con los que estamos en conflicto? —se preguntó Javier, en voz alta—. Conviviendo con el paramilitar que duerme en el barrio del lado, es muy difícil saber cuándo podremos estar verdaderamente en paz. Menos todavía, sabiendo de las alianzas ocultas de los violentos con la gente de los megaproyectos.

—Bueno —tomó la palabra Karen con determinación—, se me ocurre que el Encuentro puede ser para articular las acciones de todas las organizaciones negras y así mostrar que todas las comunidades están unidas en su resistencia, en los dos frentes, contra los megaproyectos y contra los actores armados. Como bien dicen ustedes: “Sin territorio no hay lucha”. Entonces, ¿lo primero no sería proteger esa capacidad de resistencia en los territorios y avanzar en la lucha por la titulación colectiva o individual? ¿O el reconocimiento de la Corte ya impide que los saquen a ustedes de sus territorios?

— Yo no creo —retomó Javier—, porque hay que tener en cuenta que los paramilitares actúan como una estrategia del Estado para sacar a los pobladores de nuestros territorios, y así poder entregar Isla Cascajal a los megaproyectos.

— Yo me preguntó —intervino Karen— qué habría que hacer para que toda la zona de los territorios afro ganados al mar se convirtiera en un gran espacio humanitario con medidas cautelares.

— Acuérdense —terció Javier, como pensando en voz alta— cómo empezó lo del *Espacio Humanitario de Puente Nayero*. Algunos sabían de espacios humanitarios que ya existían en zonas rurales, como en el Naya, así que lo primero que hicimos con la Cijp fue ir a conocer esas experiencias de la zona rural. Dos compañeros de la organización comunitaria fueron allá para conocer y pensar cómo implementarla en la ciudad. Y funcionó. Podríamos replicar ese aprendizaje, aquí mismo entre barrios afro.

— Acuérdense también de lo valiente que fue Claudia Mondragón de Puente Nayero —recordó Orlando—. Un día le reclamó al comandante de los Urabeños que ellos habían “matado por gusto, porque les había dado la gana”, así les dijo, y de frente. Y se fueron por un tiempo. Y la gente se contagió de esa valentía y empezó a organizarse, ¿verdad, Javier?

— Sí, claro, eso nos animó mucho. Creo que lo que tenemos hoy, lo ganamos con sacrificio y bien ganado, y eso nos alegra mucho. Como bien lo dijo la misma Claudia en una entrevista, “la nuestra ha sido una vida de valientes porque los paramilitares abusaron demasiado de la gente acá, demasiado. Uno no supera, uno recuerda con dolor, y sigue”. Es que para muchas familias víctimas directas de las masacres y asesinatos ha sido muy difícil.

— No hay que olvidar los desplazamientos internos, inter barriales —subrayó Orlando—, ¿cuántos no ha habido? Yo recuerdo el de febrero del 2013, porque alrededor de 200 familias tuvieron que dejar sus casas. Y esos desplazamientos se provocaron con complicidad entre la fuerza pública, paramilitares y algunos miembros de la institucionalidad interesada en los mega proyectos.

— Sí, y un año después, en 2014 —intervino Rubén—, después de que se tomaran las medidas cautelares para el *Espacio Humanitario de Puente Nayero*, la gente volvió a abrir sus casas y estar en su calle, porque la violencia directa de actores ilegales cesó y la comunidad ganó autonomía gracias a que ya estaba organizada. Así que tiene sentido buscar ensanchar la organización comunitaria, articulando esfuerzos y fortaleciéndose.

— Lo que buscan estas comunidades es una reparación colectiva —dijo, Orlando, dirigiéndose a Karen— y, concretamente, que se le de el título de propiedad a las personas que viven en los *Territorios Ganados al Mar* porque no tenemos el reconocimiento oficial de esto que nosotros hemos construido históricamente. Si el Estado quiere reivindicarse, la titulación, como dice usted, es una de las acciones que tiene que hacer.

— De acuerdo —intervino Rubén nuevamente—, un derecho colectivo es defender nuestro derecho al territorio porque la vida no es posible sin el territorio. Y el *Espacio Humanitario*

ha generado protección no solo de la vida sino también del territorio. La declaratoria de zona humanitaria y las medidas cautelares sirvieron para que la fuerza pública estuviera en los cinco puntos donde los grupos armados podía vulnerar a la comunidad. Hay que buscar replicar y ampliar esa experiencia a todos los territorios. Si lo lográramos, los desalojos para los megaproyectos serían jurídicamente improbables, yo creo.

— En conclusión —precisó Orlando— podemos pensar que el Encuentro debe apuntar a ampliar la experiencia del *Espacio Humanitario* a todos los *Territorios Ganados al Mar*.

— Si les parece —tomó la palabra Karen— yo hago un documentico planteándolo así, se lo mando a Rubén y ustedes lo discuten.

Cuando Orlando y Javier salieron de allí, los dos jóvenes también abandonaron el lugar para ir al hospedaje de Karen. Por el camino, Rubén sintió la necesidad de complementar la información que ella había recibido.

— Ya tenemos claro que la permanencia pacífica en el territorio es la lucha central y está lejos de haber terminado. Entonces, déjame hablarte un poco más sobre la vida de estas comunidades, sobre lo cotidiano, su día a día, lo que no pudiste ver hoy.

— Adelante, soy toda oídos —sonrió Karen, con un gesto de confianza que alegró a su interlocutor.

— La pesca —empezó Rubén—, que es una ocupación de los hombres, ha sido una fuente de ingreso muy importante para todas estas familias. Pero hoy en día meterse al mar a pescar, incluso durante el día, es una actividad peligrosa; muchos pescadores han sido asaltados en alta mar. Cuando pescan están con ese miedo. A algunos les han quitado los motores, las herramientas y la producción que llevaban para sus casas. La gente que vive dentro de un *Espacio Humanitario* solo se siente protegida en su calle, pero Buenaventura sigue siendo una de las ciudades más golpeadas por la violencia en Colombia, y la población afro sigue viviendo en medio de la pobreza, como has visto. Los empleos son escasos, especialmente para las mujeres. Ellas se ganan la vida como recolectoras de piangua, vendedoras de pescado o platoneras, empleadas domésticas, parteras y vendedoras ambulantes. La mayoría de las mujeres no logran ni siquiera ganarse el mínimo legal y mucho menos acceder a prestaciones legales como salud o pensión.

— Por cierto —interrumpió ella—, ¿qué hay en relación con los servicios públicos?

— Aquí, en estos barrios afro, las calles se transforman cuando llega el agua, cada tres o cuatro días; nunca hay certeza del día ni de la hora. Mujeres, hombres, niñas y niños aparecen con sus galonetas vacías, en los tres o cuatro puntos de recogida de agua que hay en las calles de cada barrio. Algunas de las mangueras que proveen el agua se encuentran bajo las casas, y la gente debe meterse entre el barro y la basura para llenar sus galonetas, o esperar el carro tanque que llega a algunos lugares para abastecerse, o aguardar la lluvia para llenar los baldes de agua y, entonces, los niños aprovechan para bañarse en la calle.

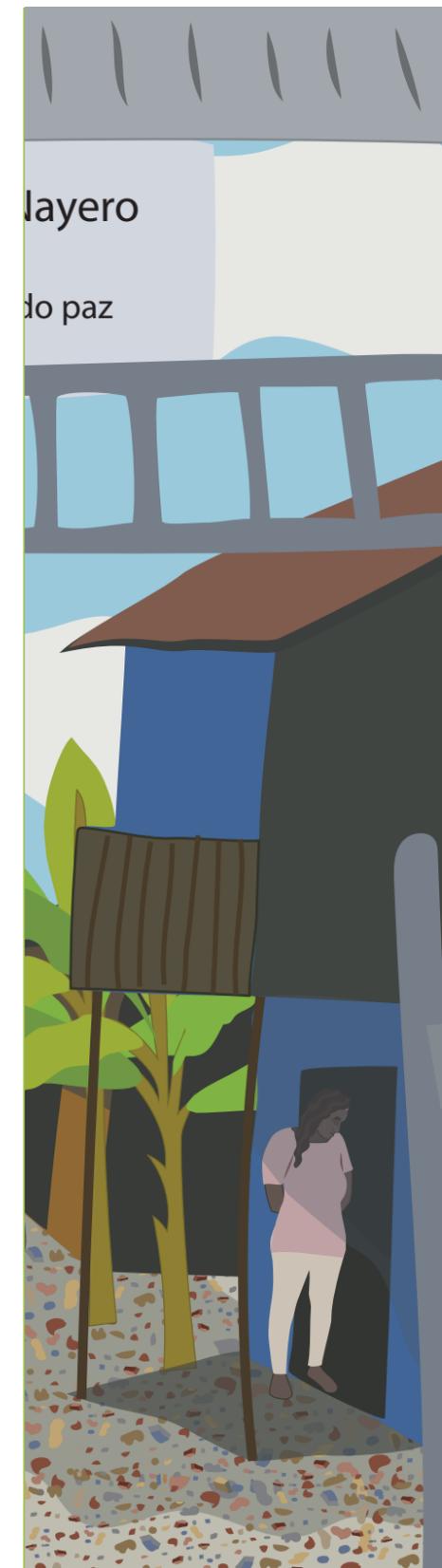
— ¿Y basuras y desechos?

— Ese es otro problema muy complicado. Durante la marea baja, la cantidad de basura que hay debajo de las casas se hace notar. La verdad es que el calor y el mal olor son tan intensos que producen escozor en la nariz.

— Pero hay esperanza, ¿verdad? —Karen buscaba ser alentada por el optimismo habitual de su anfitrión— Bueno, volviendo a mi tarea, veo que ellos se apoyan en las organizaciones de derechos humanos. Así que sería clave que nos acompañaran en el Encuentro, ¿o no? Según me han dicho ustedes, la Comisión Intereclesial de Justicia y Paz continúa con su presencia y asesoría, y Peace Brigades International (PBI) está allí acompañándolos. ¿Qué otra organización es clave en todo esto?

Rubén se quedó pensando, antes de responder:

— Hay varias. ¿Recordás todas las que mencionó Harrison? Bueno, pues... es complicado escoger —lo dijo entre labios, guardó silencio un momento y retomó: —Vamos a hacer una cosa. Sé que Berenice Celeita está en Buenaventura. Ella es la presidenta de la Asociación para la Investigación y Acción Social (Nomadesc), que por cierto tiene su sede en Cali. Buscala en internet para darte cuenta de su trayectoria e importancia. Bien, ella es una luchadora incansable por los derechos humanos, ha estado muy cerca de estos procesos comunitarios y conoce la historia del apoyo de las organizaciones, mucho mejor que yo. Imagino que le interesará saber del Encuentro



que se está fraguando, así que la voy a invitar a desayunar con nosotros mañana y podrás hacerle todas las preguntas que quieras. ¿Te parece?

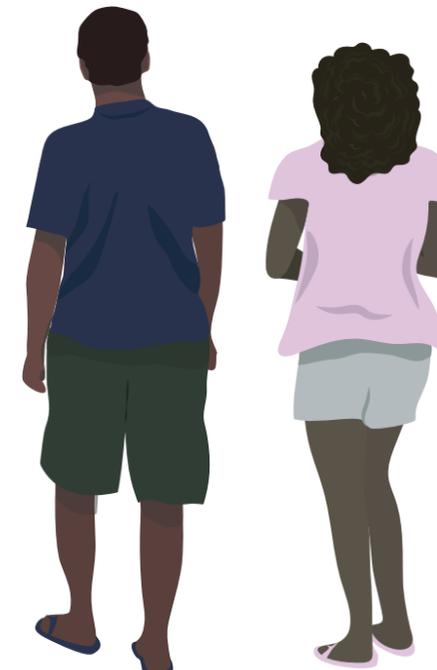
— Bueno, sí, pero no será que el tiempo se me va hablando con gente que no es de la comunidad. A ella la podría buscar en Cali, por ejemplo.

— No es lo mismo. Allá vos sos una estudiante más; aquí, estás conmigo —soltó una carcajada y agregó: —Aprovechemos que está aquí. Porque si llegara a aceptar, tendrás el mapa del proceso en la cabeza y su opinión sobre cómo plantear el Encuentro.

Cuando Rubén intentó contactar a la señora Celeita, supo que había tenido que irse de Buenaventura por problemas de seguridad, pero curiosamente no le molestó la noticia. Por su parte, Karen había aprovechado las horas de la noche para consultar en internet y alimentar su *Cuaderno de Notas*, en la sección que tituló *Buenaventura (Valle del Cauca)*. Más que nada, había encontrado datos y documentos de organizaciones facilitadoras que apoyaban los procesos.

Ya no podía pensarlo de otra manera -se dijo Karen, al cerrar el internet- las comunidades negras se enfrentaban a intereses muy poderosos, que actuaban mediante el paramilitarismo, con el apoyo económico de sectores productivos, militares e industriales de ambos departamentos. Además, al plantear el Encuentro no podría ignorar a todas esas organizaciones facilitadoras. La entusiasmó la idea de conocer a Berenice Celeita en persona; se preparó para ir a la cama y dormir profundamente después de la larga jornada que acababa de tener.

Recostada en su cama, recordó a tía María y su insistencia en que ella tenía que lograr la titulación de las tierras de los Mina del Naya; tomó el pescadito de madera, lo miró en detalle, y lo besó antes de poner su cabeza sobre la almohada. Mientras conciliaba el sueño, se preguntó: ¿y si estas comunidades lograran títulos de propiedad en una zona costera, no lejos de la ciudad, que se ajustara a sus prácticas culturales? ¿Qué dirían los pescadores y los líderes?



## 4.3. Madres de Punta del Este



A la mañana siguiente, Rubén la esperaba al frente de su hospedaje para ir a desayunar en su lugar preferido. Estaba contento porque desayunarían solos y, de allí, saldrían a conocer *Punta del Este*, donde tendrían ocasión de encontrarse con doña Bolivia Aramburo y doña Regina Valencia.

Apenas vio a Rubén, Karen le mostró lo que había copiado en su *Cuaderno de Notas*. Esperó a que lo leyera y, entonces, le comentó lo que había pensado sobre el Encuentro, los desalojos o “desarraigos territoriales” que se veían venir, las reubicaciones que podrían sufrir los pobladores de los territorios ganados al mar, y su idea de que buscaran tierras adecuadas a su cultura, a sus prácticas culturales como gente de mar.

— No creo que les guste la idea de aceptar abandonar su territorio. Ya oíste a Orlando, se trata de buscar el reconocimiento de un trabajo colectivo de muchos años, casi cuarenta. En esos barrios viven las historias y los amores hasta de tres generaciones. No creo que les guste la idea, pero habrá que considerarla con ellos, yo no soy nadie para hablar en sus nombres.

— Yo creo, más bien, que vos sos alguien que también puede ayudarme a mí. —Ante el gesto de sorpresa de Rubén, ella se dispuso a contarle lo necesario para oír su opinión sobre la titulación de las tierras de su familia en El Naya.

— Lo único que puedo prometerte, por ahora —le sonrió con picardía— es estudiar esos documentos que te entregó tu tía María, y consultar con un amigo que sí sabe de esos temas, porque yo sé muy poco de derechos de propiedad individual vs. propiedades colectivas, etcétera. Es todo un campo del Derecho que ahora está tomando mucha importancia en todo el país, debido a la regularización de la Agencia Nacional de Tierras.

— Tenés razón; es todo un tema y no es por lo que estamos aquí.

Ya estaban en el lugar preferido de Rubén, la plaza de mercado José Hilario López, y la hija de doña Eulalia, dueña del puesto de pescado, les trajo dos pescados fritos con buenas porciones de plátano cocido y una taza de café negro para cada uno.

— ¡Madre santa! —dijo Karen—, con esto quedará lista para todo el día. ¡Qué rico! Creo que necesitaba una buena dosis de proteína. —Mientras empezaba a dar buena cuenta del pescado, preguntó: —Ya que la señora Celeita no va a venir, cuéntame ¿qué vamos a hacer hoy?

— Ir a *Punta del Este* y conversar con doña Bolivia y doña Regina, dos de las *Madres de Punta del Este*.

— Contame un poco sobre esa experiencia antes de ir a encontrarnos con ellas, por favor.

— El contexto es el mismo que ya conocés, porque *Punta del Este* también es un territorio ganado al mar, pero está en la comuna 5, en la parte continental de Buenaventura. A ver te cuento: el 19 de abril de 2005, hace ya diez y nueve años, asesinaron a once jóvenes, cuyos cuerpos fueron encontrados en el estero dos días después con signos de tortura, y al lado de ellos habían colocado a otro joven, asesinado el día anterior, así que fueron doce en total. Cuentan que los paramilitares los engañaron diciéndoles que necesitaban que fueran a jugar un partido de fútbol y que les pagarían doscientos mil pesos. Pero en realidad se los llevaron para asesinarlos y meter terror en la comunidad. Esos jóvenes tenían como proyecto de vida construir relaciones solidarias en el barrio a través del fútbol y la danza de los matachines. Esa masacre sigue en la impunidad, pero la memoria colectiva no la olvida; sigue pidiendo justicia, que se identifique a los victimarios y se repare de manera integral a las víctimas. La comunidad cree que los que se beneficiaron de esa masacre son los que hoy hablan de desarrollo, en barrios que ya tumbaron para adelantar la expansión portuaria. En realidad, como ya sabés, el desarrollo en Buenaventura ha sido un desarrollo totalmente excluyente porque se ha basado en los desalojos y reubicaciones arbitrarias de la gente.

Rubén se metió la mano en el bolsillo y sacó un volante donde aparecían los nombres de los jóvenes asesinados en *Punta del Este* y se lo pasó:

—Aquí tenés, esta es la lista de los jóvenes. ¿Ves por qué doña Bolivia Aramburo y Regina Valencia son tan importantes en todo este proceso? En esa masacre asesinaron a sus hijos y parientes, y a otros jóvenes de la comunidad. Aquí tenés los nombres de los doce jóvenes, por eso llaman al grupo *Las Madres de los 12 jóvenes de Punta del Este*. Mirá —le dijo alargando la mano para entregarle el volante—.



Volante conmemorativo

“Nos la jugamos por el territorio”

La comunidad de Punta del Este

INVITA

Jornada deportiva en la memoria aún negada de los afros de Buenaventura

Javier Borja, Concepción Rentería Valencia, Carlos Arbey Valencia, Pedro Paulo Valencia Aramburo, Rubén Darío Valencia Aramburo, Pedro Luis Aramburo Cangá, Alberto Valencia, Mario Valencia, Víctor Alfonso Angulo, Leonardo Salcedo García, Iber Valencia, Jhon Jairo Rodallega.

— ¿Te gustó el desayuno? —preguntó Rubén al terminar su café.

—Sí, delicioso. ¿Alcanzo a tomarme otro cafecito o les llegamos tarde a las señoras?

Se tomaron otro café y salieron para *Punta del Este*. El paisaje urbano, humano y territorial era muy similar a lo que habían recorrido el día anterior, pero allí sí los esperaban dos personas de la comunidad, dos madres. La casa de doña Bolivia quedaba en toda la calle de piedra, muy cerca de la Autopista. Era una casa de madera en precarias condiciones. Cuando llegaron, llovía a cántaros. Doña Bolivia estaba sola en su casa y les pidió que entraran, que se acomodaran:

— Háganse en esa mesa que ahí no se mojan —dijo con una gran sonrisa, mientras cerraba la puerta y la ventana, y explicaba: —Por la situación de inseguridad, mejor hacemos la reunión aquí adentro.

Ella siempre se ríe, le había dicho Rubén, y Karen pensó que se necesitaba un espíritu superior para recibir con alegría una lluvia que se filtraba prácticamente por toda la casa. Tan pronto llegó Regina y se intercambiaron los saludos habituales, Karen abrió la conversación con una solicitud:



— Ustedes ya saben para qué estamos aquí. Pero yo quisiera oír de ustedes todo lo que ha significado el proceso de las *Madres de Punta del Este*, aquí en la comunidad.

— Nosotras empezamos a escribir poesía —dijo Bolivia— desde 2017, para contar lo que vivimos con nuestros muchachos, para resistir el dolor de perder a los hijos y protestar, y resistirnos a olvidar, y pedir justicia y exigir la verdad de lo sucedido.

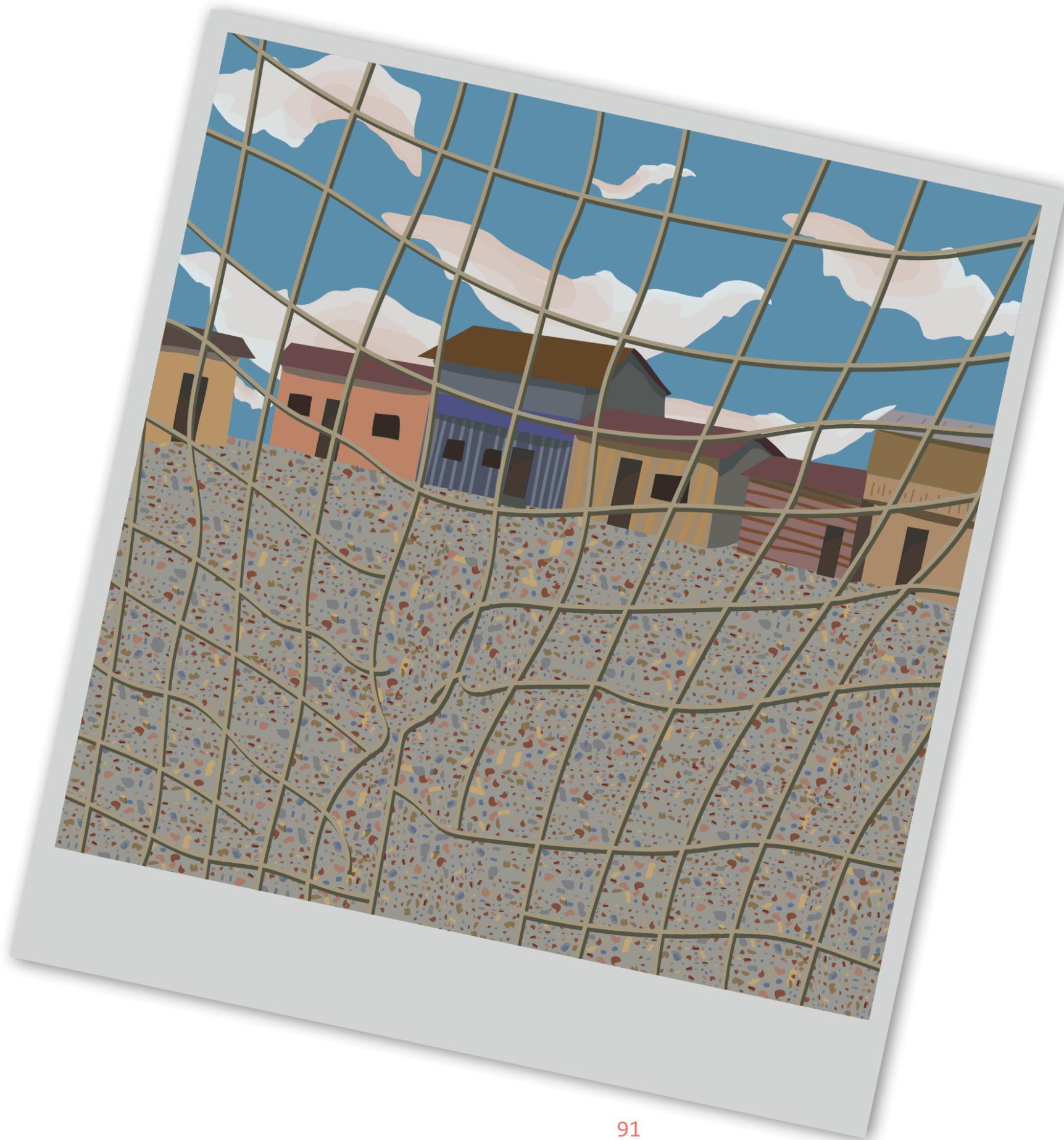
— Y lo que escribimos —agregó Regina— ha servido para construir memoria en nuestra comunidad. Queremos que los colombianos nos escuchen y que cese la violencia.

— Un día —contó la dueña de casa—, aquí en nuestro barrio, con nuestros familiares, formamos un grupo de 10 mujeres que no solo hacían poesía, sino que tenían otros talentos. Conocían que con las coplas, los arrullos, los alabaos, los refranes y rezos podíamos contar lo que pasó y cambiarle la cara de dolor al barrio.

— Sí, entonces, todos los años —intervino Regina—, en la cancha del barrio, aquí en *Punta del Este*, la comunidad rememora lo ocurrido para que no se le olvide a nadie. Todos los años hacemos un acto de memoria que se llama “La última noche de la violencia”. Es como un ritual ya, para volver a denunciar y hacer visible la masacre por la que todavía nadie nos ha respondido. Está impune.

— Entonces, ahí —tomó la palabra Bolivia—, las madres participan mediante la poesía y los jóvenes con el fútbol y la danza de los matachines, que es con la que representan la pelea del bien contra el mal, es decir, de la justicia contra esa impunidad que nos agobia.

— Con los matachines también contribuimos a preservar nuestra ancestralidad, nuestra cultura —precisó Regina—. Ese día hay obras de teatro, marchas, elaboración de murales, partido de fútbol, olla comunitaria, digamos así, un poco de todo lo que hace la comunidad. Así transmitimos el mensaje cada año, para volver a exigir la verdad y la reparación a las víctimas.



— Y darles la dignidad que merecen nuestros muchachos —subrayó Bolivia—. Ahí estamos con otras mujeres, nos reunimos muchas madres que parimos y perdimos a nuestros hijos y familiares en medio de la guerra. Sí, hay muchas mujeres que hoy somos líderes en nuestras comunidades.

— Ah, sí —interrumpió Karen—, he sabido que hay otras organizaciones de mujeres que las acompañan.

— Es que están muchas que alzan sus voces con nosotras —puntualizó Regina—. Están las Mujeres de Triana, víctimas de las masacres del 2000; las de La Capilla de la Memoria, de la Fundación Espacios de Convivencia y Desarrollo Social (Fundescodes), la Fundación Madres de los Falsos Positivos (MAFAPO), de Soacha. Todas ellas han venido a acompañarnos y manifestarse aquí con nosotras.

— ¿Qué se logró con el libro “Contra el silencio. Todas las voces”, que salió en diciembre 2020? —Les preguntó Rubén.

— Pues, sacar ese dolor de uno y de la comunidad —empezó a responder, Regina, con tristeza—. Con todas esas cosas uno va sanando las heridas, porque todos juntos hacemos memoria y, juntos, nos resistimos frente al conflicto armado.

— Ese libro —aseguró Bolivia— servirá para todos, especialmente para las nuevas generaciones, para que se den cuenta los que ya nacieron y los que están por nacer, qué es lo que sucedió en la ciudad de Buenaventura en 2005. Porque nosotros nos vamos, pero quedará el libro con los nacientes.

— Las han acompañado organizaciones de derechos humanos, ¿verdad? —quiso saber Karen.

— Sí, varias —respondió Regina—, como la Asociación Cultural Rostros Urbanos, el Centro de Memoria Histórica, Fundescodes, Asociación Nomadesc, Pastoral Social de Buenaventura, Museo la Tertulia, Movice..., hay varias. Es que todo lo que hemos hecho colectivamente ha transformado la imagen del barrio *Punta del Este*.

Entonces, Bolivia sacó unos recortes de diario y se los pasó a Karen. Eran de El Espectador (2020) y se trataba de una poesía de Regina y una declaración suya sobre el libro. Por eso, prefirió pedirle que ella misma las leyera:

“Señores vengo a contarles,  
una tragedia ¡y qué tortura!  
Que el 19 de abril  
sucedió en Buenaventura.  
Los que vivimos ese día  
¡qué tragedia dolorosa!  
¿Qué es lo que ellos se planearon  
para hacer horribles cosas?  
“Para un partido de fútbol,  
Los sacaron de su barrio  
El mismo día los llevaron  
A un lugar solitario.  
Aprovecharon de su nobleza  
y a los doce los torturaron.”

Fragmento poema Regina Valencia (El Espectador, 2020)

Regina le entregó el recorte de prensa a Karen, pero ella se lo devolvió diciendo:

— ¿Y esta parte? —le picó el ojo— por favor, léala.

“Este libro dirá lo que sucedió para que no haya más repetición. Yo no quiero que más madres pasen por este dolor; que dejen que Dios les dé a sus hijos su hora, pero no que otro les arrebaten la vida.” Poema de Regina. (El Espectador, 2020)

Karen y Rubén salieron de allí *hablando pacito*, como quien no quiere interrumpir una oración. Esperaban sentir paz en aquellas madres incansables y, sin embargo, la sensación que se llevaban era de dolor sereno. Había sido hermoso oírlas recitar, pero tremendamente desolador; su presencia estaba cargada de muchas luchas. Sus cuerpos flacos y sus rostros llenos de cicatrices del tiempo parecían seguir estando atravesados por la violencia, como si sufrieran de un embrujo del que no habían podido deshacerse. Había mucha dulzura en ellas, pero su presencia había sido muy confrontadora. Sin duda, la escritura les permitía elaborar su dolor y el acto conmemorativo anual las mantenía vigentes, liderando procesos sanadores para ellas y sus comunidades. Su participación en el Encuentro sería fundamental. Estaba claro cuáles serían sus herramientas y sus aportes: escritura y memoria.

Esa misma tarde, Karen tomó su autobús para Cali. Al despedirse de Rubén, en la Terminal de Transportes, tomó el pescadito que pendía de su cuello, lo besó, y aseguró:

— Será mi amuleto y mi contacto con el territorio. ¡Gracias, por todo!

Al llegar de regreso a Cali, antes de salir para el Medio Atrato, Karen se dedicó a buscar información reciente sobre el recrudecimiento de la violencia armada. Rápidamente encontró noticias que hablaban del retorno abierto de los paramilitares a la zona de los territorios ganados al mar. Algunas de ellas se referían específicamente al *Espacio Humanitario de Puente Nayero*. Decían que, en febrero de 2021, habían empezado a destruir cámaras de vigilancia puestas por la comunidad. Eran cámaras que habían sido colocadas para identificar a los responsables de las hostilidades permanentes, por eso apuntaban a un cruce por donde pasan los actores armados. Otra noticia se refería a estructuras criminales que habían robado una embarcación de los miembros del Consejo Comunitario del Naya, etcétera. Todas las noticias mencionaban la negligencia de la fuerza pública y de los entes de investigación del Estado.

Las noticias del recrudecimiento estaban por todas partes. Era como si Karen tuviese un radar para escapar de los embates de la violencia. Mientras estuvo en Buenaventura hubo ataques de grupos armados en la zona del Medio Atrato y, ahora que estaba en Cali, llegaban noticias de la llegada de nuevos desplazados del Naya al *Espacio Humanitario*. Sí -pensó Karen-, porque Colombia sigue estando en un contexto de guerra y el *Espacio Humanitario* es como una trinchera de la paz tambaleante.



# 5 • Mesa Interétnica del Medio Atrato (Chocó-Antioquia)



Al despedirse de Rubén en Buenaventura, quedaron de encontrarse en Quibdó la semana siguiente. Allí estaba ella, sentada en el malecón, con las aguas del Atrato a sus pies y preguntándose si la construcción de ese malecón habría requerido desalojar a comunidades ribereñas. La atraía ese mundo de aguas dulces, lluvias, ciénagas, bocachico y filigrana. Sí, buscaría unos bellos zarcillos en filigrana de oro para su tía Rosa -se prometió-. Al hacerlo, recordó los de su madre, guardados dentro de su mesa de noche en un pañito azul. Ahora que la comprendía mejor, empezaría a usarlos.

Cuando vio a Rubén, saltó a saludarlo y con ella saltó el pescadito de madera de don Braulio, detalle que Rubén no pasó por alto. Él le propuso un programa “turístico” para ese día pues al día siguiente saldrían muy temprano para Beté, cabecera municipal del Medio Atrato. Empezaron por ir a almorzar a un restaurante de mujeres afro que se habían organizado para montar un bello lugar ya famoso: La Paila de la Abuela. Dejándose aconsejar, Karen pidió longaniza con arroz clavado; Rubén prefirió mariscos. Saboreaba su plato, saladito pero delicioso, mientras la charla fluía refrescada con un jugo de guayaba agria. Entonces, ella quiso orientar el curso de la conversación:

— Me vas a perdonar, pero quiero que leás mis apuntes del *Cuaderno de Notas*. Buscalos, la partecita se titula *Mesa Interétnica de Medio Atrato (Chocó y Antioquia)*. Por favor, leelos

porque no se nos puede ir el tiempo sin abordar el tema que nos trajo hasta aquí. Aquí lo tenés, son algunos antecedentes de la *Mesa* —precisó y le entregó su cuaderno que no ocultaba los viajes por uno de los aires más húmedos del planeta.

Al terminar de leer y felicitarla por su capacidad de síntesis, la instó a tomar su café pues quería llevarla a conocer otro emprendimiento de mujeres desplazadas que ya era todo un ícono en la ciudad: las Muñecas Negras de Tela de Choiba. Estando allí, Karen expresó su admiración:

— No se sabe cuál es la más hermosa, ¡quisiera llevármelas todas!

— Escogé las que te vas a llevar, porque nos espera una cervecita en un quiosco de Bahía Solano. —Ante la cara de asombro de Karen, él preciso: —Así se llama la playita que está al otro lado del Atrato, a uno o dos minutos en panga, frente al malecón. Quiero que veás a Quibdó de frente: las aguas del río Atrato con la Catedral y la Diócesis atrás. ¡Son una vista espectacular!

Estando sentados en Bahía Solano, él retomó la conversación sobre la *Mesa Interétnica*:

— Sos una mujer con suerte, ¿lo sabes? Cinco personas claves para la *Mesa* van a estar juntas en Beté, precisamente mañana, y aceptaron que nos viéramos allá. Y de paso, conocerás la Ciénaga de Beté, otra de las tanta bellezas del Chocó.



— ¡Qué suerte! Sí, tenés razón. Son un par de horas en canoa hasta allá, ¿verdad?

Al día siguiente, se encontraron en el muelle muy temprano pues tomarían la canoa de los Perea que bajaba con provisiones para Beté, todos los días a la misma hora, y luego remontaba el río para traer pasajeros a Quibdó. El viaje por los ríos del Chocó maravilla a cualquier visitante y Karen no sería la excepción. Al llegar a Beté, sintió la alegría de los niños que salieron a recibirlos. Tan pronto pisaron el nuevo muelle en cemento y barandas de hierro, le preguntó a uno de los pequeños que salió a su encuentro abrazándola:

— Decime, ¿qué es lo más lindo de Beté?

— ¡El cariño! —respondió sin dubitaciones.

Todos soltaron una estruendosa carcajada, y el grupo de niños y niñas los acompañó hasta el lugar de reunión donde ya estaban sus anfitriones. Karen llegó allí con una alegría inédita, alimentada por la pulcritud de las calles y aceras en cemento, y la bondad de las casas en madera de colores cálidos palidecidos por el sol y el agua.

Allí los esperaban: Germán Casama, líder y miembro directivo del Gobierno ancestral, ASOREWA; Úrzula Holzapfel, una extranjera que trabajaba con la Comisión de Vida, Justicia y Paz de la Diócesis de Quibdó y había acompañado el proceso de la *Mesa Interétnica* por años; Santiago Palacio, quien había sido representante legal de la COCOMACIA; Nevaldo Perea, miembro de COCOMACIA y constitucionalista, y Adith Bonilla, mujer afro que entre otras funciones había sido Directora de la Unidad de Restitución de Tierras de la Territorial Chocó, conocía muy bien el proceso de la *Mesa*, y se desempeñaba como coordinadora de la Territorial Chocó de la Comisión de la Verdad. No podía ser mejor el grupo.

Rubén quiso entrar en materia, porque sabía que ellos no tenían mucho tiempo antes de que su lancha los llevara de regreso a Quibdó. De manera que empezó diciendo:

—Bueno, como saben, el propósito de esta primera reunión es que pensemos en un posible Encuentro de Experiencias de Convivencias y Construcción de Paz, que Karen debe dejar esbozado. Y ustedes saben que la experiencia de la *Mesa Interétnica* es particularmente ejemplar. Así que, por favor, queremos oír de ustedes mismos cómo ha surgido y qué es la *Mesa*.

— Bien —tomó la palabra Adith—, se constituyó por iniciativa de organizaciones indígenas y negras, con el apoyo de las comunidades eclesiales, como un escenario de negociación para tramitar conflictos interétnicos y comunitarios, y como una estrategia de abordaje

para la resolución de los conflictos territoriales entre las comunidades indígenas y negras, y fue enfocada a trabajar por los derechos territoriales de manera conjunta.

— Es que la poquísima presencia de instituciones del Estado —la interrumpió Úrzula—, no ofrecía el acceso a la justicia, para resolver los conflictos entre las étnias. Entonces, la Iglesia entró a cumplir un rol central. Recuerdo que en 1989, después de una visita a una comunidad que tenía dificultades, la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA) se dijo “necesitamos crear una Comisión interétnica”. Ese fue el origen de la *Mesa*. En esa época había comunidades negras e indígenas a punto de darse plomo por el territorio, con escopetas y todo. Entonces, nació la idea de crear una instancia de mayor nivel, para que la gente pudiera apelar a un organismo de mayor jerarquía y resolver sus conflictos mediante el diálogo. Ahí fue cuando se involucraron las juntas de la ACIA y la OREWA.

— Después del 2000, la Organización Regional Embera Wounaan (OREWA) —quiso aclarar Germán— se desintegró en las siete organizaciones indígenas del Chocó que la conformaban. Ya no existe en la actualidad, pero nos da el referente de esa época. Hoy lo que tenemos es la ASOREWA, que significa Asociación de Cabildos Indígenas Embera, Wounaan, Katio, Chami y Tule del Chocó, y la OIA, que significa Asociación Indígena de Antioquia y también forma parte de la *Mesa Interétnica del Medio Atrato Chocoano y Antioqueño*. Ese es el nombre completo de la *Mesa*.

— Bueno, volviendo al origen —intervino Santiago—, una de las motivaciones de las comunidades negras fue la dificultad que teníamos con la institucionalidad y con la justicia, pues la considerábamos indigenista, es decir, más cargada para favorecer los intereses de los pueblos indígenas que los procesos de las comunidades negras. Por eso consideramos necesario empezar a resolver los problemas de forma autónoma entre las organizaciones que operaban en los territorios.

— Claro que siempre —argumentó Nevaldo— la relación con las comunidades indígenas ha sido muy importante para nosotros: el trueque, el cambio, el compadrazgo. El trabajo de la *Mesa* fue muy



valioso para acercarnos a ellos y, juntos, lograr hacernos visibles como minorías étnicas ante el país entero. Gracias a ese proceso organizativo estuvimos juntos en todo lo de la Constituyente y, al acompañarnos, ganamos visibilidad y reconocimiento. Así que desde 1991, Colombia sabe que es multiétnica y multicultural. Por eso los negros y los indígenas no debemos pelear.

— El proceso ha sido —reanudó Adith— un escenario colectivo de aprendizaje para la resolución de conflictos. En principio, lo que hacían los de las comisiones de relacionamiento interétnico era: primero, identificar los conflictos, que en su mayoría estaban relacionados con los procesos de titulación colectiva; segundo, revisar si existían acuerdos previos; tercero, escuchar a las partes; cuarto, ir a inspeccionar los territorios donde aparecía la disputa; quinto, analizar con la gente qué era lo que generaba el conflicto; sexto, tomar decisiones en comunidad; séptimo, levantar actas y, octavo, hacer el seguimiento. Así fue que todos aprendimos a escucharnos unos a otros, entre las partes en conflicto, y tomar decisiones conjuntas, y respetarlas.

—Sí —retomó la palabra Germán—, se llamaban comisiones de relacionamiento interétnico porque *Comisión* era el nombre que le teníamos a lo que hoy se llama la *Mesa*. Pero meterse en la discusión de que si Comisión o Mesa es muy complicado, y no cambia nada.

— El caso es que —agregó Santiago— cuando se presentaban conflictos en las comunidades, allá llegaban nuestros líderes a hablar con ambas comunidades. Cuando ya

se conocía bien la situación, si no era muy difícil, la resolvían allí mismo. Si no se podía, los vecinos se reunían todas las veces que fuera necesario hasta llegar a acuerdos. Cuando los vecinos ya tenían un acuerdo, llamaban a las comisiones de unos y otros para que volvieran a las comunidades, a verificar que el conflicto ya estuviera resuelto.

— Las motivaciones que provocaban los conflictos se repetían —quiso precisar Nevaldo—. Las más frecuentes eran: la primera, la delimitación del territorio (los linderos ancestrales versus la demarcación que hacen las agencias del Estado en la adjudicación o reconocimiento del predio); la segunda, el aprovechamiento de los recursos naturales (las personas generalmente trasgredían el lindero por una utilidad que iban a ganar); la tercera, conflictos de convivencia por animales (cerdos que se salían de su corral); la cuarta, el uso inadecuado de los ríos (por pesca por barbasco o dinamita), y la quinta, la explotación minera a cielo abierto.

— Otra cosa que vale mencionar es que hay muchas versiones sobre el momento preciso en que surgió la *Comisión*, que ahora se llama la *Mesa Interétnica* —quiso precisar Adith—. Unos dicen que en 1987, luego de conformarse la ACIA; los misioneros alemanes dicen que en 1989; Germán Casama asegura que la *Mesa* fue desde 1991; otros dicen que fue tras la expedición de la ley 70 de 1993. En todo caso, tomó mayor fuerza en 1996 frente al proceso de titulación colectiva para comunidades negras, porque los de la *Mesa* ya tenían mucha claridad sobre sus derechos y sus relaciones interétnicas. Por eso se dice que nació como una instancia para facilitar la titulación colectiva, frente al conflicto sobre linderos. Y, en esa medida, ha generado estrategias de autogobierno, autonomía, convivencia y paz.



— En consecuencia —intervino Nevaldo—, lo que dijo Rubén es cierto, es un caso ejemplar de convivencia y resolución de conflictos interétnicos.

— Sí, y ahí fue donde comenzó —precisó Germán— todo un trabajo interétnico de coordinación, comprensión mutua para el trabajo y exigencia conjunta. Así surgió la defensa conjunta del territorio del Pacífico, gracias a que los caminos para el relacionamiento ya estaban trazados por las organizaciones de base. En esos días, no solo sirvió para la titulación de los territorios étnicos sino también para que en adelante pudiéramos exigir conjuntamente al gobierno sobre nuestras necesidades, que eran las mismas. Y plantarnos juntos frente a los actores armados

— Haciendo un poco de historia—intervino Rubén—, tengo entendido que la *Comisión o Mesa Interétnica del Medio Atrato* contaba con la legitimidad y autoridad frente a los pobladores, porque trabajaron duro para que hubiera credibilidad y confianza en los representantes de las organizaciones. La Comisión estaba integrada por personas negras e indígenas que tenían excelentes relaciones con sus comunidades, conocimiento amplio sobre las problemáticas del territorio, capacidad de liderazgo y una clara postura política, ¿verdad?

— ¡Qué interesante! —exclamó Karen, y los otros asintieron en coro.

— Sí —continuó Rubén—, tenían legitimidad porque los comisionados eran los voceros de las comunidades, es decir, quienes trataban diariamente las situaciones. Incluso, antes de que llegaran las directivas de ACIA y OREWA, podían tomar decisiones; eran personas con criterio, que tenían recorrido en procesos organizativos y sus acciones eran impecables. Sé que solo así lograron la credibilidad y legitimidad para actuar a la hora de resolver los conflictos interétnicos.

— Sí, recuerdo bien que la presión por lo de la titulación era por los linderos —retomó Urzula, acompañando sus palabras con un gesto de desaprobación—, porque todos se preguntaban dónde empezaba la comunidad indígena y dónde la comunidad negra. En ambas comunidades había personas muy agresivas, muy cerradas y



difíciles de convencer. Fue muy importante mediar para que las dificultades se resolvieran pacíficamente y no por la violencia. Y fue fundamental aumentar la conciencia del derecho de todos a estar en sus territorios, para que la gran mayoría de indígenas y afros que asistían a las reuniones se dejaran convencer de dialogar. Entonces, quedaban con la tarea de convencer a los demás compañeros de dialogar. No fue fácil y fue un proceso largo, pero, gracias a Dios, se logró crear la necesidad de resolver los conflictos interétnicos por la vía del diálogo y la mediación.

— Sin la existencia de un espacio que facilitara la resolución de conflictos, muy probablemente los resultados hubieran sido lamentables —secundó Adith—. Como les digo, en términos jurídicos, la instancia llamada a dirimir la controversia es la administración de justicia del Estado. Sin embargo, la marginalidad de su presencia y la desconfianza de la comunidad frente a sus decisiones planteaban un escenario en que las contradicciones se manejaban por vía de la confrontación. Para completar ese escenario conflictivo, en un primer momento, los afro estábamos, sin duda, en desventaja frente a la ley que protegía a los indígenas.

— Pero a mí no me gusta alimentar la idea de que la *Mesa* se haya constituido por ausencia del Estado —intervino Nevaldo—. Yo creo que va más allá, en el sentido de construir mecanismos autónomos y metodologías interétnicas para la resolución de conflictos. Mecanismos y metodologías que incluso han sido utilizados por las entidades del Estado, para los procesos oficiales de la titulación.

— Entonces, claro —reforzó Germán—, para nosotros fue supremamente positivo todo lo de la *Mesa* porque logramos el reconocimiento de nuestros resguardos indígenas y la titulación colectiva a comunidades negras. Logramos mucho gracias a las dos organizaciones con que empezamos y gracias a que aprendimos a ponernos de acuerdo con los otros compañeros indígenas y luego con los negros.

— Yo quisiera saber algo sobre lo que hizo la *Mesa* —intervino Karen— frente al conflicto armado. ¿Qué me pueden contar?

— Yo creo —retomó la palabra Germán— que ese acercamiento de las dos organizaciones de base permitió enfrentar el tipo de situaciones que vivimos en ese momento, cuando el conflicto en la región del Medio Atrato estuvo más fuerte. La orientación que se trabajó en los reglamentos, independientemente de los concejos comunitarios y los cabildos indígenas, permitió que también las comunidades posicionaran el ejercicio de la autonomía que, desde ese momento y todavía, se viene hablando y haciendo. Para el momento del conflicto armado, ese ejercicio de autonomía era aún más importante

y fue fuerte, para que las comunidades fueran más conscientes de que había unas organizaciones que las respaldaban y que las situaciones de violencia que se veían eran un conflicto que no era parte de la comunidad interétnica, y que nosotros no podíamos entrar o hacer parte de ese conflicto.

— Claro, lo que dice Germán es muy cierto, porque la *Mesa* también ha servido para lograr un diálogo con actores armados —se animó a responder Úrzula—. Cuando hubo dificultades, por ejemplo en las diferentes tomas guerrilleras, para todos estaba claro que lo que debía buscarse era hablar. Entonces, indígenas y afros se reunían para ver cómo se podían unir y resolver el asunto. Pedían a los grupos armados que se retiraran del territorio. Sí, se hicieron reuniones donde se les dijo que se retiraran. Eso sí, con los paramilitares no había interlocución, tocaba hacer los reclamos ante el Gobierno. En esa época, la *Mesa* no representaba legalmente a ninguna organización. Es decir, era una organización de hecho, informal, y por eso no se podían emitir comunicados. La *Mesa* funcionaba en momentos coyunturales para mediar y buscar el diálogo.

— Sin duda —intervino Adith—, la *Mesa* ha significado un reconocimiento y respeto mutuo entre pueblos indígenas y negros. Por ejemplo, antes, el trato que se tenía entre comunidades étnicas era despectivo, irrespetuoso. Se tenían apodosos y no existía una relación amigable. Al principio se hablaban feo. Los afro llamaban a los indígenas los “cholos”. Todo el proceso social que llevó a la formación de La *Mesa Interétnica* fue lo que nos permitió reconocernos, que pudiéramos estar en un espacio en el que teníamos que aprender a respetarnos, a trabajar juntos porque no quedaba otra alternativa. Fue decisiva nuestra presencia como *Mesa* en la Asamblea Constituyente, porque nos obligó a consolidar la relación entre las étnias. Debíamos estar juntos para poder ejercer presión en la Constituyente. Sí, gracias a la *Mesa*, han mejorado mucho las relaciones entre las étnias; ya no hay lenguaje despectivo. Nos hemos dado cuenta que las comunidades negras e indígenas nos complementamos en el territorio, y en lo público somos más fuertes estando juntas.

— Sí, fue muy grato ver la actuación de la *Mesa Interétnica* en la Constituyente —aseguró Santiago—. Aunque naturalmente la presión política desde Chocó desbordaba la *Mesa*, porque ahí participaron ACADESAN y OBAPO, entre otros, que no formaban parte de la *Mesa*.

— La verdad es que las organizaciones eclesiásticas —tomó la palabra Úrzula, se acomodó en su silla y continuó: —han estado estimulando los procesos organizativos desde hace décadas. Históricamente, hemos tenido dinámicas de trabajo con campesinos, indígenas y afrodescendientes. Y por eso, el terreno ya estaba abonado para lograr que la

*Mesa* surgiera como instancia de diálogo interétnico. La relación entre iglesia católica y organizaciones étnicas se ha sostenido por muchos años, con matices importantes, por supuesto.

— Bueno —quiso saber Karen—, ¿cuáles serían, entonces, los logros más importantes de la *Mesa*?

— Con gusto les hago el resumen —intervino Adith con una sonrisa—. Acabo de preparar un documento justamente respondiendo esa pregunta. En primer lugar, la *Mesa* se ha constituido en una instancia facilitadora para la titulación colectiva, cosa de la que ya hemos hablado suficiente; en segundo lugar, se ha logrado que el diálogo y la mediación sean los recursos para la resolución de los conflictos territoriales interétnicos; en tercer lugar, se ha fortalecido el proceso organizativo en medio del conflicto armado, lo que se traduce en cohesión de las comunidades indígenas y negras, fundada en las organizaciones comunitarias de base; en cuarto lugar, se ha fortalecido la cultura de la organización comunitaria; en quinto lugar, se ha facilitado la interlocución con los actores armados; en sexto lugar, se ha generado una conversación interétnica sobre las formas propias de justicia afro e indígenas.

— Adith —preguntó Karen—, ¿que aprendizajes ha significado la gestión de la *Mesa*?

— En primer lugar —empezó a responder Adith con entusiasmo—, tenemos un beneficio pedagógico en la medida en que las personas que “pasan” por la *Mesa* amplían su comprensión de cómo resolver conflictos; en segundo lugar, hemos aprendido a respetar el procedimiento. A ese respecto se ha aprendido lo siguiente: al surgir un conflicto entre comunidades, se realizan dos o tres reuniones en las que se aborda la situación. A veces es posible resolver el tema en la misma sesión, pero, en otros casos, puede durar hasta un año. Pero siempre, lo primero es lograr calmar los ánimos. Algunos conflictos hoy no están resueltos, porque se ha tenido éxito momentáneo sin resolver el problema de fondo. Pero confiamos en que tras un largo proceso de reuniones terminen por resolverse. Lo más importante es que ningún caso que ha llegado a la *Mesa* se ha vuelto violento. Por eso pensamos que la *Mesa* es muy exitosa.

— Claro —intervino Rubén—, eso es un gran éxito. Díganmelo a mí que soy la encarnación de las relaciones complicadas entre étnias...

— Pariente —retomó la palabra Adith—, por lo que veo, usted es otro bello caso de éxito —le picó el ojo a Karen, quien bajó la mirada con una sonrisa. Y Adith continuó con su listado de aprendizajes: —En tercer lugar, hemos aprendido a cohesionarnos entre comunidades

indígenas y negras, lo que se ha logrado por medio de las actuaciones de las organizaciones comunitarias de base y se traduce en nuestra capacidad para promover acciones conjuntas.

— Por eso —intervino Rubén— esta *Mesa* es tan importante para el Encuentro, es muy poderoso lo que ustedes han logrado aquí en toda esta región del Medio Atrato.

— Sí, tiene mucha razón, Rubén. Pero déjeme seguir con mi listado de aprendizajes —insistió Adith—. En cuarto lugar, hemos entendido el poder de la convocatoria y la cohesión. Lo que facilitó la resistencia, los afrontamientos y la resiliencia frente al conflicto armado cuando estuvo en su peor época. Lamentablemente, hoy se recrudeció el conflicto. Ya han oído las noticias. Esperamos que las bases estén muy sólidas para poder resistir otra vez. Y bueno, en quinto lugar, anotamos como aprendizaje el fortalecimiento de la cultura organizativa comunitaria. Como dice Rubén, ha servido de modelo y ejemplo para otras subregiones del departamento.

— Hoy —intervino Úrzula— la *Mesa* es la plataforma que aglutina a todas las organizaciones, no solamente las étnico territoriales y sociales, sino las ambientales, es decir, que se amplió su marco de acción. Antes estaba circunscrito a lo étnico territorial, consejos comunitarios y cabildos indígenas. Con el paso del tiempo se ha ampliado la mirada, contemplando otros actores como víctimas del conflicto armado, organizaciones de mujeres, comunidad LGBTI. Todos en una misma causa: la necesidad de exigir sus derechos. Así nace el Foro Interétnico.

—Sí —asintió Nevaldo con poco entusiasmo—, pero con el recrudecimiento del conflicto armado, la *Mesa* se queda pequeña para afrontarlo.

En ese momento interrumpió la reunión un grupo de niños, cuya lideresa anunció que el almuerzo los esperaba servido en casa de doña Eugenia.

— No se vayan —amonestó Rubén mientras empezaban a levantarse de sus sillas—. Para que Karen se lleve una idea clara, ¿podemos



sintetizar diciendo lo siguiente?: la Comisión Interétnica, que ahora se llama la *Mesa Interétnica del Medio Atrato Chocoano y Antioqueño*, se conformó a partir del consenso de diferentes organizaciones comunitarias ya consolidadas e independientes: la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA), que se transformó en el Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (COCOMACIA); la Organización Regional Embera Wounaan (OREWA) conformada por las 7 organizaciones indígenas del Chocó, que se transformó en la Asociación De Cabildos Indígenas Embera, Wounaan, Katio, Chami y Tule del Chocó (ASOREWA), y la Asociación Indígena de Antioquia (OIA).

— Muchas gracias por esa síntesis, tomaré nota en mi cuaderno —aseguró Karen con una gran sonrisa, mientras los otros asentían de palabra o con gestos afirmativos.

— Sí, Karen —agregó Germán para cerrar—, esos son los aportes a la convivencia pacífica entre las comunidades negras y nosotros; ya sabemos negociar y regularnos entre nosotros porque tenemos nuestras propias autoridades indígenas y negras tradicionales. Poniéndonos nosotros de acuerdo, en nuestra *Mesa*, les queda más difícil a los violentos entrar en nuestros territorios a mandarnos. Nosotros ejercemos la justicia propia en las comunidades, cosa que es nuestro derecho y nos hace autónomos. Así todos aprendemos —se interrumpió y, mirando a Karen, precisó: —Suavecito usted pregunta y ahí vamos trabajando, ¿si ve?

Ante las palabras sugestivas de Germán, ni Karen ni Rubén tuvieron más preguntas. La reunión se disolvió con el compromiso de Karen de enviarles copia de su trabajo para continuar pensando el Encuentro. Almorzaron un delicioso bocachico sudado con plátano y ñame, especialidad de Beté, antes de despedir a Germán, Úrzula, Santiago, Adith y Nevaldo, quienes tomaron su lancha de regreso a Quibdó.

Caminando por la población, entre prados, palmas y casas de madera sobre altos tambos y tejados de hoja de palma o tejas de zinc, Rubén le anunció a Karen:

— Bien, ahora que ellos se fueron, te propongo ir a recorrer el sendero ecológico que se adentra por entre la selva. Verás la belleza de las tierras inundables de la Ciénaga de Beté; un par de canoas de pescadores, entre las garzas que estarán al acecho de los trozos del pescado que botan al río tras limpiarlos, y, si tenemos suerte, veremos cigüeñas.



# CUADERNO DE NOTAS

## La macro región del Pacífico

En la macro Región del Pacífico hay presencia de Consejos Comunitarios y Cabildos Indígenas, riqueza en sabiduría ancestral, recursos naturales y diversidad cultural afrodescendientes, pueblos indígenas y mestizos. Pero también hay una relación macabra directa entre dos fenómenos: cuanto más abandonada por el Estado está una región, mayor es la violencia a que

están sometidas las comunidades locales. Factores que generan tensiones en toda la macro región: posición geográfica y condición selvática que atraen grupos armados y economías ilegales; apropiación violenta del territorio para cultivos muy productivos de coca y control de rutas estratégicas para el tráfico de drogas y armas, con los estragos que esa guerra trae para las comunidades. Sumémos!

## La macro región del Pacífico

**En la macro Región del Pacífico** hay presencia de Consejos Comunitarios y Cabildos Indígenas, riqueza en sabiduría ancestral, recursos naturales y diversidad cultural (afrodescendientes, pueblos indígenas y mestizos). Pero también hay una relación macabra directa entre dos fenómenos: cuanto más abandonada por el Estado está una región, mayor es la violencia a que están sometidas las comunidades locales.

**Factores que generan tensiones en toda la macro región:** posición geográfica y condición selvática que atraen grupos armados y economías ilegales; apropiación violenta del territorio para cultivos muy productivos de coca y control de rutas estratégicas para el tráfico de drogas y armas, con los estragos que esa guerra trae para las comunidades. Sumémosle desastres naturales como inundaciones. De otra parte, condiciones casi estructurales de inequidad, exclusión, pobreza y acceso precario a educación, agua potable y servicios de salud. Las instituciones y servicios básicos que debería garantizar el Estado no llegan; y nadie garantiza sus derechos.

El 71 % de la población sufre de necesidades básicas insatisfechas (Censo 2005), y los servicios integrales de salud son privilegio de unos pocos. El Estado se limita a mandar patrocinio de proyectos productivos y agenciamiento mediante misiones religiosas y entidades humanitarias, pero no hay inversión en infraestructura ni servicios para la comunidad. Las zonas rurales “solo son accesibles por vía fluvial y/o marítima. Pocas organizaciones tienen capacidad logística para llegar a las zonas más remotas. Estas condiciones incrementan considerablemente los costos de cualquier operación humanitaria y dificultan la atención oportuna, el seguimiento y la sostenibilidad de las intervenciones. En las zonas montañosas, el mal estado de la infraestructura vial puede aislar poblaciones enteras durante semanas” (Suaréz, 2014, citado en el documento de la CEV).

El Estado no llega, pero sí llegan los grandes capitales nacionales y extranjeros que explotan los recursos (minería, maderas, tierras fértiles, rutas ocultas) sin supervisión alguna. Van con el argumento del desarrollo

que termina enriqueciendo solo a los foráneos; los locales caen en la miseria y ven cómo se deteriora el equilibrio de los ecosistemas que antes eran suficientes para proveerlos con sus recursos naturales y permitir la soberanía alimentaria de los antepasados.

**Los territorios colectivos** están ubicados en zonas estratégicas para el capital transnacional y sus modelos extractivos de “desarrollo”, lo que los convierte en objetivo de guerra por el control del territorio. Para completar, estos territorios también fueron disputados por indígenas y afros para preservar sus comunidades, sus culturas y sus costumbres. Por ejemplo, en los años 1970 aparece la figura de Resguardo Indígena y algunos fueron establecidos sobre tierras ocupadas tanto por negros como por indígenas. Entonces, con los resguardos aparecieron nuevos conflictos étnicos.



En los años 1980, las comunidades negras empiezan a organizarse para promover la agricultura de pancoger, una vida digna y autónoma, y soberanía alimentaria. En esa época, las organizaciones humanitarias fortalecieron procesos comunitarios y la defensa de territorios colectivos mediante capacitación y acompañamiento de las organizaciones locales. Fue época de marchas, paros cívicos, manifestaciones...

**Grupos armados y organizaciones ilegales:** Guerrillas (FARC desde 1969, un total de 309 incursiones entre 1965 y 2013); paramilitares (Bloque Calima, desde el 2000), narcotraficantes y ejército nacional (aumentan las confrontaciones armadas por controlar el territorio).

En esos fuegos cruzados, los pobladores son las primeras víctimas. La lógica de guerra que impera es perversa: la población es considerada aliada del enemigo por el simple hecho de estar allí, en lo que siempre ha sido su territorio, y los locales se vuelven objeto de “eliminación o neutralización”. Los paramilitares cometen asesinatos selectivos, masacres o expulsiones de la región. También les exigen colaborar con las fuerzas armadas. Entonces, la guerrilla contraesponde con las mismas prácticas. Hay toda clase de alianzas entre empresas privadas y paramilitares y/o narcotraficantes y actores armados.

**Datos sobre víctimas en la macro región pacífica:** cifras de la Red Nacional de Información (RNI) registran que desde el año 1985 hasta el 2019, los cuatro departamentos de la región pacífica (Nariño, Cauca, Valle del Cauca y Chocó) han reportado cerca de 1.800.233 víctimas, siendo así una de las regiones más afectada por el conflicto armado interno colombiano.

**Daños a las comunidades y personas:** violencias contra las comunidades y los territorios. Impactos de orden económico, social, cultural, psicológico y espiritual. Terror de estar entre fuegos cruzados y frente al drama de la muerte violenta y los desplazamientos masivos forzados.

Años 1990, comunidades étnicas se dan cita en el Encuentro por la Defensa de Nuestro Territorio Tradicional del Pacífico. Se reúnen tres organizaciones,

que representaban a más de 100 pueblos indígenas y afrodescendientes con el fin de plantear soluciones alternativas a la explotación de sus territorios.

Constitución Política de 1991, el Artículo 55 Transitorio, por el cual el 27 de agosto de 1993 se promulga la Ley 70, también conocida como Ley para el Pueblo Negro de Colombia

**Definición de los Aprendizajes para la convivencia y la No repetición (Comisión):** consisten en identificar aquellas lecciones aprendidas durante los procesos organizativos, con que las comunidades han respondido exitosamente frente a las violencias sufridas. Hay que tomar los ejes o acciones más relevantes de cada experiencia de convivencia en las comunidades, es decir, lo que sea replicable en otros contextos, para usarlo como aporte a la promoción de la convivencia pacífica. Además, hay que tener en cuenta las recomendaciones desde otros actores de la sociedad civil y la institucionalidad para garantizar la No Repetición.



## Sabios y sabias de la subregión caucana

**La subregión del Pacífico caucano** está compuesta por los municipios de Guapi (al sur, colindando con Nariño), Timbiquí (al centro, la ciudad está sobre el río Timbiquí que está contaminado por desechos de minería ilegal y es la ruta de transporte fluvial al mar), y López de Micay (al norte, colindando con el Valle). Población afro: 47.507 habitantes, el 70% del total; indígenas embera, solo el 2% del total (pero el 8% de la de Timbiquí), y mestizos el resto.

La Unidad de Víctima registra, al 1 de octubre de 2019, 257.234 víctimas del conflicto en la subregión caucana. [Nota: investigar más porque no coinciden estas cifras, o no las entendí]

Coordinadora de Consejos Comunitarios y Organizaciones de Base del Pueblo Negro de la Costa Pacífica del Cauca (COCOCAUCA) ha sido líder de los procesos. Desde 1992, vienen realizando encuentros de saberes folclóricos, artesanales, de tradición oral y agrícola. En 1994, organizaron el primer encuentro de medicina tradicional. Estos encuentros han sido muy importantes porque el conflicto armado ha golpeado el conocimiento ancestral. Al cambiarles(nos) casi todo con su meztizaje cultural impuesto y asesinar sabios y sabias han matado la ancestralidad, la tradición y su saber, y han afectado el equilibrio emocional de los pobladores, dejando depresión, ira, problemas de sueño o descompensación física que impiden trabajar.

En septiembre de 2019, fue la décima versión del Encuentro de medicina tradicional promovido por COCOCAUCA. Estuvo enfocado en la sanación de quienes fueron víctimas del conflicto. El proyecto abarcó 2018 y 2019 y participaron once sabios y sabias ancestrales que elaboraron un plan integral de armonización y acompañamiento para víctimas del conflicto armado. El plan tenía tres propósitos: rescatar la medicina tradicional, reconocer y valorar a los médicos tradicionales e iniciar procesos de sanación y reconciliación para las víctimas del conflicto armado. Esa era la forma en que los sabios y sabias contribuían a la convivencia sana dentro

de las familias y las comunidades, porque con la atención de la medicina ancestral se logra equilibrar de manera muy profunda a quienes sufrieron por el conflicto. Además, al alcanzar el reconocimiento, la conservación y la profundización de los saberes negros en el territorio, los sabios y sabias son pilares muy importantes de los proyectos colectivos.

Durante la ejecución del proyecto 2018-2019, todo comenzaba por identificar los síntomas para caracterizar las enfermedades y trastornos y, así, poder adelantar los tratamientos recomendados por los médicos tradicionales. Durante ocho meses, más de 280 víctimas (160 mujeres, 83 hombres y 37 niños y niñas) que sufrían de trastornos mentales y emocionales (traumas, estrés, depresión, espanto, insomnio, dolor de cabeza, debilidad por falta de apetito, irritabilidad o ataques de ira) fueron atendidas según los planteamientos de este plan de COCOCAUCA.

El proyecto implicó: intercambio de saberes (capacitación sobre atención en crisis); intercambio de experiencias y material vegetal. Además, se facilitaron implementos e insumos para los tratamientos con botellas curadas, emplastos, tomas, sobijos y pringues.



(Orlando Pantoja, 2019) “El plan de armonización forma parte de las acciones de vida y de resistencia cultural para seguir existiendo como grupo étnico, bajo nuestra propia cosmovisión y en armonía con nuestros territorios y sus recursos. La medicina negra ancestral es milenaria y ha contribuido enormemente a rescatar la salud de los pobladores y preservar valores culturales y ambientales. Atender a las víctimas del conflicto es la manera de colaborar con la paz para la región, porque se tramitan las atrocidades vividas dentro del conflicto armado, se fortalece la resiliencia y el deseo de quedarse en el territorio y construir paz”.

En palabras de COCOCAUCA (2019): la iniciativa adelantada “fortaleció a los médicos tradicionales, para que pudieran prestar un servicio de salud diferencial, partiendo de su propia cosmovisión y espiritualidad. Ante las omisiones sistemáticas del Estado, esa es una forma de persistir y resistir en los territorios”.

Una comunidad que reconoce el valor de su ancestralidad (prácticas y rituales) para curar las heridas de la violencia, logra la armonización plena; recupera la confianza en sus prácticas de sanación integral de cuerpo, alma y espíritu; reconstruye el tejido social y busca la reconciliación. Tal como lo enseña la lógica cultural de los sabios y sabias.

El reconocimiento de la medicina ancestral por parte de otras instituciones significa: autonomía comunitaria para lidiar con las afectaciones, y empoderamiento para emprender otro tipo de proyectos basados en nuestra cosmovisión.

(COCOCAUCA, 2020) Las iniciativas que buscan visibilizar y reconocer los legados ancestrales han ayudado a que disminuya la estigmatización de los médicos y médicas tradicionales, y han abierto la posibilidad de que algunas personas externas a las comunidades también puedan acceder a este tipo de sanación.

El “Palenquero Mayor” Orlando Pantoja, quien ha liderado estos procesos, señala (2019): “Complementando la visión holística, se precisa además que estas prácticas deben estar acompañadas de visitas y diálogos de

comunicación e intercambio directamente en sus espacios locativos. Lo que permite estrechar lazos de afecto, hermandad y familiaridad, con lo cual también se fortalece la recuperación de la convivencia social de las víctimas, conviteros (autoridades étnicas), médicos tradicionales ancestrales, familiares y la comunidad en general. Porque es el momento de recuperar el valor del espíritu del territorio que nos enseñaron nuestros abuelos y abuelas, y que encarnan también la medicina negra, en la cual nuestros ancestros nos enseñaron la magia, el significado de la muerte; donde nuestros cuerpos mueren, pero el alma sigue acompañándonos y por eso la vitalidad de las aguas con sus lluvias, el río, las quebradas, el monte, las plantas, los animales y demás elementos vitales para las prácticas en el territorio”.

También los **pueblos indígenas** del pacífico caucano han realizado procesos de resistencia, sanación y armonización de los territorios y de las personas, a través del fortalecimiento de sus cosmovisiones. Las comunidades organizan su cosmología a partir del Sumak Kawsay (“vivir bien” o “vivir bonito”), para rescatar su cultura y defender la vida y el territorio. En el Sumak Kawsay se ve reflejado el pensamiento comunitario. La comunidad se comprende a sí misma como la “unidad y estructura de la vida”. Es decir, el ser humano es solo una parte de esta unidad que comprende animales, plantas, agua, sol, todo lo que se ve y lo que no se ve. Todo forma parte de la comunidad, todo vive y todo es importante para el equilibrio y la armonía de la vida en los territorios.



## **Subregión del Río Naya**

La sub región del Naya comprende todos los territorios ubicados en la cuenca del río Naya, sobre cuyo cauce transita la frontera entre los departamentos de Cauca y Valle del Cauca. Administrativamente, está dividida en los municipios de Buenaventura (Valle) y López de Micay y Buenos Aires (Cauca). El territorio ancestral comprende un área aproximada de 170 mil hectáreas.

Región fértil y abandonada por el Estado, apta para cultivo de coca, rutas ilegales de exportación de droga y armas. Su historia está marcada por el oro que empezaron a encontrar los pueblos cimarrones afrodescendiente, instalados desde el siglo XVII cerca de la desembocadura del río Naya sobre el océano Pacífico, cuando todo era selva impenetrable. Los pobladores se fueron estableciendo sobre las riberas, río arriba, construyendo sus casas de madera y viviendo de la agricultura, la pesca, la recolección y la extracción artesanal del oro.

En 1935, llegaron los misioneros a fundar Puerto Merizalde. Desde 1950 llegaron los indígenas Nasa, desplazados por la violencia bipartidista.

Desde 1980, las FARC hicieron presencia en el territorio y empezaron a bajar cadáveres por el río; venían desde el Alto Naya. Por la misma época, empezaron a llegar narcotraficantes y paramilitares. Inicialmente, la población fue amezada para que dejaran sus tierras. Motivo: la guerra por el control del territorio y la explotación del oro. Llegaron retroexcavadoras y profanaron la tierra. Luego, llegaron la coca y los laboratorios. Y el éxodo de desplazados se incrementó.

La explotación del oro fue el motor de expropiación violenta de los territorios de las comunidades presentes en toda la cuenca del río Naya; desde siempre y por diferentes actores sociales. Desde la Independencia, por ejemplo, más o menos 1827, se le asignó la propiedad de 220 mil hectáreas a la Universidad del Cauca. Hoy, las comunidades negras e indígenas ya han ganado luchas por la titulación colectiva de sus territorios.

Para el año 2000 “en la región nayense había presencia del frente José María Becerra del E.L.N.; también del Batallón Pichincha de la III Brigada del Ejército Nacional; además, de la Compañía Huracanes del Bloque Farallones de Cali, del Bloque Calima del grupo paramilitar de las Autodefensas Unidas de Colombia, A.U.C.” (Hernández García, 2019). Guerrilla, ejército y paramilitares; todos armados. Y en medio, nosotros, negros e indígenas.

Dentro de las constantes disputas por el territorio, está la guerra del 2001, entre las FARC y los paramilitares del Bloque Calima, unidos estos con el sector productivo y los militares. Primero, la incursión paramilitar en complicidad con la fuerza pública: 400 paramilitares asesinaron de manera selectiva a indígenas, campesinos y afrodescendientes del Alto, Medio y Bajo Naya, y generaron no menos de 4.000 personas desplazadas. En abril del mismo año, entran 500 paramilitares que instauran el terror con la masacre del 2001 y generaron nuevos desplazamientos forzados (no menos de 6.000 personas entre indígenas y afrodescendientes) y confinamiento para los que no dejaron su territorio. Fue un periodo de constante intimidación armada, asesinatos selectivos y masacres; torturas, fumigaciones con glifosato, combates, ametrallamiento dentro de la población civil y amenazas a los líderes; reclutamiento forzados, cultivos ilícitos, y mucha violencia sexual de parte de paramilitares y guerrilleros.

Por su parte, las multinacionales que habían querido ingresar al territorio (se había prohibido la minería a gran escala durante más de 338 años) llegan a disputarse lo que en realidad ya debía ser nuestro, de las comunidades de los pobladores ancestrales del Naya. Toda esta violencia perpetrada contra las personas y los territorios “rompió el tejido comunitario creado por los indígenas nasa, los campesinos y los afrodescendientes que compartían la vida y el trabajo del campo en la región” (CNMH, 2018).

“Es propio de estos escenarios de conflicto el interés de los actores armados por romper con toda expresión comunitaria que permita procesos de unidad para la reclamación de los derechos. El asesinato de los líderes y lideresas y la fragmentación de las familias son los instrumentos utilizados para romper el tejido social” (Contagio Radio, 2017).

## Buenaventura

Buenaventura cuenta hoy con más de 407 mil habitantes (Censo, 2016 - Solo un 10 % de la población total del municipio vive en la zona rural). A poca distancia de gran parte de los territorios afro ganados al mar se encuentra el puerto marítimo por donde entran alrededor de 12 millones de toneladas de carga cada año. Buenaventura se ha convertido en uno de los principales puertos de Colombia, que en su búsqueda desigual de “progreso” deja al 80 % de la población, mayoritariamente afrodescendiente, en la pobreza absoluta. La ciudad de Buenaventura está dividida en dos zonas, Isla Cascajal y la zona continental, unidas por el llamado Puente del Piñal. En total, la ciudad portuaria está formada por 158 barrios, distribuidos en 12 comunas.

Ofrece ubicación estratégica para la entrada y salida de mercancías legales e ilegales, y la explotación de recursos naturales. En consecuencia, las cifras de la guerra por el control del territorio son desgarradoras. (Ver documentos de la Comisión y hallazgos en internet.)

**Problemática de derechos humanos en Buenaventura:** desde 1999 iniciaron las acciones de los frentes Pacífico y Farallones del Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), que dejaron una estela de crímenes, despojo, desaparición y desplazamiento forzado que incluso llevó gente de Cali hacia Buenaventura.

**Investigaciones en curso:** El Comité Inter-Organizacional por la Defensa de los Derechos de las Comunidades que habitan los Territorios Ganados al Mar en Buenaventura ha iniciado una estrategia investigativa integral para mostrar cómo la actual ampliación portuaria y el desarrollo de infraestructuras conexas están vinculados a las violaciones de derechos humanos cometidas en el puerto y cómo están vulnerándose derechos constitucionales y étnico-territoriales.

Las condiciones de vida de gran parte de la población bonaverense han empeorado como consecuencia del desarrollo basado en el crecimiento

económico del puerto, su modernización y expansión. Confinamiento, violencia exacerbada, desintegración del tejido social, desaparición progresiva de las prácticas de vida y de sistemas productivos locales y medios tradicionales de subsistencia en torno al agua, así como la constante angustia de no saber dónde va a estar reubicada o de qué vivirá esta población, son sólo algunos ejemplos.

A pesar de la situación, resultan admirables las estrategias de resistencia de esta población para defender su territorio. Ejemplo de ello fue el torneo de fútbol ‘Nos la jugamos por el territorio’, una iniciativa comunitaria con el apoyo del Comité Inter-Organizacional por la Defensa de los Derechos de las Comunidades que habitan los Territorios Ganados al Mar.

Con esos eventos, buscan recuperar los espacios que fueron arrancados por la violencia y los megaproyectos en la zona, y encontrar alternativas a la historia de discriminación y violencia que los pueblos del Pacífico colombiano han venido afrontando. Esta jornada resultó ser, además, un



evento altamente simbólico, ya que fue realizado en memoria de los doce jóvenes afrocolombianos del barrio Punta del Este quienes, en 2005, fueron torturados y asesinados tras haber sido engañados con la oferta de dinero a cambio de un partido de fútbol.

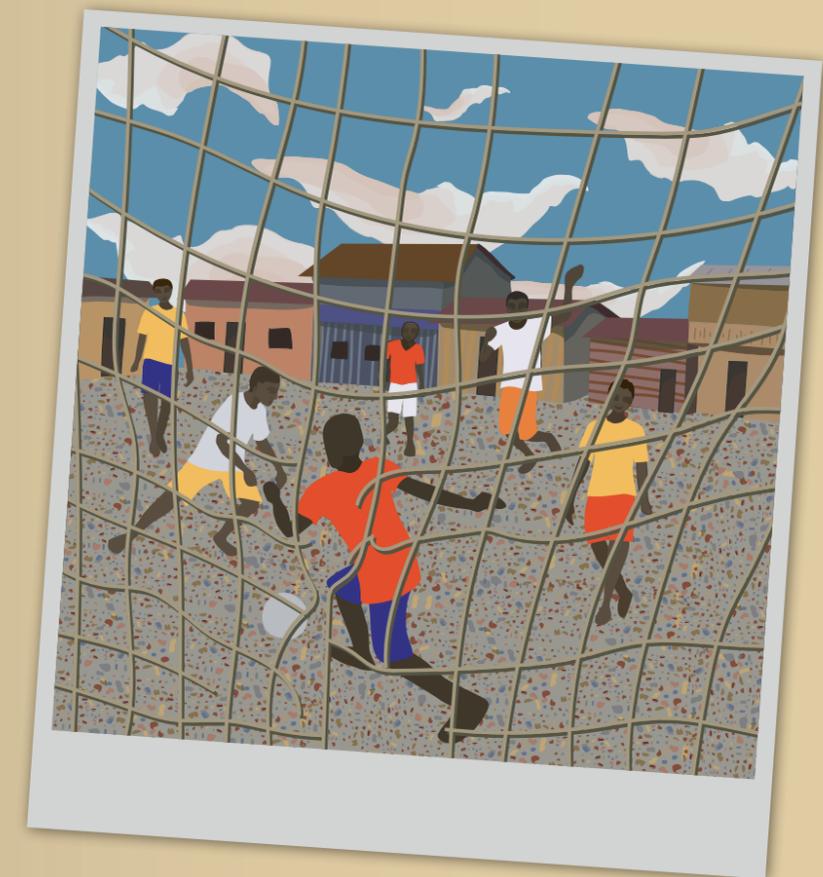
Son jornadas llenas de colorido y mucha alegría, en una zona donde se genera mucha violencia y hay poco uso del espacio público. Con ellas se quiere que, a partir del deporte, las comunidades puedan recuperar lo que es de ellos, lo que les han quitado con tanta violencia y persecución.

Otra iniciativa de las organizaciones del Comité Inter-organizacional es la Audiencia Pública, realizada el 28 de julio de 2016 en Buenaventura, sobre el tema de las víctimas del desarrollo y el estado de cosas inconstitucionales. La Audiencia contó con la participación de más de 700 delegados de



las organizaciones barriales, sociales, comunitarias, defensoras de los derechos humanos, sindicales, indígenas, negras y estudiantiles de la ciudad, personalidades políticas y las Naciones Unidas, entre otros. En total fueron 98 testimonios y todos coincidieron en la misma afirmación: “los grandes proyectos de la infraestructura portuaria han sido implementados de manera inconsulta y violando normas del derecho interno y del derecho internacional de los derechos humanos”. Frente a las denuncias, exigencias y alternativas expuestas por las comunidades, el Gobierno se comprometió a dar seguimiento a la situación.

**Organizaciones no comunitarias facilitadoras, importantes para el proceso:** La Asociación para la Investigación y Acción Social (Nomadesc) trabaja en la defensa de los derechos humanos en la ciudad portuaria de Buenaventura desde el año 1999. También han estado presentes La Comisión Intereclesial de Justicia y Paz, y PBI Colombia, entre otras.



## Mesa Interétnica del Medio Atrato (Chocó-Antioquia)

Las fuentes son personas que conocieron o hicieron parte del proceso organizativo de la Mesa Interétnica del Medio Atrato. La historia empieza con la evangelización de comunidades negras e indígenas, en los años de 1960. ¿Qué llevaban los evangelizadores? Programas de salud, alfabetización, pequeños proyectos productivos, hogares infantiles y apoyo al proceso organizativo de los campesinos. Para finales de los años 1970, en Beté, se crean los Comités Eclesiales de Base (CEBs). En los 1980, se crean las Asociaciones de Juntas de Acción Comunal (Asocomunales). ¿Propósito? Unir esfuerzos frente a problemáticas compartidas, defender sus derechos, y lograr una dinámica organizativa de mayor alcance.

NOTA: Hoy Beté, cabecera municipal del Medio Atrato, tiene unos 700 habitantes, mayoritariamente negros.

NOTA: Visitar las páginas web del Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (COCOMACIA), <https://www.cocomacia.org.co/> y de la Asociación De Cabildos Indígenas Embera Wounaan Katio Chami y Tule del Chocó (ASOREWA). <https://www.asorewa.org/>. Y conocer la historia de la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA), en: <https://www.rds.org.co/es/recursos/historia-de-la-asociacion-campesina-integral-del-atrato-acia>

**Información tomada desde la perspectiva de las organizaciones eclesiales:** En 1982, nace el Centro de Pastoral Afrocolombiana (CEPAC), con sede en el barrio La Esmeralda de Quibdó. Formación a través de cursos donde participaban todas las comunidades del Atrato: negras, indígenas, mestizas; católicos y evangélicos. Acción pedagógica para hacer consciencia de la importancia de la organización comunitaria, para conocer y defender los derechos y garantizar una vida digna.

En 1984, disputas en las comunidades por las tierras. En 1987, la Iglesia apoya, asesora y acompaña la consolidación de las organizaciones populares. En ese contexto, surgen la Organización Embera Waunana del Chocó (OREWA) y la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA) que, entre sus objetivos, incluyen el trabajo por resolver las problemáticas ligadas a las relaciones entre negros e indígenas. En ese mismo año se publica el “Boletín informativo de las organizaciones campesinas”, que un año más tarde aparece como el “Boletín de la Asociación Campesina Integral del Atrato”.

Para empoderar a las comunidades, continúan con la formación sobre los recursos jurídicos. En junio de 1987, se consolidan las organizaciones del



Medio Atrato con el Acuerdo de Buchadó, producto del Foro Campesino de Buchadó. Desde ese momento, Buchadó es sinónimo de incidencia de la organización étnico-territorial del Medio Atrato (ACIA) en las políticas públicas, lo que desemboca en el Artículo Transitorio 55 de la Constitución Política de 1991 y su desarrollo, a través de la Comisión Especial para Comunidades Negras, en la Ley 70 de 1993.

El 18 de julio de 1989, se había realizado en Quibdó el foro llamado “Titulación de tierras y productividad”. En este escenario, la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA) y la Organización Embera Waunana del Chocó (OREWA) realizaron la siguiente declaración conjunta:

“Las dos organizaciones populares nos comprometemos a luchar conjuntamente por los derechos que a continuación enunciamos, los cuales nos corresponden como minorías étnicas, en un país de naciones y en nuestra calidad de colombianos. La lucha común tendrá como principal base el reconocimiento y mutuo respeto de nuestros derechos. 1. Exigimos que se garanticen los derechos humanos de las comunidades negras e indígenas y que se nos brinden las mismas oportunidades que a todos los colombianos. 2. Reconocimiento por parte del Estado de la existencia de dos minorías étnicas en la costa Pacífica: indígenas y negros. 3. Exigencia de salud y educación gratuita por parte del Estado. 4. Territorio para ambas etnias. 5. El Estado debe garantizar el desarrollo integral de las comunidades de acuerdo con su identidad cultural. 6. Los planes y programas gubernamentales deben ser formulados con la participación de las comunidades negras e indígenas y llevadas a cabo por las mismas. 7. Participación de las comunidades en la elaboración de leyes, porque hoy se nos imponen sin contar con nosotros y no se ajustan a nuestro medio ambiente y cultura. 8. Modelos de desarrollo que no sean impuestos, sino que sean el fruto del querer y el sentir indígena y campesino. 9. Manejo racional del medio ambiente. 10. Defensa de organizaciones campesinas. [Defensa de los derechos sobre] los recursos naturales renovables y no renovables para las comunidades negras e indígenas que ancestralmente han vivido en la Costa Pacífica. 11. No al levantamiento o sustracción de la reserva forestal porque ella impide la colonización (El Atrateño No 16, agosto-septiembre de 1989, pp. 2-3)”.

En 1990 se llevó a cabo en Quibdó el “Encuentro de negros e indígenas por la defensa del territorio tradicional del Pacífico”. Algunas de las conclusiones expuestas por la Comisión de Cultura quedaron claramente reflejadas en la Constitución de 1991. Por ejemplo, la exigencia del “Reconocimiento de las etnias y las culturas del Pacífico”, en referencia a los pueblos indígenas y negros, y el reconocimiento de la propiedad ancestral de los “Territorios para las etnias”. Sin duda, el persistente trabajo conjunto de las organizaciones indígenas y negras llevó al reconocimiento de la condición multiétnica y multicultural de Colombia, plasmado en la Constitución de 1991.

La Comisión Interétnica, que después se llamó La Mesa Inter-étnica del Medio Atrato Chocoano y Antioqueño, se conformó a partir del consenso de diferentes organizaciones comunitarias ya consolidadas e independientes: la Asociación Campesina Integral del Atrato (ACIA) que se transformó en el Consejo Comunitario Mayor de la Asociación Campesina Integral del Atrato (COCOMACIA); la Organización Regional Embera Wounaan (OREWA) conformada por las 7 organizaciones indígenas del Chocó que se transformó en la Asociación De Cabildos Indígenas Embera, Wounaan, Katio, Chami y Tule del Chocó (ASOREWA), y la Asociación Indígena de Antioquia (OIA).



## Fuentes Comisión de la Verdad

Las fuentes básicas de información fueron los cinco documentos producidos y facilitados por **la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición (Comisión de la Verdad, CEV)**, de donde tomé notas textuales o parafraseadas. Esos documentos remiten, a su vez, a bibliografía extensa.

1. Comisión de la Verdad (Comisión de la Verdad, 2021). *Sabios y sabias de la Costa Caucana. Los saberes ancestrales para la convivencia y la reconciliación. Elaborado por el Objetivo de Convivencia. En prensa.*
2. Comisión de la Verdad (Comisión de la Verdad, 2021). *Experiencia de Convivencia. Asociación Mujeres AINÍ. Elaborado por el Objetivo de Convivencia. En prensa.*
3. Comisión de la Verdad (Comisión de la Verdad, 2021). *Experiencia de Convivencia. Territorios Ganados al Mar. Elaborado por el Objetivo de Convivencia. En prensa.*
4. Comisión de la Verdad (Comisión de la Verdad, 2021). *Documento de Profundización de Experiencia. Espacio Humanitario de Puerto Nayero. Elaborado por el Objetivo de Convivencia. En prensa.*
5. Comisión de la Verdad (Comisión de la Verdad, 2021). *Documento de Profundización de Experiencia. Madres de Punta del Este Buenaventura. Elaborado por el Objetivo de Convivencia. En prensa.*
6. Comisión de la Verdad (Comisión de la Verdad, 2021). *Experiencia de Convivencia. Mesa Interétnica del Medio Atrato del Chocó. Elaborado por el Objetivo de Convivencia. En prensa.*

## Fuentes complementarias

Acordarme, en internet encontré información de fácil consulta en PBI Colombia, Colombia Plural, Las 2 orillas y Youtube.

### **PBI Colombia – Espacio Humanitario**

<https://pbicolombia.smugmug.com/Journalism/Espacio-Humanitario/n-gKjrGg/i-Qv8FNkX>

### **PBI Colombia - Tierras ganadas al mar**

<https://pbicolombiablog.org/2016/07/29/buenaventura-el-despojo-del-mar/>

<https://pbicolombiablog.org/organizaciones-acompanadas/nomadesc/>

### **Colombia Plural – Tierras ganadas al mar**

<https://colombiaplural.com/buenaventura-despojo-tierras-inversion-puerto/>

Comisión Intereclesial de Justicia y Paz (2015). *Informe Buenaventura: El despojo para la competitividad.*

### **Youtube**

**Video:** *Calle San Francisco, Espacio Humanitario de Puente Nayero. Un reportaje de Pazífico Noticias. (7 de septiembre de 2017)*

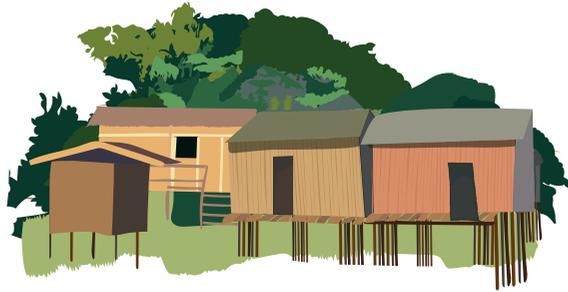
[https://www.youtube.com/watch?v=bKPeq\\_yVWk4](https://www.youtube.com/watch?v=bKPeq_yVWk4)

**Video:** *Buenaventura: un puerto sin comunidad (26 de mayo de 2017)*

<https://www.youtube.com/watch?v=oCgxvTw7pJs>

### **Las 2 orillas- Masacre de Punta del Este – 12 de abril de 2005**

<https://www.las2orillas.co/de-la-masacre-de-punta-del-este-en-buenaventura/>



# Con-viviendo para no repetir:

---

un viaje por Experiencias de Convivencia  
y Construcción de Paz en el Pacífico  
colombiano



**LEGADO**  
COMISIÓN DE LA  
**VERDAD**



Instituto de  
Estudios  
Interculturales  
**UNIVERSIDAD**  
**JAVERIANA** Cali